

Florence

*y otros apuntes del
amor profano*

Ebel Barat

Florence

*y otros apuntes del
amor profano*



Sobre este libro

Estos cuentos, cuyos personajes pueden verse como peregrinos inciertos del amor, se expresan en dos registros narrativos diferentes y bien definidos: uno de tono grave, amargo en algún caso, y otro de carácter más bien ligero, de tránsito cómodo y con giros humorísticos. Casi todos, sin embargo, están basados en historias estrechamente vinculadas con la realidad cotidiana, en donde suelen jugar la melancolía propia de las decepciones, las angustias y, en contrapartida, las alegrías implícitas en las anécdotas y los personajes donde impera un espíritu vital y por eso, si se quiere, optimista.

En la primera parte, que dimos en llamar “Del amor truncado”, decidimos presentar aquellos relatos en los que el ánimo manifiesta un espíritu de pérdida, de derrota, pero también de aceptación, actitud esta última imprescindible para afrontar lo que nos toca como comunidad humana. La segunda parte, “Del amor airoso”, evoca los acontecimientos donde el ingenio, el guiño, a veces el delirio, tratan de darle valor a lo que, también, ofrece el hecho de estar vivos.

Sin la pretensión de componer una obra lúdica cuyas páginas puedan ser leídas en un orden diferente del

que fija la foliación, como han propuesto con felicidad algunos autores respecto de sus creaciones, nos atrevemos a sugerir que, si es del agrado del lector, este libro puede abordarse alternando relatos de cada parte para circular por lo que, en definitiva, viene dispuesto en nuestro destino, que es la alternancia, y tal vez el equilibrio, entre la dicha y el desánimo.

E. B.

Del amor truncado

Florence

A Roberto Bolaño

Él tiene catorce años. Desde hace algún tiempo ha comenzado a dudar del cura de su barrio, allá en la ciudad. Esa duda se ve abonada, por contraposición, por las loas de sus padres, en especial de su madre, a sus dichos o sus acciones. Aún no se pregunta por qué sus padres deben asignarles a ciertas personas capacidad de salvación. Hasta donde se acuerda, esas personas son el cura y el médico de la familia, que es bueno y genial, aunque sea judío. Pero nunca se acaba la posible lista de salvadores que reparten sus quehaceres entre la medicina, la carpintería o la reparación de artículos domésticos. Es cuestión de encontrar al salvador en cada oficio. Siempre hay alguien que pertenece al gremio de los salvadores.

Y el cura, con más razón, tiene que ser uno de ellos. A pesar de que no se permite reconocer el disgusto, porque no corresponde a un creyente, ha empezado a observarlo con cierta desconfianza.

Se ha propuesto no faltar nunca a misa, es pecado mortal, y lo peor de todo es que faltar significaría comportarse como un hombre sin virtud. Por eso todavía sigue asistiendo religiosamente y leyendo la epístola. Ahora

lo hace frente a los muchachos y a las muchachas de la barra, en la capilla del pueblo, y frente a los grandes, de los que también comienza a desconfiar. El pueblo está a cuatrocientos kilómetros de la ciudad y pasa allí sus vacaciones desde que tenía dos años.

La capilla está en la parte más elevada de una loma en donde se dispersan eucaliptos de corteza rugosa y tronco negro, como si los hubieran pintado con aceite quemado. Acaba de descubrir esa característica de los eucaliptos de la capilla y se pregunta si son o no son eucaliptos, pero al inspeccionar las hojas y aspirar su olor después de haberlas estrujado, no le quedan dudas. Siempre termina llevándoselas a la boca para asegurarse de que el prometedor aroma no coincide con el gusto frío y astringente que tienen.

El verano en la montaña es particularmente fragante y como vienen muchas personas a la misa de las monjas durante la temporada, todos los portones de la capilla permanecen abiertos y parece que la misa no ocurriera dentro del recinto, sino desde el recinto hacia afuera, hacia la naturaleza afable. No deja de ser acogedor. Es sin duda acogedor.

Durante la epístola se aplica a leer con lentitud y sin estridencias, respetando los espacios de las comas y los puntos y aparte, como le enseñó aquel cura importante de la ciudad que era bueno porque no se preocupaba mucho de serlo. El cura, que era un monseñor, le enseñó cómo entonar las oraciones con higiénica precisión, y así él empezó a comprender el poderoso acervo de la Iglesia. Empezó, porque aún no termina de comprenderlo, es decir que no puede abarcar dos mil años de trabajo concienzudo y sin prisa. La palabra “Iglesia” comienza a parecerle extraña.

Lee muy bien pero no por lo que él supone. Su virtud es la impersonalidad y la serena distancia que logra en el tono, y no el hecho de pronunciar las sílabas con claridad y seguir los tiempos sin equivocaciones.

Mientras lee percibe la mirada de una mujer de pelo entrecano y mirar de severa quietud. También tiene algún registro de la presencia de Florencia, pero no es tan nítido. En realidad no sabe si quiere agradecerle a ella y a las otras chicas (es probable que Lucía y en segundo lugar Gloria alcancen para conformar el concepto general de “las otras chicas”).

En el intento de agradecerle a la vieja que lo observa con distante aprobación y también a las chicas, y de ganarse el respeto de sus contrincantes, es decir los otros muchachos, no puede saber que esos ritos sagrados, con el tiempo, serán para él la confirmación de la falsedad, de la entronización de la muerte.

Oscurece ya y la gente se reúne en el parque que huele a fronda, junto al prolijo edificio con tejado a dos aguas que conforma la capilla. Nadie hace referencia al hecho de su lectura y su orgullo se convierte en incertidumbre.

La sensación de falsedad, en especial la propia, se manifiesta en su ánimo retraído. Es como si en la reunión, después de haber asistido a la misa, debiera pasar algo, algo que todos esperan, pero no pasa nada. En todo caso no pasa nada que colme sus expectativas y, como los demás, se vuelve calle abajo hacia el barrio donde está su casa.

Una hora después, todos los muchachos de la barra están en el parque grande y yermo de los Sepúlveda. Se habla de hacer un fogón allí mismo. Es un grupo oscuro que conversa con la última luz, bajo un algarrobo viejo y desplumado, como todos los algarrobos viejos.

Él está de pie frente a Florencia.

Ya hace rato que ha decidido que no puede gustarle porque es demasiado linda. Es la más linda y, por eso, inaccesible. Está casi seguro de que ella lo sabe, y se conforma con Lucía. Lucía le gusta mucho, sobre todo cuando se disfraza de hombre y trata de parecerse a su padre, dibujándose las patillas y el bigote y echando mano, sin ningún prejuicio, a su pipa rancia.

Florescia no dice nada y está, por una cuestión que sería imposible no atribuirle al azar, justo enfrente de él. No se siente cómodo allí, no es su lugar, pero ella no se mueve y él se queda.

Tal vez haya tenido que retener eso durante mucho tiempo, tal vez quiera probar algo, que en este caso sería probarse. Lo cierto es que le dice a Florescia, y se lo dice delante de los tres o cuatro que están al lado, que tiene un hermoso culo, y que él se lo ha mirado muchas veces.

Con la velocidad que en las mujeres produce la convicción, Florescia le lanza el cachetazo. No es una sorpresa, por cierto, ya lo ha hecho otras veces, pero nunca contra él. Ella se ha despachado sobre otros de los muchachos de la barra y él ha sido espectador de esas acciones que no llega a comprender. Nunca ha sabido si le gustan o no. En todo caso no han hecho más que alejarlo de lo que no entiende. De lo que no entiende y le parece demasiado bello. Demasiado bello.

Tampoco sabe de su propia velocidad o en qué devendrá su cuerpo, fibroso y apenas espigado; sin embargo, y sin ningún esfuerzo, hay algo que lo impulsa, y con una presteza que le parecerá ajena, toma en el aire el brazo de Florescia con su mano izquierda y lo aprisiona. Así se quedan un instante, hasta que ella desiste.

—Vos no sos un caballero —dice Florescia.

—A mí no me pega nadie —dice él, pero no se lo cree en absoluto.

En las vacaciones siguientes, después de un año, en el verano que él tanto esperó pensando en Florescia casi a diario, Lucía se le entrega. Se le entrega y él descubre por primera vez la blandura con que una muchacha cambia su trato hacia el hombre que ha elegido para que le guste.

Pero él no hace nada, apenas le da un beso en la boca en un encuentro fortuito en el boliche. Un encuentro que ha provocado ella. Lucía se diluye en su alma y sabe que

es inútil avanzar porque no podría sostenerlo (la cabeza le ha crecido desproporcionadamente igual que el culo y eso lo pone un poco triste). Todo le parece cada vez más falso, en especial su propia pasión, aunque nunca piense en esa palabra, todavía.

No son demasiadas las cosas que suceden en los tres o cuatro años que pasan, o tal vez él no las registre como importantes. El tiempo del sexo se acelera con la edad y eso él aún no lo sabe, o no lo cree, y apenas se limita a transcurrir, casi sin darse cuenta, desde la adolescencia a una juventud temprana y musculosa de dieciocho años.

Siguen gustándole las montañas, su aroma sano, el rumor del río, el olor del agua en las narinas, la greda caliente del verano.

Lo que más le gusta es jugar con su cuerpo, que se fortalece. Le gusta confrontar su resistencia para ver si sigue siendo el que más soporta bajo el agua o uno de los que más salta entre roca y roca.

Le es inevitable masturbarse, aunque también sea pecado mortal. No se masturba pensando en alguna mujer determinada, a veces es una u otra, siempre mujeres mayores. Pero suele no pensar en ninguna mujer, sino en sí mismo y en el llamado feroz del deseo, del que emerge débil, más amargado que arrepentido. Amargado por el sentimiento de la falsedad propia, del ocultamiento.

En algún momento llega ese verano. Todavía no es enero. Hay poca gente en el pueblo y dispone de la casa. Se ha atrevido a venir solo a la casa, donde la noche es más silenciosa y oscura.

Tiene miedo de noche. Un miedo que vence con un costoso ritual de pensamiento y lógica, que pone en práctica cuando no le resta otra cosa que acostarse. Se dice que allí no puede haber nadie, pero le es inevitable sentir la presencia de otros. Si supiera cómo definirlos les diría “entidades”. Percibe esas entidades que moran

en la casa y el sueño se le hace muy difícil, aunque aún tiene la conciencia limpia y no le hará falta recurrir al alcohol para conciliarlo.

Al mediodía Florencia está en el río. Hay olor a pasto: el olor que deja la creciente.

Está con una malla mínima, una malla que no es del lugar, una malla que él sólo ha visto en películas o en fotos de revistas. Ha cambiado, se la ve más delgada y alta, más distante aún. No es esa chica virginal de largo cabello rubio. Ahora lleva el pelo corto —nunca más dejará que le crezca su melena de niña—. Ella contempla como si supiera demasiado. Florencia está allí sola y con su mínima malla negra. Silenciosa, como siempre.

Él sabe que su padre ha muerto en un accidente de avión y la ha dejado con sus hermanas y su madre. Eso la vuelve aún más inaccesible, ella conoce la muerte. Él sabe que ha estado en Brasil, viviendo sola o tal vez con un hombre. En realidad sabe que así es, pero le cuesta creer que haya vivido con un hombre.

Florencia tiene mucha experiencia. Aunque le siga resultando extraordinariamente bella, él se siente más imposibilitado que nunca. De nada le vale su propio cuerpo, que empieza a parecerle bien conformado.

Se atreve a saludarla.

—¿Cómo estás, Florence? —le dice.

—Bien, ¿y vos? —contesta ella.

—Bien, vine unos días a la casa (cuando le dice “la casa” piensa que debería agregar que está solo, pero le parece una falta de educación y se calla).

—Tenés muy lindas piernas —dice ella—, me gustan tus piernas.

—Gracias —dice él—, son un poco chuecas —y después cambia de tema.

Hablan de música y él siente alguna vergüenza de no saber casi nada de rock nacional, y menos de rock internacional —ella parece ser muy solvente al respecto—.

Habla de Vox Dei y él piensa que es un nombre extraño y que se escribe “Bogs Dei”. Se limita a asentir a las opiniones de ella y no le va a decir que le gusta Sandro porque ya sabe que es una mersada.

Cuando se disponen a terminar la conversación, ella le sugiere que algún día pueden ir a bailar. Él le dice que sí y no se alegra de lo que pueda significar esa posibilidad porque tiene miedo, es hermosa y está casi desnuda. Pero lo excita.

Son tres o cuatro días los que sopesa la posibilidad de salir con Florencia. No termina de creerse que ella pueda interesarse en él. Llega a pensar que quiere algo en especial, tal vez robarle. Las viejas de la villa subrayan que nadie sabe de qué vive. Él se pregunta cómo la verán, con su malla mínima y su historia. Deben pensar que es bastante puta, concluye, pero él no piensa así, aunque no sabe si debería.

Al final va hacia la casita de Florencia. Es el mediodía y se percibe la olorosa tibieza que sigue a la mañana, que siempre es fresca. La casita está al fondo de un bulevar de pinos de follaje claro y abierto a través del cual el sol salpica la cabellera del pasto. Él camina con aprensión, pero lo excita el vértigo de verla. Le parece demasiado que ella pueda detenerse en él, como hombre.

Está tomando sol sin corpiño. Tiene unos senos pequeños y llenitos, y la guitarra descansa a su lado —su madre es cantante—.

Él ya había escuchado que las mujeres europeas no usan corpiño en la playa. Ella lo saluda con toda naturalidad. Él piensa que es hermosa, piensa si una hermosa puede ser puta.

Apenas se saludan —él finge naturalidad, pero la conversación es muy seria—, le dice que esa noche irá a la discoteca y que, si ella va, podrían encontrarse allí. Florencia dice que sí, que seguramente irá.

En la discoteca está muy lejos de buscarla, no se atreve, en todo caso la espera. No quiere bailar con otra, pero tampoco quiere vérselas con ella.

La encuentra casi al final. Ella se acerca con una amiga y le dice que no le gusta el lugar, que hay demasiada gente, que hubiera preferido ir a un lugar más tranquilo. Él se da cuenta en ese momento de que tampoco le gusta el lugar ni las aglomeraciones.

Vuelven a verse dos noches después en un boliche de las afueras. Florencia lleva un enterito marrón de pana, como un mameluco, y él se atreve a besarla en la boca mientras bailan una canción lenta. Florencia besa hermosamente, sabe quedarse en el beso.

Esa noche vuelven juntos a la casa, y él la lleva a su dormitorio de dos camas individuales. Le molesta un cuadro del rostro de Cristo agonizante y dice que lo va a retirar para hacer el amor. Florencia le pregunta por qué y le dice que lo deje donde está. Ella procede con menos falsedad que él, pero tal vez él haya tenido sus razones para querer sacar al Cristo del cuarto.

Aprende a hacer el amor, comprende cómo a las elevaciones de la cadera de ella corresponden penetraciones profundas y tensas de él. Es una cosquilla hermosa, para disfrutarla lentamente. La cadera de ella que se eleva y él que responde empujando, para metérsele hasta donde puede. Y la posibilidad de besarse, mientras tanto. No la mira, aún no sabe mirar. Solamente se aboca a comprender el goce del aprendizaje. Ir y volver sobre el cuerpo blando hasta un final que no va a recordar nunca más.

Esa noche ella no duerme allí, se va casi de madrugada, y él aprovecha para sostener un último diálogo donde exhibe sus hombros y su pecho, que le parecen anchísimos pero que no lo son tanto, como comprobará en el espejo unos minutos después. Ha demostrado una seguridad que no tiene. Ha sabido tener sexo. También se ha enamorado.

Pasan, tal vez, dos o tres días. Él se sube al cedro más alto desafiando las púas y las ramas ásperas. Ve que puede subir. En definitiva, le parece confirmar que puede. Sin que lo procure, como le sucederá tantas veces después, rememora la noche con Florencia, la lenta blandura tibia y húmeda, el baño en su cuerpo relumbrando aun a pesar del Cristo de muerte y dolor. Florencia sigue siendo demasiado para él y, aunque haya estado debajo, siente que se escurre. Florencia ha estado con él, pero se escurre.

Una tarde camina hasta la iglesia del pueblo y pide hablar con el cura. No le sorprende en absoluto que esté solo entre monjas —la iglesia es de una congregación de monjas y no le parecen falsas—. El cura está sentado sobre un tronco en el medio del parque de pastos ásperos y algo azulados. Él le dice que cree que ha cometido un pecado, pero que no siente arrepentimiento y por eso piensa que no puede confesarse.

El cura le responde que tal vez baste con que sea consciente de que cometió un pecado y le recomienda que haga su confesión. Él le dice que tuvo sexo con una chica y después se sorprende —no demasiado— de que la penitencia sea tan leve. El cura no dice más y lo invita a retirarse.

El domingo siguiente va a misa, pero esta vez no lee. Prefiere no pasar por el trance que promete tanto y que después lo deja vacío. Es curioso que lea uno de sus mejores amigos y no sienta envidia. Apenas una oscura desazón que se parece al silencio. Al final de la misa se juntan grupos que siguen conversando bajo el crepúsculo sereno. El cura está con algunas mujeres, tres o cuatro. Después se acerca y le dice que le gustaría charlar con él. Para él es una distinción. Le parece que es importante, que él se vuelve importante, y aunque su conciencia le moleste, siente que la invitación del cura es lo más importante de esa mañana.

La tarde siguiente va a la colonia de las monjitas. Así le dicen casi todos en el pueblo. El cura está en una

explanada de piedras frente a un portón grande. Lo saluda con una sonrisa. Le dice que lo ha llamado para saber cómo está, si sus dudas respecto de lo que pasó con esa chica siguen allí. Él le responde que un poco menos, pero que le cuesta sentirse culpable. No se anima a decirle que ella le gusta, le parece que tiene que estar prohibido. El cura dice que en estas cosas es difícil ver claramente, sobre todo para un muchacho de la edad de él; que el cuerpo es el templo del Espíritu Santo y que tiene sus necesidades. Lo invita a entrar por el portalón. Hay una gran mesa en la sala vacía. El cura le dice que él debe ser consciente del don de su cuerpo, de cómo se desarrolla su energía, de la fortaleza de sus músculos que empiezan a crecer mucho, y le apoya una palma en el pecho. Él permanece a la expectativa, asintiendo a las palabras del cura. El cura lo abraza —él pretende que le parece un abrazo fraternal— y le dice que lo quiere. Él se limita a sonreír y le dice gracias. Procura separarse y se dirige a la puerta. El cura sigue de pie. Él abre la puerta y le dice:

—Hasta luego, gracias.

El cura le dice:

—Chau, flaco, vení cuando quieras.

Él sabe que no va a ir nunca más ese verano y que quizás nunca más vuelva a la misa de las monjitas.

Han sido unos pocos días, seguramente unos quince. Ese verano no va a hacer el amor de nuevo. Recibe un libro de regalo, *Un mundo feliz*, que lee sin comprender del todo. Un libro extraño y frío. ¿Un libro como ella?

Cuatro meses después su familia tiene visitas. Es el hijo mayor de unos amigos que han empezado a ir al pueblo desde hace algunas temporadas. Viven en Córdoba. Está de paso por unos papeles y esa mañana ha visitado a sus padres. Se queda el tiempo necesario para conversar un poco y para tomar un café que le prepara su madre, que habla sin parar, como siempre. Cuando se va, él lo acompaña hasta la puerta.

Antes de despedirse, el muchacho —es muy alto y fornido, con bigote como el de un policía— le pregunta si ha salido con Florencia, si se ha acostado con ella. Él le dice que no. Mejor, porque está embarazada, la vieron embarazada desfilando por el centro con los Hare Krishna, le dice, y se va. La van a agarrar los milicos y la van a hacer mierda.

Es la primera vez —no será la última— que siente la angustia de la impotencia, y lo que alguna vez definirá como la sujeción a la suerte.

Se suceden, primero días, después semanas de angustia. Aprende a convivir con la incertidumbre. Piensa que cada día que pasa gana en posibilidades de salvarse, porque si no ya se hubiese enterado. No quiere saber nada de Florencia, de la Florencia que se imagina ahora, y no se permite detenerse en la que conoció ese verano. Esa que ha quedado fija en el recuerdo de la noche en que cavaba dentro de su cuerpo y en una mínima malla negra.

En la segunda mitad del año está casi tranquilo y comienza a querer verla de nuevo. Está seguro de que ella no estaba embarazada, ni tiene un hijo, ni la agarraron los milicos.

Cuando llega el verano vuelve al pueblo. Pasa los días esperando encontrarla. Alguien le dice que la vio. Él no se atreve a preguntar nada. Si quisiera verla debería ir a su casa, pero es demasiado, siente que es mucha exposición. Recorre regularmente el camino hasta el almacén y a veces cruza por el monte, siguiendo los senderos que conoce y en donde le gustaría toparse con ella, cobijado por el azar del encuentro, para que ese azar sea el responsable, para que el encuentro entre ellos sea ineludible.

Camina por una huella de vacas y presta atención al olor a sierras, como buscando amparo. Decide volver a la Calle Real. Llega subiendo un talud empinado. Florencia viene por el camino y se cruzan. Se saludan con cierta frialdad, como si no terminaran de reconocerse. Ella no se ve interesada en entablar una conversación. Él nota que ella quiere

seguir y que no lo invita a acompañarla. En un susurro le dice que le gustaría salir con ella. Ella lo observa un instante a los ojos —su mirada es fría, impersonal— y le dice:

—Sería un delirio.

—Bueno —le dice él, y se vuelve sobre la dirección por la que ella venía para dejar que se vaya sola. No sabe a dónde va, ni sabrá más qué hacer esos días de vacaciones, en los que no volverá a encontrarla.

Cada año vuelve regularmente al pueblo. Habla pocas veces de Florencia, casi nunca. Su madre no le pregunta nada. Él no puede definir si haber estado con Florencia es una victoria o una derrota. No sabe por qué Florencia le dijo: “Sería un delirio” y por qué no la vio más. Siente que hay algo en él que a ella no le gustó, o que él no entendió lo que pasaba.

Florencia se va a Francia y, para él, Francia queda extraordinariamente lejos, sobre todo porque Florencia no ha dicho a qué lugar va ni si va a volver. Tal vez lo haya dicho, pero él no se atreve a preguntarlo.

Todavía se acuesta muy poco con mujeres. Sigue yendo a misa en la ciudad y le es difícil confesar que tiene relaciones sexuales. Las penitencias son casi las mismas. Se sigue masturbando regularmente y no entiende bien cómo el cura no se ofende porque él siempre tenga los mismos pecados —es un cura italiano, pequeño y enjuto, que suaviza los eructos que lo hostigan sin parar—. Piensa que debe tener un cáncer o algo así. Como es muy regular en las masturbaciones —unas cuatro por semana—, decide tener dos confesores para que no se ofendan tanto, pero se siente falso. Se pregunta cómo es que los curas pueden perdonar en nombre de Dios si en verdad sólo saben lo cometido desde la última confesión que uno ha hecho con otro, a propósito. Así se divide la responsabilidad. Está permitido, pero no debe ser correcto porque Dios sabe todo, razona, aunque no está seguro.

Todavía no piensa que Dios es un reverendo hijo de puta.

El cura italiano que eructa —lo hace incluso cuando da misa— decide retenerle los pecados hasta que cambie. Esto ocurre cuando él le confiesa que no sólo se acuesta con su novia, sino también con otra chica del tenis que ganó un concurso de belleza. No puede decirle que está muy buena. Deja el confesionario y sale de la iglesia. Que se vaya a la mierda ese enano hijo de puta, se dice, sin alegría.

Dos o tres veces, durante los veranos, se atreve a entrar por el bulevar a la casa de Florencia. Se ve que está abandonada, o casi. Una vez, cerca del lavadero que está separado de la casita, encuentra, tirados, unos cuadernos maltrechos y un libro sin tapas, como si alguien hubiera ingresado a la casa, que está cerrada —parece que desde hace mucho tiempo—, y los hubiera arrojado fuera. Él abre el cuaderno y trata de ver si lo que está escrito es de Florencia, pero no conoce su caligrafía. Le gusta pensar que tal vez ella podría haberle dejado algún mensaje, aunque la letra menuda y redonda habla de otras cosas. Se siente clandestino en ese jardín abandonado y repetidamente levanta la vista para verificar si no lo está viendo alguien.

Florencia sigue siendo la imagen de una malla negra mínima y una blandura que no ha vuelto a encontrar. Florencia le hubiera hecho bien.

Treinta y dos años después él está en París por unos quince días. Está solo como casi siempre, vive cerca de la Cité Universitaire y periódicamente visita el dormitorio de un amigo bandoneonista, que se aloja allí. También suelen conversar en las mesas del parque, entre las casas de los diferentes países. Hablan de la India, de Pakistán y mucho de Irán. Hablan de la meditación en los centros de Katmandú y de mujeres.

Hay una muchacha que suele acercarse a la mesa donde toman mate. Está muy maquillada, lleva una base de polvo facial que debe taparle los defectos de su cutis, que no se ve lozano. Se puede decir que de lejos es bella, pero no de cerca ni bajo la luz diáfana de un día de otoño soleado, bajo los árboles, que todavía siguen cargando sus hojas. El bandoneonista es muy alto y la trata con delicadeza, pero es claro que no tiene otro interés en ella que no sea la mera amistad, o aun menos. Es evidente que ella quisiera estar con el bandoneonista, pero él no sale de un trato afable e impersonal.

Pasa de nuevo, como casi todas las tardes, el gigante rubio con su cuaderno de notas y le da una palmada al bandoneonista.

—¿Cómo estás, Jean Philippe? —le dice el bandoneonista.

El gigante sigue su camino después de saludarlo también a él, que quiso saber qué hacía ese hombre en la Casa Argentina.

—No está en la Argentina —le explicó esa vez el bandoneonista—, está en la Alemana, y es francés.

A él no le pareció francés y lo remarcó.

—Pero es francés —le respondió el bandoneonista—. Horvat es el apellido. Es un tipo bárbaro, sabe mucho de filosofía, de meditación. Ahora anda por aquí porque está estudiando las cosmogonías germánicas, pero vive en el Dix Neuf. Hablamos seguido, del alma, del tiempo, lo tenés que conocer. Es un capo.

—Me parece que le gustan las salchichas, y bastante —acota él con una sonrisa.

Él se avergüenza de su manera de ser frente al bandoneonista, porque se ha escuchado referirle cosas íntimas, con toda sinceridad. Ha viajado mucho.

Ha matado.

Ahora él también conoce la muerte.

Ha podido viajar a pesar de haber tenido una hija que debería haber reclamado su presencia y no lo hizo. Tal vez tenga más hijos. Pero tiene una. Una hija que le sirve de justificación para vivir y que comienza a observarlo, buscando una referencia.

Pasó buena parte de su vida yendo de un lado a otro. Trató de conocer la India durante dos años, y algunas islas de Indonesia, en especial Bali; recorrió casi toda Malasia y se sorprendió de que tantos allí fuesen musulmanes; pasó un verano entero en Bangkok, y estuvo con putas para sentir las sentadas en su regazo durante el tiempo que necesitan dos tragos y para observarlas bailar en los bares de Patpong. Acodado en la barra, con el rostro a la altura de los zapatos de taco, pudo percibir cómo los rotaban entre las diferentes bailarinas, y cómo eran lo suficientemente grandes como para que todas las pudieran calzar. Cuando los pies eran muy pequeños, los fijaban con papel abollado sobre el talón. Se dedicó a individualizar los diferentes zapatos y a ver cómo volvían a la barra calzados por otra bailarina. Siempre recuperaba los mismos zapatos rosados y los vio ir y volver hasta quedarse extáticos en los pies de una muchacha muy menuda y algo gordita que no tenía más de catorce años. Fumó opio durante meses en los pueblos de la jungla. Aprendió a bañarse en los arroyos para higienizarse, a comer el extraño arroz y a fumar noche tras noche tres o cuatro pipas de ese caucho humeante y calmo. Después no fumó más.

Ahora odia. Odia a la Iglesia Católica Apostólica y Romana, donde según él los putos curas se vuelven fascistas.

Todo esto ocurrió después del accidente. Él trabajó para una empresa japonesa que sólo asumió la responsabilidad civil. Venía detrás de un camión en una ruta del sur de su provincia, entre verdes cultivos de soja y algunos de maíz. No estaba cansado, pero iba a toda velocidad, como siempre. Hacía muy poco que se había separado de su mujer y no tenía la menor idea de cómo

criar a su hija. Sabe que los hechos se habían venido encadenando de manera que permitían prever el desastre. Hacía más de un mes que la mala sangre le tensaba surcos en la frente, que los ojos se le humedecían de repente, que le daba rabia trabajar. Fue como tantas otras veces en que nunca pasó nada. Fue como querer sacudirse el malestar. Él sabe que de alguna manera lo buscó, y por eso no habla de su culpabilidad. Se abrió de golpe hacia la izquierda como para pasar al camión detrás del que su fastidio iba en aumento, y aceleró a fondo. Recuerda perfectamente la acelerada, y hasta el rugido del motor. Recuerda el sesgo de la camioneta hacia la izquierda y el día de sol pleno. Recuerda vagamente a los dos motociclistas en paralelo, de frente, como dos soldaditos negros.

La violenta frenada que dejó el caucho marcado por mucho más de un año es ahora brumosa y sorda. Él salió despedido a través del parabrisas.

Cuando llegaron los amigos de los motociclistas, que venían detrás, quisieron matarlo, pero la policía ya estaba allí y logró que se lo llevaran en una ambulancia. Lo mandaron a la ciudad para que estuviera a resguardo de los vengadores. Él estuvo siempre consciente, le han contado, y él dice que en los primeros momentos intentó ayudar.

Estuvo en libertad condicional cinco años.

Volvió muchas veces a visitar el sitio e incluso le mostró las marcas de caucho a un amigo. Una noche, en un boliche, lo reconoció la novia de uno de los motociclistas. Comenzó a gritarle: “¡Asesino, asesino hijo de puta!”, en medio del gentío. Se lo llevaron sus amigos. Él no contestó nada.

Después se fue del país.

Ahora trata de ocultar con modos suaves lo que le parece que no lo es. Él no es suave, y eso lo avergüenza frente al bandoneonista, que deja que el silencio se tome su tiempo.

No omite los hechos, pero contiene su voz y ablanda sus expresiones. Se pregunta si esa contención tiene algo de falso. Concluye que no, que no es el caso.

Conversan bajo los viejos árboles mientras el bandoneonista ceba mate. La muchacha dice que se verán más tarde en el baile de la Casa Alemana y se incorpora para irse. Él le dice que ha sido muy agradable conversar con ella.

Al día siguiente van juntos, el bandoneonista y él, al Bois de Boulogne. Se adentran caminando por un bulevar grande hasta un lago. Se sientan sobre el pasto y observan los grandes patos que deambulan extrayendo brotes tiernos. El bandoneonista le habla de su novia de ahora. Él sabe que es una muchacha bella porque pudo conocerla hace muchos años en Puerto Madryn, contra el mar frío.

Él ha tenido intimidad con algunas mujeres, y apenas dos o tres le han importado en serio. Ahora no le importa ninguna, más que para desearle alegría y bienestar verdadero. Comienza a sentirse viejo. Le es inevitable comparar su cuerpo, que primero fue poderoso y elegante, y después solamente poderoso, con la elástica anatomía del bandoneonista.

El bandoneonista observa cómo se acercan los patos. Dice que son admirables, sobre todo en su manera de proteger la vida y por su silencio al perderla.

Él se da cuenta de que en sí ya no queda nada que pudiera ser falso. Se cuestiona si la búsqueda de la transparencia es inhumana, y cuál es el verdadero valor de la sinceridad. El bandoneonista es sincero sin estridencia, porque no se preocupa por serlo.

Piensa que él, tal vez, comenzó a ser sincero cuando dejó de ir a misa, casi a los treinta años. Recuerda aquel sermón en que el cura recomendaba a las muchachas no usar polleras cortas y cubrirse un poco más, sobre todo al asistir al templo. Se somete a la evocación de los pechos jóvenes y confirma lo que sabía: no se pierde el gusto por la juventud.

Esa noche vuelve a su departamento y toma de la mesa una guía de exposiciones, carteleras y entretenimientos. Se sienta y la hojea. Ya conoce el silencio de este departamento. Es el de siempre. Ha pensado que podría ir a algún lugar donde haya argentinos. Encuentra que en La Latina se baila tango. Él no sabe hacerlo, pero el bandoneonista le ha dicho que vaya igual, que le va a gustar. Es cerca del Centro Pompidou, a pocos pasos de Rambuteau y Beaubourg, donde alguna vez se encontró con aquella suiza, Christine, cuando comenzaba a explorar la ciudad.

Al pie de la nota figura un nombre. Es el nombre de la organizadora. Se llama Bernadette Demolis. No lo pronuncia, pero se da cuenta. Bernadette Demolis, piensa, y a cargo de un salón donde se baila el tango, quién sabe.

Toma el teléfono y pulsa el número. Lo atiende un hombre. Pregunta si la organizadora es Bernadette Demolis. El hombre responde afirmativamente. Él pregunta si ella está allí. El hombre le responde que no. Él quiere saber con quién habla. Con su esposo, responde el hombre. Él le pregunta si Bernadette vivió en la Argentina. El hombre le dice que sí.

Esa noche se encuentran en la milonga. Él la reconoce inmediatamente. Está casi como la recordaba. Es decir, no la recordaba, pero al verla se da cuenta de que es casi como debía recordarla. Se la nota algo más ancha y apenas más marchita. Reconoce el grosor de sus piernas fuertes y cortas, su cintura estrecha y su cabeza rubia y su cuello largo. Se abrazan. Es como si el tiempo cobrara otro valor. Es como si hiciera mucho menos desde que no se ven. Hablan en español, como argentinos. Después de tres o cuatro frases, ella le dice: Florence está en París, mañana vendrá, venite así se ven, se va a poner contenta.

Florence, otra vez, en este momento, allí, tan cerca como la distancia que pueda imponer una ciudad. Florence viva y real. La mujer de ese nombre.

Él espera acodado en la barra. Hay poca gente todavía. Llegó temprano, es su costumbre. Suele irse muy tarde. Se pregunta cómo será Florencia después de treinta y dos años, después de aquellos diecisiete con que la vio la última vez y de haber estado desnuda con él, pero esto último no lo piensa, lo sabe.

Hay una mujer de la edad que debería tener Florencia. Es rubia y bajita como ella. Pero no lo mira. Él la busca dos o tres veces con sus ojos, pero la mujer no le responde. Seguramente no es Florencia. Él no se atreve a acercarse a Bernadette, que conversa con un grupo en donde está la mujer de la edad de Florencia que no lo ha mirado. Por fin Bernadette levanta la vista y se aproxima con decisión. Viene sonriendo y parece haber resuelto acercarse mucho antes de comenzar a hacerlo, como si siempre hubiera estado consciente de su presencia contra la barra de la entrada.

—Hola —le dice—, ¿cómo estás?

Él le responde con una sonrisa explícita:

—Estoy bien.

—Florencia todavía no vino, debe llegar en cualquier momento.

Después intercambian algunas palabras a propósito del encuentro y Bernadette se vuelve a donde estaba.

Él se pregunta qué significa “cualquier momento”, pero no se preocupa. Es como si después de todo ese tiempo, de haber ido a buscar testimonios a su casa durante tantos veranos, la certeza de volver a verla le importara menos.

Se pregunta qué pasaría si Florencia no viniese, y siente que no pasaría demasiado, pero está seguro de que Florencia va a venir. Su modo de pensar lo pone nervioso.

Unos minutos después Florencia entra en el recinto. Se acerca con una sonrisa y lo abraza. Se abrazan con suavidad, como si el tiempo que pasó tuviera otro peso, como tratando de reconocerse más. Se preguntan uno

al otro cómo están y se responden que bien. Florencia le dice que va saludar a los otros, que después vuelve. El encuentro es muy natural, aunque eso parezca imposible. Encontrarse ha sido muy natural.

Después de un buen rato Florence se acerca. Comienzan a hablar y él tarda muy poco en decirle que pensó mucho en ella y que registró su casa en busca de sus cosas. Le dice enseguida que con ella aprendió lo que era una mujer, la delicia que puede significar una mujer. Florencia lleva el pelo corto, al igual que aquella última vez, y está algo más gruesa, pero muy poco. Él redescubre los ademanes que había olvidado recordar durante tanto tiempo. Los gestos que la alejaban de él y de todos: la mirada inquietante y tierna, el silencio y la sonrisa como respuesta a lo que él le cuenta, ese observar desde abajo como quedándose allí, sin esperar nada. Florencia acerca su cara y lo besa en la boca. Es un beso corto, pero de pareja.

Hablan de las familias, la madre de ella también ha muerto y su otra hermana está muy mal, tiene cáncer, y no sabe si habrá tiempo para volver a la casita de las montañas que tanto les gustaba a las tres.

Hablan mucho. Varias veces Florencia se aleja de la barra para ir con su hermana. Bernadette observa con atención el encuentro y parece estar sorprendida. Es como si Bernadette no aprobara lo que pasa, o como si no debiera aprobarlo.

Salen a la calle para despedirse. Florencia le anota su número de móvil y su dirección de correo electrónico. Él le dice que la llamará mañana. Ella le dice que al día siguiente irá a ver a su otra hermana, que está internada y tiene una consulta con el médico. Le explica que ella está en París porque también tiene que operarse.

—¿De qué? —le pregunta él.

—Del útero —le dice ella—, pero en principio no es nada de mucha importancia.

Florenia le dice que verá si puede hacerse un tiempo para estar con él. Le dice también que ha sido muy hermoso volver a verlo, y después se besan en la boca, ahora largamente.

—Me gustás igual que antes —le dice él. Después se separan. Lo último que hacen es soltarse las manos.

A la mañana siguiente vuelve a la Cité y baja al cuarto donde ensaya el bandoneonista. Está sentado al fondo de la habitación, sobre un banco muy bajo y con la partitura enfrente. Se queda tocando un buen rato antes de saludarlo. Después deja el bandoneón a un costado y espera el saludo de él.

—Vamos a tomar un té —le dice.

Cuando él le cuenta lo sucedido el bandoneonista le dice que es increíble, que es muy bueno lo que ha pasado. Él piensa que quizás el bandoneonista entienda cabalmente lo que ocurre y se pregunta si es, en verdad, muy impactante.

Al mediodía habla por teléfono con Florenia y ella le dice que la han invitado a cantar en un sótano cerca del Moulin Rouge, en Montmartre. Él le dice que irá a verla.

Pasa la tarde en la Cité. Hay sol y el bandoneonista le propone tomar una cerveza en el patio trasero del edificio central, que da a los grandes jardines. Después de esperar consiguen una mesa sobre una terraza elevada y se dedican a conversar del lugar y de la gente que aprovecha el día para hacer gimnasia sobre la gramilla. Mira a un hombre joven hacer sus ejercicios y piensa que esos movimientos tienen la marcialidad de la gimnasia antigua. Es un europeo, se dice. Se pregunta hasta dónde llega la satisfacción de la gente cuando sale a ejercitarse al sol, y por qué hace esos ejercicios.

A la noche toman juntos el RER, enfrente de la Cité, para ir hasta Montmartre. El sótano está en la calle lateral, al costado del edificio del Moulin Rouge. Hay bastantes clientes. El lugar es pequeño y se nota

que ha sido un depósito en el medioevo. Hay dos salones paralelos sostenidos por columnas, bajo arcos donde se encastran los adoquines.

Consiguen una mesa en el extremo opuesto al escenario, que está al fondo de las dos alas. Ella llega acompañada de una amiga. Se presentan y se quedan conversando. Él se sorprende por su propia pasividad, por su sensación de que las cosas ocurren como tienen que ocurrir. Poco después ella sube al escenario y canta acompañada por la orquesta. Canta en portugués, mejor dicho en brasileiro, con naturalidad, una *bossa nova*. Le parece extraño que ella cante eso allí, en Francia. El bajista es gordo, de unos sesenta años, y antes el grupo había estado tocando jazz. Le pregunta al bandoneonista, que está a su lado, qué le parece.

—Impecable —le contesta.

Cuando termina de cantar, ella se acerca a la mesa donde están el bandoneonista y él. Su amiga se ha quedado apoyada en una columna cercana. Se ha hecho tarde y el bandoneonista dice que vuelve a la Cité. La amiga de Florencia se va también. Ellos deciden irse al Marais antes de que cierre el metro. Florence conoce un lugar que está abierto hasta tarde.

Le parece extraño viajar en metro en su compañía, es una sensación de compañerismo que nunca hubiera imaginado con ella. Es tarde y las calles están tranquilas. El restaurante está lleno y consiguen una mesita en un rincón contra la pared. Nunca se detuvo en este lugar, aunque lo conocía. Observa la concurrencia. Es gente en la cual la bohemia se ha transformado en una señal y en un recuerdo. Se habla en voz alta. Hay algo latinoamericano en la *brasserie*.

Florencia le cuenta que el bajista le ha dicho que está encantado con ella, que es como si siempre la hubiera estado esperando, y que le gustaría que trabajaran juntos. Él piensa que Florencia somete a su juicio lo que dijo el gordo. Él piensa que lo que más le interesa al gordo es la mujer, y que Florencia quiere contárselo a él.

Piden una picada de quesos y embutidos y una botella de vino tinto de la casa. Conversan acerca de la familia de Florencia. Su madre ha muerto, su hermana, la que tiene síndrome de Down y vive con las monjas, está muy grave. Jamás había escuchado de ella o de Bernadette hablar abiertamente de la condición de su hermana, como si sólo se pudiera abordar el tema de una manera elíptica. Bernadette y ella quieren llevarla a Argentina para que pueda ver la casita antes de que sea demasiado tarde.

A él le cuesta hablar de sí mismo, le parece que describe a otro. No quiere que Florencia crea que está con otro, prefiere que Florencia lo reconozca, pero su historia no parece conciliarse con aquel muchacho delgado y nervioso. Florencia lo observa y, aunque emita pequeñas señales con aquellos ademanes que él vuelve a reconocer, no alcanza a comprenderlas. Es como cuando éramos chicos, se dice.

Él le habla de hacer el amor. Le dice que piensa que, para él, será tan bueno como aquella vez. Ella le contesta con dulzura que no se acuerda bien, o tal vez sí. No sabe si hacerlo o no, porque su condición no es la mejor, dada su enfermedad. Él asume que ella debe tener pérdidas y eso lo desalienta.

—Bueno, veremos, no hay apuro —le dice mientras se da ánimo para desear acostarse con ella.

Todo indica que será en otro momento. Ella se operará pasado mañana, un día después de que le extirpen los tumores de la espalda a su hermana. Quedan en encontrarse al día siguiente para ir al cine. Él la acompaña hasta el departamento de Bernadette, van en taxi. Está en un complejo de edificios blancos y modernos, muy cerca del Centro Pompidou. Todos los edificios dan a un espacio central de mosaicos claros. A él le parece que hay mucho cemento y que los edificios están fuera de lugar en ese sector de París. Le parece que es de otra ciudad, un sitio ajeno. Hay unos peldaños que les permiten nivelar

sus cabezas y facilitar los besos. Se besan dos o tres veces dándose tiempo para disfrutar de las bocas. Se besan bien. Han pasado treinta y dos años, aunque él no se da cuenta de eso, ahora. Hay mucho silencio cuando deja el complejo de departamentos blancos y ocultos en el corazón de la manzana.

Al día siguiente se encuentran en la explanada de la Biblioteca François Mitterrand. Él ha escogido el lugar porque es tranquilo, muy cerca del río, alejado de los turistas. Allí está el cine al que asiste regularmente. Falta una hora para que comience la película y van hasta un café moderno que da a la avenida. Hay mucha gente. Se ve que es gente que trabaja en las empresas del barrio. A esa cafetería vienen pocos estudiantes, no es un lugar barato. A ella le gusta hablar de sus hijas. Hoy habla de Sandrine, “la mulata”, dice.

—¿Por qué mulata? —le pregunta él.

—Porque el padre, mi primer marido, es negro, completamente negro. Es un negro hermoso, trabajábamos juntos, él me acompañaba con la guitarra.

Después Florence se casó con Manuel y tuvo las otras tres hijas. Manuel es médico y se han separado no hace mucho.

—Es muy buena persona, pero se terminó el amor —le dice ella.

Él piensa en que tuvo todas mujeres, y en el marido negro. Le cuesta seducirla, como le hubiera costado antes. Pero sabe que no debe preocuparse por eso.

Llegan al cine temprano. En la sala no hay casi nadie. Es una sala moderna de sillones tapizados de rojo, muy cómoda. Ven una película que a ella no termina de convencerla. A él le parece entretenida, apenas.

Ella necesita hacer una llamada. Todavía es de día. Él la lleva hasta una cabina que conoce. Florencia entra en la cabina y comienza a hablar. Habla con su hermana enferma, o de ella. Él toma la cámara fotográfica de su

bolso y le saca dos o tres fotos. Florencia posa apoyada contra la placa de Blindex con las piernas cruzadas y lo mira sonriendo. Se ve bonita, muy femenina.

A la noche se encuentran en la milonga de Bernadette, ella se opera mañana y él se va de París. Se queda poco tiempo, no más de media hora, lo suficiente como para saludarla. Le dice chau a Bernadette, y salen él y Florencia a la vereda de Beaubourg. Se abrazan, hablan de hacer el amor ahora. Florencia se queda pensándolo. A él le parece que con una leve insistencia se irían juntos, pero esa insistencia no sería genuina, sería un poco falsa. Siente que necesitaría mucho más tiempo y se preocupa de que la operen mañana. Florencia no dice nada.

—Lo dejamos para la próxima —dice él.

Ella le sonríe:

—Ha sido muy hermoso volver a verte, te quiero mucho.

—Sí —le dice él—, te voy a visitar o nos encontramos en un lugar que nos guste. Yo también te quiero mucho, desde hace treinta y dos años.

—Bueno —le dice ella, y él sonríe.

La operación salió perfecta, estoy bárbara. A mi hermana no le ha ido tan bien, no han podido sacarle todo. Lo que me has dicho me ha gustado mucho, quizás haya algo que no tanto, pero me ha gustado. No sabía que las cosas habían sido así. Es muy dulce. Supongo que nos veremos pronto, el tiempo no cuenta para nosotros, ¿no te parece? Hasta entonces, querido.

F.

PD: aquí te envío fotos como me pediste, son de cuando estuvimos la última vez en Argentina, en las cataratas.

Llegan las primeras cuatro fotos con ese correo electrónico. En una se la ve en primer plano con una gorrita de jockey negra. Detrás se precipita el agua marrón de la catarata. Florencia, como toda mujer, ha sabido escoger las fotos. A él, como a todo hombre, ella le parece más linda.

Cuatro años después apenas se han vuelto a ver. Una vez en Tenerife y otra en París. Se pregunta en qué se parece el olvido a la muerte. También se pregunta si envejecer convierte a las personas en otras. Concluye que sí. Le duele la imposibilidad de rescatar a aquellos dos que se amaron. No la historia de ellos sino la imposibilidad. Esos dos no han sabido volver a encontrarse, sus brazos parecen haberse caído, se dice.

Él ha vuelto a París. Ella vive en Tenerife. No han hecho el amor nunca más desde la adolescencia. A él ya casi no le importa.

Los jinetes de Mariscal Estigarribia

A Germán Bicciré

El Toto me trataba de usted. Sonaba extraño, y más en ese pueblo perdido donde nos habíamos encontrado tres rioplatenses, por decirlo de algún modo. Porque él es uruguayo.

El Toto es oriental, y el adjetivo suena como una definición, una divisa. Hace una diferencia, y cuando esa diferencia está referida a una patria grande como la mía, se convierte en un modo de encumbrar a un país que representa menos de un décimo de la Argentina, por donde se lo mire. Salvo en la dignidad, y en el orgullo. Cuando un oriental habla del paisito, no suena lo que se dice modesto. Basta verlos jugarle de igual a igual a la Selección, incluso a los brasileros, aunque las estadísticas de los últimos años vayan negando esa paridad. Además, quizás, deberíamos convenir que ir de punto te pone en el lugar en el que no tenés nada que perder y, en cambio, mucho que ganar. Uruguay viene a ser como ese hermanito menor, bastante turrero, al que siempre hay que tratarlo con delicadeza. Y no abusarse de la diferencia de tamaño, aunque te repute o te cague a patadas en un partido. Eso sí, en

general se dedica a lo suyo y, en el fondo, te quiere y te respeta. No hay que olvidarse de que te trata de usted, como el Toto a mí.

Pero el Toto es de un pueblo, cerca de Colonia. Él se ocupó de aclarárnoslo enseguida.

—No soy montevidiano, no se equivoquen —nos dijo apenas lo conocimos.

Se podría decir que el Toto es del campo, aunque no tanto. Si no, no hubiera dedicado buena parte de su juventud a la política. Se me hace que el Toto no es fascista por una cuestión de época, pero en otros tiempos lo hubiera sido, bien intencionado como es, y con esa brizna de locura en la mirada que le vi casi enseguida.

—Trabajaba para Lacalle. Es un buen tipo —nos dijo—, les aseguro que vive de lo suyo, que no choreó nada, aunque todos digan lo contrario. Yo lo conozco bien. En la campaña invertí como cincuenta mil dólares. Eso sí, en moneda local, claro —dijo el Toto en la mesita del patio mientras tratábamos de evitar esos mosquitos paraguayos que seguro nos iban a inocular el dengue. Trajo cerveza y un paquete de galletitas, y las depositó sobre la mesa de hierro bajo la enramada del patio del hotel, en medio del barro pesado y brillante—. Y vine a parar aquí —acotó.

El Toto mide alrededor de un metro noventa, y seguro que sigue bien delgado. Se lo veía fuerte, confiado como la gente de pueblo. Se quedó calvo joven, porque en ese entonces no debía tener mucho más de treinta años.

Hablaba sin parar.

Interveníamos poco en la conversación porque es de esos tipos que hilan idea tras idea y van diciendo todo lo que se les ocurre. Verdad es que en el pueblo no debía tener mucha gente para conversar.

En la esquina del hotel había un destacamento del ejército y solían verse uno o dos oficiales tendidos sobre una especie de catres al borde de la ruta. Desde esa

posición oteaban el pavimento para controlar si pasaba alguien en dirección a Bolivia, o a los campos de la zona que empezaban a sembrarse de soja. Parecía que su función era esa: confirmar que aún existía tránsito por esa ruta, porque no abandonaban su atalaya para nada. A uno de ellos le preguntamos dónde quedaba el centro para poder llegar al hotel. Probablemente no entendieron a qué nos referíamos, o quizás mezclaban el castellano con el guaraní, porque nosotros tampoco les entendimos nada, salvo la seña: para allá, hecha sin dejar el catre y mirándonos con sorda hostilidad.

—La molicie provocada por el ocio, los vapores del alcohol y la escasez de vocablos para expresarse les minan la voluntad —le enumeré a mi hermano en tren de joder un poco. Yo, de verdad, bien podía imaginármelos pistola en ristre matando alguna boa o a un cristiano, más o menos del mismo modo.

Lo que ellos y unos pibes que nos seguían habían aceptado denominar como centro era una calle con un par de construcciones juntas ubicadas del mismo lado: la municipalidad y el hotel que buscábamos. El resto, que consistía en algunas casas mínimas y ranchos, se extendía sobre el espacio abierto y fangoso sostenido por el paisaje del Chaco Paraguayo. Se escuchaban cumbias que provenían de los parlantes de la única estación de servicio, que estaba a un kilómetro, en dirección al monte desierto que conduce a Bolivia.

El Toto tardó en apersonarse cuando golpeamos a su puerta. Estaría echado en su habitación con la laptop, seguramente conectado por un pendrive y comunicándose con sus conocidos.

Yo venía de fundir la plantación de algodón en Formosa, pero estaba tranquilo. Lo peor había pasado. Era historia, no estaba en proceso. Tal vez por eso me sentía aliviado y trataba de transmitírselo a mi hermano, que decía poco. Sé que me faltaba convicción. Él nunca

habló mucho, y menos después de que descubrieron que su hijo es autista.

El Toto se dirigía a mí, como es natural. Mi hermano es quince años más joven que yo y, casi siempre, se sitúa detrás de mí. Él también se está yendo de lo que le tocó. Yo pensaba que tal vez aún había tiempo para que hiciéramos algo juntos.

—Perdí cincuenta mil en la campaña —dijo el Toto—, porque andaba mal y hacía las cosas mal. Era edil y eso me daba crédito con las mujeres, porque, ya ven, no van a estar conmigo por la pinta.

El Toto no es particularmente agraciado, pero dista mucho de lo contrario. Como dije, es muy alto, se lo veía saludable y los ojos un poco enajenados le daban un carácter que bien puede ser atractivo para ciertas mujeres.

—Ya he estado con alguien —dijo el Toto—. Aunque parezca mentira, por aquí hay algo, pero claro, no hay que tener pretensiones. Hace tres días fui a un baile. Un desastre, no tienen ni idea. Si escucharan la música, no tienen ni idea. Y ahí me agencié de una mujer. No hay que tener pretensiones.

Era como saber desde el primer momento que sería un viaje inútil. La lluvia de la última noche en Asunción, antes de salir para Estigarribia, significaba algo. Pensé que tal vez sería imposible llegar y, aún más imposible, meternos en los campos que habían empezado a alquilar a los argentinos y los brasileiros. No sé si mi hermano y yo teníamos la energía necesaria para enfrentar el desafío de producir en Paraguay, en el Chaco Paraguayo, donde ya se iban olvidando de los *curepa* que habían matado a tantos de los suyos.

Pensar otra vez en armar la producción, desmontar, ver las víboras y los bichos morir, y llenar los campos de soja mirando el cielo, para después quedar sujetos a una comercialización precaria, nos parecía una empresa

áspera de afrontar. Y lo peor: amarga. Qué alegría puede haber en hacerse de un dinero esquivo que depende del disgusto de cada día en que los fierros andan arañando la tierra. Pero no decíamos nada, menos mi hermano, que iba detrás de mí como si no le quedara más que hacer. Según él, lo de su hijo le había significado un camino hacia el cariño y la alegría. Yo no le escuchaba una carcajada desde hacía muchos años.

Esa mañana llamamos al hotel para ver si se podía llegar. Nos respondió una voz distante, ecuaníme diría, diciendo que era casi imposible que la lluvia impidiese el paso pero que había que tener mucho cuidado con los baches porque el camino estaba en mal estado. Se me hace difícil ahora asociar la impresión de esa voz y esa seriedad a la imagen del Toto.

Salimos bajo la lluvia del verano, que soltaba chaparrones y se retiraba haciendo reverberar el monte y los lomos blancos de las vacas. Tiene lo suyo el Chaco Paraguayo, porque los campos muy verdes se alternan con montes donde los árboles se mezclan con palmeras. Lindo.

Tardamos cinco horas en llegar a Mariscal Estigarribia, donde no nos esperaba el Toto. Seguro que desconfió de los posibles visitantes de ese día que consultaban desde Asunción.

Teníamos el dato de que él nos podía asesorar sobre el alquiler o la compra de tierra en la zona y darnos alojamiento.

—Aquí estoy —nos dijo el Toto esa tarde—, dirigiendo el hotel que compré a plazos, después de que me fue mal en la política. Y ya le puse plata, como veinticinco mil. Están, aunque no se noten. Vinieron dos amigos míos desde Uruguay. De esos tipos que saben hacer de todo: albañilería, carpintería, electricidad... de todo, ¿me entienden? Y no se notan los veinticinco mil, pero están. Vinieron por quince días, pero les di lástima y se quedaron dos meses a ayudarme. Después se fueron.

También me vino a visitar mi vieja, y cuando preguntó por el centro y le señalaron el hotel y la municipalidad, se puso a llorar. Pero me tuve que venir. Era eso o el suicidio, así les dije a mis viejos.

—Pero vos tenés contactos para alquilar campos por acá, ¿no es cierto? —le preguntamos.

—Aquí hay campos ofertados, ya se van venciendo los plazos que les dio Stroessner a los suyos. Era piola el viejo, les otorgaba el campo bajo obligación de no vender por un plazo de como treinta años. Ahora se están venciendo esos plazos y salen a la venta. El problema es que hay muchos con títulos falsos. Hace poco estábamos para firmar con un sirio que me encargó que le consiga algo, y cuando ya estaba todo pactado, la escribana descubre que los títulos eran falsos. Chau negocio. Yo dije: el turco me echa a la mierda, pero no. Pasó un tiempo y me volvió a llamar desde Damasco. “¿Y? ¿Me vas a conseguir unas diez mil hectáreas de campo bueno para desmontar?”, me preguntó el turco. Le caí bien. Me dijo que me daba una segunda oportunidad. En eso ando. Alquilar es más fácil. Aquí ya están los argentinos, los uruguayos y los brasileros. Seguro que va a haber progreso... eso espero.

Mi hermano seguía sin hablar. Era difícil saber si se sentía bien o mal. Siempre afirma cosas respecto a cómo se siente, pero suenan como una pregunta. Estamos bárbaro, me dice a veces, y yo sé que, en realidad, es una interrogación para ser confirmada. Como si le costara diferenciar la alegría de la tristeza, como si nunca las hubiera experimentado cabalmente, o como si se anesthesiara para no pasar por experiencias en las que no cree.

—Es una hija de puta —me había dicho en el auto—, le mandé un mensaje para el cumpleaños y le pregunté cómo está Esteban, y no me contesta. No me cuenta cómo anda, y es difícil saber cuando hablás con él, pero es puro amor, incapaz de lo que hacemos nosotros, incapaz de una infidelidad. Y esta hija de puta no me

dice nada, es más probable que te mande un mensaje a vos antes que a mí. Siempre me trató como a un perro, como queriendo hacerme pagar porque el problema viene de nuestra familia.

Me contó que Esteban se había puesto de novio con una chica como él, pero sin la habilidad que él tiene para la computación. Ella se dedicaba a bordar, y mi hermano me hacía notar que el detalle de su trabajo era impresionante, imposible de conseguir para una persona normal. Yo no me atreví a preguntarle por el sexo entre ellos, pero esa noche, mientras fumaba un cigarrillo frente al patio interno del hotel del Toto, pensé que debía ser bastante menos anormal de lo que se podría imaginar.

Me acuerdo del barro en el patio y de la calle a las puertas del hotel. Todo estaba húmedo y no daban ganas de ir a ningún lado. Esa tarde yo había querido caminar un poco y había llegado hasta la estación de servicio desde la que salía la música. Las casas estaban separadas por mucho espacio y la comunidad se veía laxa, como si nadie tuviera demasiada vocación de juntarse. Creo que el modo de afrontar la vida allí terminaba siendo el de los milicos, que dejaban pasar el tiempo como en una siesta que podía durar veinticuatro horas (salvo cuando había que salir a matar algo), o el del Toto, que se lo pasaba frente a la computadora echado en su habitación.

No quería ensuciar las zapatillas y había andado haciendo equilibrio en las pocas lenguas de tierra oreada que encontraba al paso. Me acuerdo que vi un *gurí* caminando por el patio de su casa, como si estuviera detrás de algo difuso, como si lo cruzara por cruzar. Ni siquiera reparó en mí, que, por supuesto, era el único que pasaba. Me pareció una imagen fantasmagórica. Quizás por eso le saqué una foto con el celular que lo muestra en el medio del mudo patio de tierra. Me volví enseguida.

Y ahí estaban ellos otra vez: mi hermano sentado a la mesa metálica, el Toto que hablaba y dos cervezas que había traído.

—¿Le traigo otra? —me preguntó.

—Dale —le respondí, y enseguida volvió con una latita fresca.

—El turco me tiene cariño, me parece —nos dijo—, me tiene confianza, por eso me dio otra oportunidad. Pueda ser que le encuentre un campo bueno, y que los papeles estén en orden. Con la comisión, cincuenta mil, me acomodo de una buena vez y capaz que recupere lo que perdí en la campaña de Lacalle. El turco me quiere, ¿saben lo que hizo cuando nos encontramos en Asunción para hablar con la escribana y controlar unos títulos? Yo había llegado y enseguida lo llamé por teléfono. Me preguntó dónde paraba y le dije el nombre de mi hotel. El turco se quedó callado. Era un hotel normal, no era una pocilga, ¿me entienden? El turco me dijo que me esperaba para el desayuno del día siguiente en el hotel de él. Para en el Sheraton, ¿entienden?, se ve que tiene mucha plata. Yo no había traído pilchas más que las que llevaba puestas. Vieron cómo es el barro aquí, ¿no? Yo tenía los zapatos medio sucios. No eran nuevos pero zafaban. Además llevaba unas pilchas normales, un vaquero y una chomba medio viejos, pero bien. Cuando llegué al hotel del turco y me paré a la entrada del salón del desayuno, el turco me miró un rato y no me decía nada. Después me hizo señas para que me acercara y me hizo sentar a la mesa. “Andá a cambiarte que tenemos que ir de la escribana”, me dijo. Yo le respondí que no tenía otras pilchas y el turco se me quedó mirando. “Vení conmigo”, me dijo al rato, y me llevó a una pilchería de esas de las bien bacanas en una de las galerías del centro de Asunción, allí por la avenida Mariscal López. Me compró lo que yo elegí y me mandó a cambiar diciéndome que

me mudara a su hotel. Me tocó una de esas habitaciones de dos camas matrimoniales de las King para mí solo. Se ve que el turco me tiene confianza. Le tengo que conseguir algo para zafar de las deudas.

El Toto nos hablaba a los dos, pero me miraba a mí. Ya se habría dado cuenta de que con mi hermano es difícil entablar una conversación. Él, más bien, sigue la de los otros y reafirma. Da la sensación de que no tiene ninguna opinión. De chico hablaba muy poco, y cuando pasaba un buen rato sin que dijera nada, seguro que le agarraba un ataque de asma que parecía que se iba a morir. Era desesperante verlo pugnar por el aire que no le entraba. Tengo sus ojos verdes clavados en la memoria, como pidiendo un auxilio que sabía que no le iba a llegar de nadie. Hace muchos años que no le pasa, como si no se permitiera esa debilidad después de lo que tuvo que vivir con su hijo. Yo me acostumbé a ser espectador de la manera de comunicarse entre ellos, que casi me parece una manera de incomunicarse. Pero Esteban está siempre relajado y sonriente. Lo veo allí, sentado a la punta de la mesa, en su mundo, y entrando, a veces, en la conversación. Además, para mí, el autismo que él tiene da síntomas físicos, de apariencia, porque no se parece en nada a mi hermano. Es imposible darse cuenta de que es su hijo por su físico. Hay algo en los rasgos, una exageración, que realza las características de esa dolencia.

Mi hermano escuchaba al Toto, y sé que de alguna manera esperaba a que terminara la conversación para oír mis comentarios, porque él disfruta de mi modo de describir la locura que lleva implícita cada ser humano. También sé que sufre mucho mis broncas, las somatiza. Él no habla, pero su cuerpo sí. No sé por qué fue que en ese viaje empecé a imaginármelo gordo, petiso como es, con su torso fortísimo, panzón y pescando en algún riacho perdido del Paraguay, bien solo.

—Yo andaba mal —volvió a decir el Toto—. La cosa empezó en un mitin en que Lacalle me dejó hablar. Yo quería decir algo importante, cómo es el sentimiento de ser del Partido Nacional, un “nacional”, porque eso es algo de adentro, es del alma. Calculo que hablé bastante bien porque la gente me aplaudió. Y eso que a mí no me ayuda la cara, ¿vieron? Al final se me acercó la fulana y nos pusimos a conversar. Usaba un minishort vaquero que no se podía creer. Tenía unas piernas tremendas. Yo la llevé en mi auto, tenía un Fiat Regatta, flamante. Adentro le saqué las pilchas y terminamos haciéndolo. Y así seguimos. Muchas veces, después de las reuniones, iba a pasar la noche a la casita de ella. Hasta me hacía de comer unas papas fritas espectaculares. Era ideal, ¿me entienden? No tenía que salir a ningún lado. Muy cómodo. Ella decía que no pasaba nada, que tenía un DIU. Hasta que quedó embarazada. Eso sí que era un problema.

—No es para tanto, Toto —alcancé a decirle.

El Toto se había metido de lleno con su tema y no paraba de hablar. Parecía que necesitaba que supiéramos todo. Mi hermano lo miraba y asentía. Yo hacía gestos elocuentes.

—¿A quién no le pasó algo así? —le pregunté, interrumpiéndolo sin mucho efecto.

—El problema era mi novia. Yo hacía mucho que salía con ella y estaba medio cansado —siguió el Toto—. Ya no sabía si quería seguir. Cuando les dije a mis viejos que las cosas no estaban bien con Celia, mi viejo me quiso fajar. Vieron cómo es la gente de campo. Pero hasta ahí yo la iba llevando. Estaba razonablemente amargado, una cosa normal, digamos, pero cuando Cristina quedó embarazada, se me empezaron a quemar los papeles. Estaba boleado, con la locura de la política, la sensación de que empezaba a ganarme minas, y el problemón con esta mujer que me

decía que le había fallado el espiral, andaba como loco. Imagínense la campaña, empecé a decir cualquier cosa, me emocionaba en medio de los discursos. Sostenía que había que ser condescendiente con los caídos en desgracia cuando antes pregonaba la tolerancia cero. Para mí que la gente empezó a pensar que yo no estaba bien del todo, y me votaron la mitad que en la elección anterior. Quedé afuera. Y me gasté cincuenta mil. Pero al pedo, cuando uno anda mal las cosas salen mal. Y ahí se vino lo peor.

En ese momento el Toto se detuvo como a reflexionar. Empezó a mirarme como si estuviera asombrado. Me llamó la atención y no me quedó otra cosa que preguntarle qué pasaba.

—Quedó embarazada mi novia también —dijo el Toto—. Las dos estaban embarazadas, ¿me entienden? Entonces no pude más. Ahí me desbarranqué. Estaba en un abismo. No tenía cara para seguir así, tenía la moral muy baja. No había lugar para el decoro. Pensé en matarme, pero me pareció que lo que correspondía era casarme con mi novia de siempre. Un desastre, ahora me doy cuenta. Mis viejos estuvieron de acuerdo, y un poco me perdonaron. En la fiesta yo los miraba a todos festejar. Vieron cómo es, la gente festeja cualquier cosa. Pero no duró nada. Todos los días me hablaba de lo mismo. Celia me hablaba de Cristina y de que tuviera mucho cuidado con reconocer a su hija. Al final me separé y tiré por la borda toda mi carrera política. Ahí fue cuando me decidí a irme. Les dije a mis viejos que, si no me iba, me mataba seguro. Y me rajé con otros uruguayos que venían a buscar tierras para trabajar aquí. Me quedé cuando vi que vendían esto. Había mucho que hacer, pero me gustó el lugar lleno de barro y con la gente que no te habla y te mira como si fueras un marciano. Lo pago en cuotas y, más o menos, con los pasajeros que paran me las arreglo. Eso sí, no pago ningún impuesto.

Yo me acordé de los campos de algodón y de todas las personas a las que les cagué la vida con las deudas. Especialmente a algunos amigos a los que nunca pude pagarles, hasta ahora. Al principio pensé que les iba a pagar, pero después de estos años ya perdí la esperanza.

Mi hermano casi siempre me decía que sí a todo, pero tampoco confiaba en su convicción. Esa tarde, después de llegar de la Capital, no queríamos salir del hotel, si es que se lo podía llamar así. Creo que en el fondo los dos deseábamos que se largara a llover de nuevo y que no parase más para no poder recorrer los campos.

Me acuerdo del descontrol del último año. Me cho-reaban todos, o casi todos. Me llegaron a cosechar mil quinientas hectáreas de algodón. Mil quinientas hectáreas. Cuando llegué no estaban más. Y cuando se descontrola algo, se descontrola todo. Y no le pude pagar casi a nadie. En el fondo me había venido al Paraguay porque me habían amenazado de muerte, a mí y a mis hijas. Todavía me amenazan. Y ya no tengo mujer, claro. Salvo alguna pendeja que viene a mi casa a veces en Asunción, pero en el fondo es como si no me permitiera estar con nadie.

—¿Y cómo te llevás con tus hijos y con sus madres, Toto?

—Hijas, tengo dos hijas. Mucho no me quieren ver, pero con una estoy mejorando. Con la madre de una me llevo mejor.

—¿Cuál, tu ex esposa?

—No, con la otra, pero apenas mejor, no se crean.

—¿Y por qué, Toto?

—Y..., Celia no me perdona que una vez le pegué una patada en el culo. Me sacaba, ¿entiende? Tenía una capacidad para sacarme que me volvía loco y le di una patada, o dos.

Pensé en la mujer de mi hermano. No estaba seguro de que fuera una hija de puta, como decía él. Ahora

tampoco lo sé. Pero achacarle a él el problema de su hijo no es una joda, aunque tengamos antecedentes en la familia. Además no le contestaba los mensajes, y él quería saber de Esteban.

—No podía pegar un ojo durante la campaña —dijo el Toto—. De noche era como si vinieran los demonios y me revolotearan alrededor. Me daban ganas de amanecer muerto. Estuve como dos semanas sin dormir. Llegué a pensar en matarme para dormir un poco. Así que no quedó otra que rajar, y aquí estoy. Pero tengo fe en este negocio. ¿Ustedes qué opinan?

Oscurecía y, por suerte, no hacía mucho calor. Había ese relente de después de la lluvia, pero como no nos movíamos de la mesita, apenas transpirábamos. Seguía sonando la música de la estación de servicio y creo que no éramos los únicos en el hotel porque había un auto estacionado. Los mosquitos estaban tranquilos y el repelente parecía funcionar.

Yo tenía ganas de hablar de lo que me había pasado con la plantación y de lo que más me molestaba: no haberles pagado a algunos de mis amigos. Ellos estaban primero, después los proveedores chicos. A las empresas grandes no pensaba pagarles, salvo si me reponía. Si no, me importaba un carajo. Pero ya era historia. Y me daba miedo arrancar de nuevo allí, bajo la lluvia, el barro, la gente distante. Tenía que sacar todo a crédito y esperar la cosecha. Yo sabía que, si nos metíamos, mi hermano me iba a seguir hasta donde fuera, que iba a laburar con toda su energía. También sabía que era difícil que lo disfrutara. Lo más probable era que se llegara a reír de alguna desgracia más que de un logro.

—Vamos a fumarnos un pucho —dijo mi hermano, y la idea me gustó.

—Yo no fumo —dijo el Toto, pero ustedes métanle.

Mi hermano sabía que no era bueno para él, con sus problemas respiratorios, pero allí, a la mesa de hierro,

bajo el arbolacho grande mientras oscurecía, un cigarri-
llo significaba una caricia.

De golpe, mientras fumábamos, el Toto paró de ha-
blar y se quedó ahí, frente a nosotros, como esperando.
Parecía que acompañaba el ocaso.

Pensé en bañarme y en comer algo.

—Toto, ¿habrá un lugar en el pueblo donde se pueda
comer algo? —le pregunté.

—Hay un boliche que les puede vender algún chivito.

—¿Un sándwich, decís?

—Sí.

—No, me refiero a si hay algún lugar donde se pueda
comer comida.

—No, pero yo a veces les cocino a los pasajeros. A
los que me caen bien —el Toto pareció reflexionar unos
segundos—. Ustedes me caen bien, si quieren les cocino.
¿Qué les parece unos bifés con arroz? Tengo un poco de
tomate, también.

—De primera —le contestó mi hermano—. ¿Habrá
algo de vino? ¿O voy a comprar por ahí?

—Tengo —respondió el Toto—. ¿A qué hora quieren
comer?

—¿A las ocho y media está bien?

—Listo, los espero a las ocho y media.

Esa tarde, después de bañarme, me fui a fumar otro
cigarrillo a la galería que daba al patio interno del hotel,
rodeado por las habitaciones que se disponían forman-
do un cuadrado. Pensé en Esteban y su noviazgo, me
acuerdo. En mi hermano, que estaba bajo la ducha, y
que efectivamente terminó en Paso de la Patria como
guía de pesca y tomándose algún que otro porrón de
tarde en tarde. En si el Toto seguiría así en el futuro,
apuntalando su hotel, o si volvería a las andadas por sus
pagos. Pensé en la paz de la noche cuando uno se pre-
para para una cena entre tres hombres diferentes, bas-
tante náufragos, bajo el cielo de un pueblo donde ya se

ha instalado el silencio, la lejanía, y la tibieza hecha con un televisor que nadie mira, un buen plato de carne a la plancha, el blanco tierno del arroz realzado por el rojo del tomate y una botella para compartir.

La dignidad

Qué hijo de puta, mirá lo que me hizo.

La verdad es que era buenísimo, no sabés lo bien que me trataba, y la dignidad con que sobrellevó todo. Pero qué hijo de puta, mirá lo que me terminó haciendo.

Y, ¿viste?, yo era una pendeja hermosa y ya no me llevaba muy bien que digamos con mis viejos. Con mi hermano era un poco mejor, pero no tanto. Ahora es más o menos lo mismo, ¿sabés?, me quise ir de Venado, aquí no tenía mucho que hacer y yo quería estudiar.

Al final terminé en Buenos Aires, en la UBA, y ahí me recibí de psicóloga. Pero yo venía del campo y era muy linda, era flaca. Ahora estoy regorda, me tengo que sacar diez kilos. Tengo que hacer gimnasia. Tenía el pelo largo, bueno... como ahora. Claro, ahora estoy teñida, pero tenía el pelo igual de largo, ¿viste? Necesitaba trabajo. Y me lo ofrecieron en una de las reparticiones que pagan mejores sueldos, Lotería Nacional. La otra es la ANSES.

No tiene mucho que ver, pero yo quería trabajar en Recursos Humanos. Tenía que ver con lo que había estudiado. Porque consultorio no hacía, era muy pendeja. Ahora tengo una paciente, pero sigo siendo empleada de Loterías.

Y en realidad no me dejaron hacer nada. Pasé a La Plata, a una de las oficinas de la Gobernación. Pero no hacía casi nada. Porque de eso se trata, de que no hagas nada, de que no molestes. Eso lo manejaba Zumkaufft y yo estaba de secretaria, no de él, de Sanfilippo, que era un groso.

Ahí me tenían, todo el día sentada, cerca del teléfono, que a lo mejor sonaba dos veces para alguna pelotudez. A veces te llamaban para que les trajeras un café y esas cosas, pero para nada más, ¿entendés? Ahí no podés hacer nada, olvidate del trabajo de Recursos Humanos. Te hace mal eso de estar sentada, un poco de adorno, qué sé yo.

Hay un machismo bárbaro. No les gusta ni medio que les compitan las minas. Es como si quisieran competir solamente entre ellos, pero no les gusta que las minas les hagan sombra. Cada tanto se tienen que bancar alguna, pero ellos te quieren como me tenían a mí, sentada y tranquila.

Por ahí te ligabas algún viaje a Europa. Zumkaufft armaba unos buenos viajecitos con sus amigas y amigos, ¿viste? Fue cuando se hizo el quinchito en la cabeza. ¿Te acordás que era bien pelado? Ahora tiene unos pelitos negros que le tapan la pelada. Un injerto, creo.

Sí, y le gustaban los viajes, era el que más viajes armaba. Íbamos unos cuantos, la mayoría minas, ¿viste? Le gustaba viajar. Qué tipo, Zumkaufft. Le gustaban las cosas raras. Las cosas de la magia, el esoterismo. De eso hablaba un montón. Nosotras mucha bola no le dábamos. Te digo que un par de veces al año armaba algo.

Eso sí, no se separan los locos. No se separan, vos sabés que siguen con sus esposas como pueden. A veces son ellas las que se quieren separar. Yo me hice amiga de la esposa de Sanfilippo. Ella me contó que se quería separar, pero él no. Ella sospechaba que Sanfilippo la engañaba y le puso un detective. Pobre, en la que se metió. Es malísimo meterse en esa. Ellos están reacomodados, si te pinchan

los teléfonos y se lo pasan husmeando en lo que hacen los otros. No sólo los de la contra, sino también los amigos. Son tremendos. Pobre la mujer de Sanfilippo, Clara, en la que se metió. ¿Sabés lo que hizo el guacho? Se enteró por el teléfono pinchado, porque el guacho tenía su propio teléfono pinchado, y ahí se enteró de que la mujer le había puesto un detective. Entonces lo subcontrató y se hizo sacar unas fotos boludísimas con cualquiera, que no decían mucho, y con eso despistó a la pobre Clara. Lo usaba al detective para joderla a la pobre Clara. Y yo era la novia, dos años salí con Sanfilippo. Por eso sé las que le hacía.

Todo lo arreglan con regalitos y aumentos. Es lo que te pueden dar y todo el tiempo te traen regalos. Eso si vos te sentás en el escritorio, con un teléfono enfrente, y ahí te pasás el día. A lo mejor te llaman dos o tres veces, pero nada más. Yo la conocí bien a Clara, era una buena tipa, y nos hicimos bastante amigas. Ella en el fondo tenía ganas de reventarlo, de sacarle todo lo que pudiera. Pero no es fácil, viven perseguidos y desconfían de todo. Bueno... algunos no tanto. Budó es un buen tipo, hacía la suya pero tranquilo, ¿entendés? Él estaba a cargo de Loterías, antes de ser ministro. Además tiene una pinta bárbara, es un bombón el guacho. Budó hacía la suya pero tranquilo, ¿entendés? Ese era buen tipo.

Yo qué podía hacer, la tenía que criar a Milagros, así que necesitaba la guita. Me tenía que quedar donde estaba. Y empecé a aburrirme, claro.

Y no, no la pasan bien, para nada, andan a Rivotril y antidepresivos. Todo el tiempo. No pueden parar.

Era en La Plata, qué ciudad chota. Bah, por un lado es linda, ¿viste?, la distribución, pero siempre lo mismo. Hasta que me cansé y me volví a Venado.

Con él era diferente. Él fue un tipo bárbaro. Vos sabés lo que hacía. Cuando terminaba la quimio se encerraba tres días hasta que aparecía lo más pancho. Jamás se quejó, y vivió hasta el final como si no pasara nada.

Pero qué hijo de puta, qué se le va a hacer.

Yo estaba bárbara. Tenía luz, y mirá lo que me hizo. Ay, ahora estoy gorda, tengo como diez de más. Vamos a fumar un pucho. Dale, salgamos al salón de al lado y nos fumamos un pucho. Dale, acompaña-me. ¿Querés uno? ¿No? Qué aburrido.

Tengo que ir al gimnasio, pero me cuesta, además está Milagros. ¡Tiene un carácter! Al final, cuando volví a Venado me fui a vivir con mi vieja y mi hermano. Nos llevábamos bien, pero eso no dura. Además, con el carácter de Milagros... Mi vieja me dijo que era muy contestadora, que hiciera algo, ¿me entendés? Y yo qué iba a hacer. Hice lo que ella quería, me mandé a mudar. Qué iba a hacer. Lo que pasa es que yo siempre le di libertad. Siempre le permití que opinara y ella se hizo líder. Le va rebién en la escuela y se mete en un montón de cosas. Ahora está en un grupo que hace trabajo comunitario. No para nunca. Milagros anda siempre metida en algo. Ay, disculpame, hablo mucho me parece. Al final hablo siempre yo. Debe ser el vino, se ve que no me llevo bien con el alcohol. Hay que tener cuidado. Por suerte a Milagros no se le dio por el alcohol. Hay que tener ojo, porque los pendejos chupan mucho ahora. Aquí en Venado también, no sé si más todavía que en La Plata. En Capital hay de todo.

¿Entramos?

Yo me fui a Capital muy nena, tenía diecinueve. Fue un cambio grande, imaginate, si me crié prácticamente en el campo. Íbamos de un campo al otro. Mi viejo era encargado. Viví mucho tiempo en Las Toninas. Es lindo, cerca del mar. Ahí, en la estancia de Murphy. Hacía un frío bárbaro en invierno. Después trabajó con Achondo cerca de Rufino. Así que lo de Capital fue muy fuerte. Qué iba a hacer. Todavía sigo laburando en Loterías, pero acá en Venado me levanto a cualquier hora, acá no tengo que quedarme sentada en el escritorio callada y atenta a no sé qué. Bah,

atenta a lo que ellos quieran. Porque eso te exigen, que estés atenta y disponible. Cuando te vas de viaje, al principio está bueno: aviones, champán, qué sé yo, de todo. Pero después es siempre lo mismo. Y te tenés que quedar calladita, hacerte la boluda, como quien dice.

Con él fue diferente, nos íbamos a todos lados, como si no tuviera nada. Agarrábamos el auto y salíamos siempre. Y no se hablaba de enfermedad. Le habían dado diez años, me dijo. Hasta que se fue a Estados Unidos para hacerse unos estudios más sofisticados. Vaya a saber lo que le dijeron.

Y con Milagros era bárbaro, la quería un montón. Y Milagros a él, le tenía un respeto impresionante, le daba una bola bárbara. Te digo que le daba más bola que a mí.

Y yo qué iba a hacer, ya estaba podrida de La Plata y tenía ganas de volver aquí, a mi lugar, ¿entendés? Quería estar con mi hermano y con mi vieja. Al principio me fui a vivir con ellos, ya te dije. Pero duró poco. Y me rajé.

Terminamos más o menos. Son jodidos, mi hermano y mi vieja digo. Y Milagros no los quería, a mi vieja le hacía la vida imposible. Bueno, a mí también, pero es un sol. Milagros es un sol. Al único que le daba bola era a él. Qué hijo de puta, mirá lo que me viene a hacer.

¡Uy!, me parece que se me rompió el taco de la bota. Sí, se me quebró el taco, qué bronca. Y eso que estas son de calidad. Me costaron un montón de guita. Te doy la lata, ¿no? Ay, disculpame, es el vino. Mirá qué manera de presentarme. Y encima esta bota, se me rompió el taco, ¿podés creer? Vas a pensar que soy insoportable. En cambio vos no. Por suerte no sos como lo otros de las citas de Internet. Los de la página, digo. Te encontrás con cada uno..., te llevás unos chascos que ni te cuento. Pero vos sos diferente. Por fin alguien diferente. Bueno, disculpame, es el vino.

Uy, el taco este. Ahora voy a tener que caminar con la punta del pie. Y eso que las botas son nuevas. Qué mala calidad y con lo que valen, qué molesto. ¿Me acompañás

a fumar otro pucho? ¿Vos no querés otro? Fumás poco, vos. Yo tengo que dejarlo. A la mañana fumo menos. Me tomo medio Rivotril y duermo más, o boludeo. A la tarde tendría que ir al gym. Voy a ver si el mes que viene empiezo. Él hacía mucha gimnasia. Le daba duro, pienso que un poco por la enfermedad.

Así que para vos no es la primera cita, mirá. No, para mí tampoco. Pero es complicado, hay que ser cuidadosa, ¿viste? Sí, te encontrás con cada uno. En aquel tiempo no me hacían falta citas. Tampoco me hacen falta ahora, pero me tengo que poner las pilas porque estoy un poco gordita, digo, ¿no te parece?

Y cuando volví a Venado me encontré con el Gringo Mackey. Así que lo conocés, éramos novios cuando yo tenía diecisiete, después nos dejamos. Él se casó con la Gentile, la de la agencia Case. Tenía muchísima guita la negrita. Al final se separaron. ¿Sabés por qué? Porque ella era insaciable con la guita. Nunca le alcanzaba, me dijo el Gringo. Porque lo volví a ver hace unos días. Está contento, sobre todo con el hijo mayor. Le salió muy buen polista. Tiene muy buen puntaje, como ocho, me dijo el Gringo. Y a él eso le encanta. Viene de familia de mayordomos, como mi viejo, ¿viste?, pero más concheto. Ahora quiere ir de intendente, por los peronistas creo. Es muy inteligente, ¿no te parece? Porque vos lo conocés. Lo vi muy bien, me dijo de salir algún día. No sé.

Ya me estoy cansando de Venado, tengo que hacer algo. Con el tema de Recursos Humanos. Puede ser que aquí consiga algo de eso. Hablé con el secretario y me tengo que volver a reunir. Pueda ser que salga. Me dijo que nos reuníamos esta semana.

A veces me dan ganas de volver, a Capital digo, a La Plata otra vez no. La Plata me cansó.

Te tiraban con todo, siempre quieren más o menos lo mismo, ya sabés. Bueno, algunos no. Algunos son unos caballeros.

Él era un caballero, y teníamos una relación con mucha piel, ¿entendés? ¡Pero cómo me va a hacer eso!

Nos llevábamos bárbaro en la cama. No parábamos. Te digo que casi no se le notaba. Lo de la enfermedad, digo. Y cómo se entendían con Milagros. Ella le hacía caso en todo, y lo defendía más que a mí. Agarrábamos el auto y nos íbamos casi todos los fines de semana, algunos con Milagros, pero a veces la dejaba con Verónica, que la cuidaba desde nena. Era espectacular. Estaba todo bien.

Y cuando vino de Estados Unidos me dijo que el diagnóstico era más o menos el mismo que el de aquí.

Si hubiera sabido, a lo mejor zafaba.

Dijo que tenía para diez años. Diez años, ¿entendés?, toda una vida, a mí casi no me calentaba, si total...

Y el guacho me la hizo. Qué hijo de puta, no tenía ni para dos. El muy hijo de puta se me murió y me dejó sola al mes de que volvió de Estados Unidos.

Nicanor

—Al final fue lo mejor que podíamos haber hecho.

—Sí, lo mejor.

—Mirá si nos hubiéramos quedado en Buenos Aires, Macoco.

—Sí, mirá si nos hubiéramos quedado, ¿no?

—Aquí ya hace tanto que respiramos este aire, este aire tan puro. Es verdad que hubo que acostumbrarse. Pero valió la pena. Aquí terminamos haciendo nuestra vida, Maco. Siempre juntos, ¿viste? Toda una vida ya.

—No sé por qué tardan tanto en atendernos, Maco. La gordita está como boleada. No pueden cruzar la calle y comer chicle. Viste cómo son. A la gordita le pasa algo, ¿cómo se llama?

—María Eva.

—Qué nombres que les ponen. María Eva, seguro que es por Evita. ¿Será por Evita? ¿Todavía se acordarán de esa pobre mujer?

—Preguntale. No, dejá, le pregunto yo. ¡María Eva!

—¿Sí?

—¿Sabés que nos gusta mucho tu nombre? ¿Te lo puso tu mamá?

—No, le gustaba a mi papá.

—Ah, a tu viejo. Le gustaba la política a tu viejo.

—No. No sé. Me contó que había una canción que él tocaba en la acordeón. “Eva María se fue/ buscando el sol en la playa”, creo que decía. A mi papá le encantaba. Pero lo cambió por María Eva.

—¿Tu viejo toca el acordeón?

—Mi viejo falleció, era de Corrientes.

—Ah, de Corrientes. ¿Y cómo vino a parar aquí?

—No sé. Por trabajo.

—Bueno, María Eva, te felicito por el nombre, es muy lindo, ¿sabés? Traenos dos cafés con leche, los criolitos, manteca y mermelada, lo de siempre.

—Está embarazada.

—¿Qué?

—Te digo que está embarazada, Maco. Me doy cuenta por la cara, no sé. Además está gordita. Comen mucha harina. Al final ese es el único problema que hemos tenido: la gente. Son muy brutos. Y vagos. Es tan difícil conseguir gente que haga bien su oficio. Y estas mocosas no hacen más que parir chicos. Pero hay gente buena. El pueblerino es bueno. A veces no sé si no es mejor que el turista. A la terma no se puede ir más. Es impresionante la negrada que viene cada día. Empiezan a prender el fuego a las diez de la mañana. ¿Cómo le decía Nicanor?

—Parrillar.

—Eso, sí, parrillar, necesitan parrillar. ¿Te acordás cómo nos reíamos con Nicanor? Maco, te estoy hablando, ¿te acordás de cómo le gustaba embromar a Nicanor con la gente de la terma? Estoy seguro de que te acordás. Parrillar, qué ocurrencia. Este Nicanor. ¿Cómo habrá sido que ese correntino vino a parar a Fiambalá?

—Nunca se sabe bien a dónde van. Con los morochos nunca se sabe.

—Y, son gente que vive el día a día. No se preocupan por prepararse, no piensan en el futuro. Nosotros vinimos aquí justamente por eso, ¿no te parece, Maco?

—Nosotros vinimos porque la ciudad iba cada vez peor. Ya no se podía vivir. Por eso.

—Sí, y porque es un lugar hermoso. Hasta el calor es seco. Yo no sé cómo la gente puede seguir viviendo en la ciudad. Una locura. Aunque a veces uno extraña. Por eso estoy contenta de que venga Nicanor.

—Sí, yo también. ¿Cuándo llega?

—Ay, no seas zonzo. Viene hoy. Si no, ¿para qué vinimos a la terminal?

—Venimos todos los días.

—Bueno, sí, a tomar el café con el bizcochito. Pero hoy llega Nicanor. A las nueve y media, dijo el de la boletería. Supongo que le va a gustar volver. Hace bastante que no viene. Che, ¿cuánto hace ya?

—Veinte años.

—Ay, ¿por qué sos así? No seas malo, vos siempre el mismo. Veinte años, qué ridículo. No sé si hace dos años. No creo.

—Qué insoportables son estos chicos.

—¿A qué te referís?

—A estos pibes que no paran de correr en el salón del bar. Son insoportables.

—No sé por qué los padres no les dicen nada.

—No tienen educación.

—Y, no. Pero bueno, es lo que hay. Qué le vas a hacer.

—¿Sabés qué pasa? No es como antes. Antes había otra educación. Los chicos estaban en silencio. Respetaban más a los viejos. Yo a mi viejo le obedecía. A mí no me gustaba que me cagara a pedos. Pero estaba bien. Casi me voy de mi casa. Pero cuando sos chico lo

necesitás. No entiendo la libertad que ahora se les da. No sé de dónde sacaron que así es mejor.

—Como con Nicanor, en algún momento necesité que te pusieras firme, ¿te acordás? Eso de la libertad es un invento de los psicólogos. Este país está lleno de psicólogos. Para ellos, podés hacer lo que se te ocurra. Yo a mis padres casi los trataba de usted. A mis tíos y a mis abuelos, ni hablar. Ahora, por poco los chicos no duermen con la mamá. Ya no hay límites. Eso es lo que pasa, Maco. Y peor ahora que gobiernan estos. Qué desastre. Son unos piojos resucitados. No entiendo, gente que estudió. Profesionales. Cómo pueden tener esas ideas.

—Chorros profesionales, eso son.

—Y, sí. Dicen que ahora la facultad es un caos. Siempre están de paro y los profesores son unos parásitos.

—No quieren laburar, igual que todos los empleados públicos. Solamente piensan en jubilarse.

—Qué insoportables estos chicos. Ya no sé cómo mirar a la madre. Seguro que son chicos modernos. Son populistas. Qué otra cosa van a ser. Y, encima, capaz que llegan a alumnos de la facultad. A eso lo pagamos todo nosotros. Dicen que en este país es una brutalidad la carga impositiva. Y todo para mantener a estos zánganos. Y a los peruanos y a los bolivianos. Nosotros tenemos que pagarles los estudios. ¿Puede ser así? Pensar que yo hice el secundario en el Liceo. En esa época sí que era buena la educación pública. Nos tenían cortitas. Era mejor que la privada. Ahora, ni hablar. Che, te estoy hablando.

—Sí, entendí, Maru. ¿Y yo, que hice la secundaria en el Nacional? Qué época. ¡A dónde vinimos a parar!

—Mirá, nosotros nos vinimos a este lugar porque supimos tomar la decisión. ¿Viste que están agrandando el salón?

—Sí, hace como tres años que lo están agrandando.

—Ay, dejá de joder. Pero está mejor. ¿Te acordás de cuando vinimos? Aquí no había más que borrachos que

paraban para chupar y jugar a la quiniela. Ahora se puede desayunar y, si no estuvieran estos negritos, hasta se puede leer el diario. Cambió mucho el pueblo.

—Vinieron a hacer muchas casas. Lástima el tipo de gente.

—Y sí, son gente un poco ordinaria. Empiezan la casa y no la terminan nunca. Además no tienen gusto. Salvo esa casita chiquita que hicieron en la esquina. Esa sí es linda. Bien sencilla pero simpática. No como la nuestra, que está bien construida, pero, dentro de todo, a esa la hicieron linda. Con amor, seguro. A mí lo que no me gusta es que dejan los techos un montón de tiempo sin ponerles las tejas. Les debe entrar mucha humedad.

—La casa de los Robles está sin tejas desde hace como diez años.

—Son unos dejados. Viste cómo es el criollo. Con tal de que tengan para el asado y el vino, basta y sobra. Parrillar, me hace morir de la risa. Este Nicanor. De veras, ¿cuánto hace que no viene?

—Veinte años.

—Dejá de joder, Maco. No se puede hablar con vos. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos diez.

—¿A qué hora llega el colectivo?

—¿Qué colectivo?

—¿Cómo qué colectivo? El que trae a Nicanor.

—Qué sé yo, mujer. Hace un rato dijiste que a las nueve y media.

—Ah, sí, sí, el de las nueve y media. Ese. Me parece que voy hasta la boletería para ver si está en horario. Le pregunto al hombre de la boletería.

—¿Para qué? Si total lo vamos a ver cuando llegue. Desde aquí se ve perfecto.

—Pero estoy ansiosa. Yo voy y le pregunto.

—Sí, andá, mejor. Si no, no vas a parar de escorchar.

—¿De dónde sale, Maco?

—¿Cómo de dónde sale? De Buenos Aires, ¿de dónde va a salir?

—Bueno, qué sé yo. A lo mejor viene de otro lado.

—Cómo te gusta complicarla. ¿De dónde podría salir el colectivo en el que viene Nicanor?

—Qué carácter. Enseguida te agarra la chinche. ¿Querés más café?

—Está bien. Queda un poco en la cafetera. Andá a preguntarle al hombre si está en horario. Andá.

—Sí, sí, dice que piensa que sí. No se comunicó con el chofer, pero si está atrasado le avisa. No sé por qué me mira así. Ay, estoy ansiosa. ¿Cómo estará Nicanor?

—¿Qué te dijo? ¿Cómo anda?

—Bien, bien. Allá está todo bien. Y qué me va a decir, pobre. Viste lo que es vivir en la Capital. Vivís con miedo de que te pase algo, de que te roben, qué sé yo. Aquí en cambio no roban. Bueno, es relativo. Ahora empezaron a afanar. Ya no es como antes. Hay mucha gente, mucha criollada. Viste la villa que se formó en el bajo. Ya es una villa. Aunque yo me animo a entrar. Ayer la fui a buscar a la Raquel.

—¿Cuándo hablaste con Nicanor?

—Maco, vos siempre me preguntás lo mismo. Lo hacés para joderme.

—Y vos siempre me decís lo mismo. Pero no quiero pelear. Me hablabas de Raquel.

—Sí, Raquel estaba. Me parece que vive en la casilla que está primero. Ya se escuchaba cumbia y no sé si no estaban chupando. Seguro que sí. No quieren laburar.

—Pero estaba.

—Sí, estaba encerrada y eran como las doce. Estaba oscuro y no se oía nada. Seguro que estaba con el macho.

—¿Quién es?

—Uno que hace rato que anda con ella. El Emilio, el chico más grande que tiene, ese al que vos le decís robot

porque no habla nada, ese es hijo de él. Después tuvo otro con un tipo y ahora volvió con el padre del robot. Me dijo que se va del barrio Ramírez. Así le pusieron.

—¿Vive el viejo Ramírez?

—Sí, vive en la última casilla, la más grande, la que está en la cañada. Y son todos medio hijos de él.

—¿Y a dónde se va Raquel?

—Por donde está la cooperativa eléctrica, ¿te acordás? Dice que tiene una casita atrás.

—No es mala piba.

—No, para nada, y limpia bien. Yo me llevo bien con el personal doméstico. Los trato bien.

—Pero si no te duran nada. Ya cambiaste de sirvienta como diez veces.

—¿Por qué me decís eso, Maco? Si vos sabés que yo los trato bien. Lo que pasa es que siempre me roban.

—Por culpa de que siempre pensás que te roban una vez acusaste a una que no había robado nada.

—Estás loco.

—A Nancy, ¿te acordás? Le dijiste de todo, que era una ladrona delante de toda la familia y después encontraste el collar adentro de una valija.

—Vos decís cualquier cosa, Maco. Yo la quiero a Raquel. Y le regalo un montón de cosas.

—¿A qué hora dijiste que llega el colectivo?

—A las nueve y media.

—Faltan cinco. Hay que ver si está en horario.

—¿Querés que le pregunte al hombre?

—No, dejá. Total, si tarda mucho, después le preguntamos.

—Estás ansioso vos también.

—Y, sí. Viene Nicanor. ¿Cuándo te dijo que venía?

—Hablamos por teléfono, ¿te acordás?

—Vos hablaste.

—No, vos también le hablaste, ¿no te acordás?

—Sí, pero hace un montón.

—No tanto, Maco. Unos días nomás.

—Si vos lo decís... ¿Y él? Con vos habló más. ¿Cómo anda?

—Bien, bien. Parece que en el trabajo le va bien. Anda de aquí para allá, como todo el mundo. Viste lo que es el ritmo de la ciudad. Ahora seguro que trabaja mucho. Pensar que se quiso ir, ¿te acordás?

—Se fue, Nicanor se fue.

—Sí, pero después volvió, querido. Fue una temporada. A los chicos siempre les pasa. Es normal. Tienen que desafiar a los padres. Al sistema. Viste cómo es. Pero después hablaron vos y él. Y se entendieron. Como padre e hijo. ¿Te acordás?

—Más o menos.

—¿Cómo más o menos?

—Bueno, sí, sí, hablamos. Y ahora sigue con la empresa esa que me dijiste, ¿no?

—Pero claro, Maco. Nicanor terminó entendiendo. Y ascendió. Él va de a pasos. Pero es tan capaz. Progresar en una multinacional no es tan fácil. Acordate que va a ser de los más capos. Me parece que ya es gerente de una parte.

—Gerente de sección, querrás decir. Bueno, todavía es joven. Seguramente va a llegar. Debe viajar mucho.

—Y, sí. Un montón, seguro. Lo conoce al dueño. Qué suerte tuvo de estar en una empresa grande porque las de aquí viste cómo son. Se funden cada dos por tres y no les importa quebrar. Además, con la gente no se puede. Quieren todos los derechos.

—Y lo último que quieren es laburar. Tienen que laburar. Si en este país la gente se dignara a laburar: están pensando siempre en hacerte juicio para sacarte plata en vez de trabajar. Y los empresarios quieren poner todo a cualquier precio para llenarse enseguida. Así no se puede.

—Pero eso no pasa en una multinacional. Ahí trabajan sí o sí. Hay cultura del trabajo. Ahí progresan porque cada

uno sabe lo que tiene que hacer. Seguro que a Nicanor lo deben valorar mucho. Es muy capaz.

—Che, ¿y no anda con alguna chica?

—Sí, sí. Seguro. Pero a él le gusta elegir, es medio picaflores. Y, ¿viste?, un muchacho tan capaz se toma tiempo para divertirse. Total tiene tiempo. Todavía es joven.

—¿Cuánto años tiene Nicanor? Más de cuarenta...

—Cuarenta y cuatro.

—Cuarenta y cuatro. Un hombre hecho y derecho.

—No tanto. Ahora a esa edad todavía son jóvenes. Los chicos se casan mucho más grandes. Si las chicas esperan a tener más de treinta para tener familia...

—Sí, seguro. Che, ya tiene que estar llegando el colectivo. Andá vos. Yo te espero aquí. Prefiero que se encuentren ustedes primero.

—Sí, voy yo, soy la madre.

—Mirá, allá, del otro lado de la plaza, dobló el colectivo. Andá ahora, yo te espero.

—Siempre dobla allí. Ya sabés. Te gusta repetirme las cosas.

—Bueno, bueno, andá de una vez.

—No vino en este.

—¿Cómo que no vino?

—No, salieron todos los pasajeros y no estaba.

—Pero, ¿qué pasó?

—Nada grave, Maco. Se ve que no lo pudo tomar. Yo le pedí la lista de pasajeros al hombre. No me la quiso dar.

—¿Cómo que no te la quiso dar?

—No. Me dijo que él mismo la revisaba.

—¿Y le diste el nombre?

—Pero claro, zonzos. Si ya lo sabe. Nos conocen todos aquí. Vida y obra. Vaya a saber las cosas que dicen de nosotros. No hacía falta darle el nombre. Él lo conoce.

—¿Y qué te dijo?

—Que no me preocupe y que seguramente va a llegar en el de mañana.

—Pero qué raro. No te avisó.

—No sé, a lo mejor tengo un mensaje en el teléfono.

—No sé cómo hacés para levantar esos mensajes. Yo nunca puedo.

—No te hagás problema. Te lo hago escuchar, si querés.

—Che, qué bronca.

—Bueno, Maco, no habrá podido. Te digo que te quedes tranquilo. No está en la lista. Me lo dijo el hombre. Nicanor no subió al colectivo en ningún lado.

—¿Y por qué?

—No habrá podido. Viste cómo son las multinacionales. Siempre surgen imponderables y hay que atenderlos enseguida. Habrá tenido que viajar a otro lado. Se fue en avión, seguro.

—¿Cómo se llama la compañía? Así llamamos, digo.

—No sé, tienen esos nombres difíciles. Y cambian de dueño, a veces, y con eso el nombre. Después miramos en casa y llamamos. Seguro que viene mañana.

—¿Vos decís?

—Ay, Maco, no te pongas así. Parecés un chico. Si sabés que va a llegar mañana. ¿Sabés qué? Mañana venimos a las ocho y media y nos pedimos los criollitos con manteca y mermelada y lo esperamos aquí. En el contestador seguro que tenemos un mensaje diciéndonos que viene. Quedate tranquilo.

—Sí, Maru. Tenés razón, como siempre.

—Hace una vida que estamos juntos, Maco. Y lo tuvimos a Nicanor que ya nos va a venir a visitar. No nos podemos quejar. Vamos al almacén. Acompañame a hacer las compras y te llevás el diario. Mirá el solcito. Un día hermoso.

Cumpleaños feliz

Ya pasaron dos años desde que salí. Parece que nunca hubiese estado.

Mi ex mujer sigue pendiente de mí. Eso creo. Hace diecisiete años que estoy divorciado y no he mantenido relaciones con ella desde entonces. A veces, en alguna de las pocas oportunidades en que nos cruzamos, la observo y me pregunto si me gustaría volver a coger con ella. Ha cambiado. Más de lo normal. Será que me habría gustado que, físicamente, se hubiese mantenido. Es chiquita, morena, de rasgos regulares, armónicos. De piba era muy bella, una de las más lindas. Siempre me acuerdo de una vez cuando disfrutaba cabalgando sobre mí. Estaba muy morena y el triángulo chato y blanco donde usaba la malla contrastando sobre la piel bronceada le quedaba bárbaro, flaca como era. Ver arriba de mi cuerpo sus caderas, sus abdominales que sobresalían apenas, sus pechos llenos y su placer y su vergüenza, esa vez, me emocionó hasta las lágrimas. Nunca terminé de entender bien por qué lloraba. Ahora que lo pienso, capaz que era una premonición, un anticipo de lo que pasó después. Se ha vuelto más ancha. No es gorda pero ha perdido la delgadez, esa flacura que

tanto me satisfacía. Recuerdo que una noche, al sentarse en el auto, le dije sin poder contenerme: “¡Cómo podés ser tan hermosa!”. Era sincero.

Pocas veces me sorprendí por la belleza de alguna mujer que estuviera conmigo. Sólo recuerdo otra. Pasó mucho tiempo después.

Había venido a visitarme mi novia, que estaba haciendo su doctorado en Salamanca. Se iba a quedar unos días en Gerona. Yo había salido a dar una vuelta mientras ella se arreglaba para ir a cenar conmigo. No recuerdo para nada lo que hice durante esa hora u hora y media desde que salí del departamento. No sé qué pasó. Pero yo venía caminando por la ronda Sant Antoni, mirando la vereda, como siempre, supongo, cuando, de golpe, al levantar la vista, veo una mujer muy alta, de unas piernas largas, poderosas, como las de esas extranjeras que parecen hechas de una belleza inaccesible. Iba desfilando, pero de un modo completamente natural, como si no le importara que la mirasen. Yo empezaba a sentir esa bronca, esa amargura que provoca la imposibilidad de acceder a semejante animal, cuando me doy cuenta de que era mi novia. ¡Qué momento! Un flash. Todo eso era mío. La verdad es que esa novia que tanto quise, que quiero todavía, fue, como diez veces, la mujer más hermosa de todas, aunque nadie es perfecto; por aquellos tiempos solía tener mal aliento. Después no.

El caso es que anteayer volví a ver a mi ex mujer.

Yo estaba cenando en el Sushikato, que, creo, es el único comedor japonés de la ciudad. En realidad habíamos ido a ese porque a Juliana le gusta el sushi y yo quería agasajarla. Hacía unos cuantos días que no nos veíamos. Después de un buen tiempo de clausura, a veces los impulsos vuelven junto con las ganas de armar una fiesta. Un buen fiestón. Me pregunto si acostarme con mi ex mujer hubiera sido algo semejante. Ni ahí. Hay mucha bronca, mucho dolor concentrado que sigue jodiendo siempre.

La primera en entrar al restaurante fue ella. Estoy completamente seguro de que me vio enseguida. No giró su cabeza para saludarme. Más bien siguió como si estuviese muy apurada. Yo no entendí por qué no me saludaba. No podía creer que fuera por Juliana.

La segunda en entrar fue mi hija. Y se acercó enseguida. No sé qué onda pueda tener con Juliana, pero por la conversación de anoche, cuando me preguntaba por ella, me parece que podrían ser amigas. A Juliana parece que le gusta Martina. Cuando se acercó a saludarnos en el Sushikato hablamos de sus estudios, de un posible viaje a una universidad en Pau que tiene convenio con la de aquí. Y no mucho más. Sin embargo había algo en la mirada de Martina. Algo que le conozco bien. Como si te preguntara, como si te dijera: “¿Qué está pasando?” o “¿No te das cuenta de lo que pasa?”. No se quedó mucho, lo suficiente, y se fue hacia atrás, hacia donde había pasado mi ex mujer.

Yo estaba intrigado.

Cuando en tercer lugar entraron Toti y su esposa, me di cuenta. Eso era un festejo. No hay muchos lugares en Gerona y sé que a mi ex mujer no le gusta tanto la comida catalana. Hice memoria y reparé en que era 15 de septiembre, el día de su cumpleaños. A veces la saludo para esa fecha. Esta vez me había olvidado. Lo hago cuando me acuerdo, para no defraudar a los que lo consideran como un momento sagrado. Ahí comprendí el enojo de mi ex mujer. Que se muera, pensé.

Fue una mala coincidencia. No porque ella haya elegido ese lugar. Además de sus gustos, el Sushikato es de Norman, el japonés amigo de mi ex cuñado, el esposo de Valeria, la menor de las hermanas de mi ex mujer. En realidad, como a mí no me gusta el sushi, era bastante improbable que fuéramos a encontrarnos ahí.

Toti se acercó a nuestra mesa y fue muy simpático, como siempre. Si bien todos saben que se dedica a los

negocios que me valieron ir preso, él lo vive como si nada y a mí hasta me parece sincero, con su sonrisa de estatua. Siempre me voy a sentir mal por lo que me tocó. De eso no se habla. Él debe estar inmunizado, o se hace el boludo. Se cree que nunca le va a pasar nada. Debe pensar que yo fui un pelotudo de manual. En todo caso él no tiene la culpa. Sé que no es mal tipo. Con esa simpatía suya, y también con su plata, consiguió la mujer que tiene: Romina.

Romina, la esposa de Toti, es la mejor amiga de mi ex. Entró despampanante como siempre. Con su andar de gata rubia, con ese cuerpazo que parece no envejecer o, en todo caso, disimularlo muy bien. Porque Romina debe tener unos cincuenta años. Lo de ella me puso mucho más alerta. Porque tuvo la misma actitud que mi ex mujer y, por supuesto, tampoco me saludó. Cada vez que la veo me acuerdo de cuando se hacía la diosa conmigo. Nunca superó la línea, es verdad. Pero le encantaba hacerse desear. Un día me vino ver al local y, sabiendo que yo hacía gimnasia deportiva, me mostró su elongación abriéndose completamente de piernas en el piso. Yo me sentía casi inmunizado, porque ella era la mejor amiga de mi ex mujer. Todavía recuerdo cuando mi ex mujer me contó entre sollozos que Romina se había acostado con el dueño de la empresa para la que hacía sus diseños. No sé si mi ex mujer sigue siendo una idealista que se angustia por la trampa en la pareja. Esa vez estaba afligida de verdad, por eso y por Toti, a quien ella siempre quiso. Es probable que Toti no sepa nada o que se haya hecho el pelotudo. Nunca dejaron de estar juntos.

Todavía no estaba haciendo la cuenta pero iba a empezar a hacerla enseguida. Ya eran dos las que me ignoraban completamente, con un claro disgusto por mi presencia allí. Pero, como dije, Toti se acercó a la mesa y se quedó charlando un buen rato con nosotros.

Después entró el Sudaca. El Sudaca es el marido de Valeria, la más joven de las hermanas de mi ex mujer. El Sudaca también vino hacia nuestra mesa y, como siempre, me puse a embromar con su físico y con aquella melancolía que cargaba los domingos, cuando los dos éramos novios de las chicas. El Sudaca competía en triatlón, y solía obtener muy buenos resultados. A pesar de que es petiso y no tan atlético tiene la resistencia de un camello y llegaba siempre. Una vez lo vi más amargado que de costumbre y le pregunté cómo había salido en la carrera. Todavía estaba sucio de transpiración y polvo. Pensé que podría haber tenido un accidente.

—Primero —me dijo.

—¿Y por qué tenés esa cara de amargado? —le pregunté.

—Porque estoy podrido, estoy aburrido de salir primero, siempre lo mismo —me contestó con bronca. Todavía le hago acordar de eso cuando nos vemos.

Valeria entró detrás de él, y tampoco me saludó. Iban tres. Se fue derecho hacia atrás.

Empecé a sentirme muy molesto. Era claro que a las mujeres les desagradaba mi presencia allí, supongo que aguándole el cumpleaños a mi ex mujer. Yo me pregunté si podían pensar que yo estaba allí para eso, después de semejante cantidad de años. Juliana lo tomaba deportivamente:

—Seguro que deben estar diciendo que soy fea, y que estoy interesada en tu guita —comentó con una sonrisa de poker.

La cuarta en entrar fue ella, Gabriela. Sigue estando tan buena. A diferencia de mi ex mujer, se mantiene muy atractiva. Le lleva uno o dos años, es la mayor de las hermanas y, sin duda y a mi pesar, la más sensual, la más gata. Está con el director de la Clínica de Obstetricia. Es un tipo raro. Tiene facha de dandi mezclado con patrón de finca ecuatoriana. Diría que atacado por algún mal

endémico, de paludismo o algo así. Yo creo que una guayabera sería la pilcha ideal para él. Y sombrero Panamá. Siempre me lo imagino así al bobo ese.

Gabriela tampoco me saludó. Iban cuatro. Gutiérrez Márquez —así se llama el dandi infectado— me hizo un gesto corto, como para cumplir. Seguro que es por mi reputación, siempre fue un marica.

Gabriela llevaba un vestido color crema que hacía un contraste bárbaro con su piel bronceada. Se hizo la que no me vio, pero le noté una lucecita en los ojos. Y tensión en la cara, todavía hermosa. Tiene facciones que no son armoniosas como las de mi ex mujer. Hay algo áspero en sus ojos oscuros, en su pelo negro y liso. Desde muy joven tiene una cicatriz que empieza en la comisura de la boca, a la derecha, y que va hasta la base de la pera. Le da un aire raro, inquietante, recio, y le queda bárbaro. Supe que algo pasaba cuando ella cruzó hacia las mesas del fondo.

Después entró Andresito, el hermano de mi ex mujer. Hay otra hermana, Francisca, pero vive en Argentina. Volvió por su marido, que nunca terminó de adaptarse a la vida en España.

Andresito me saludó también, pero de lejos y rápido, como tratando de disimular. Fue algo forzado. Raro. Siempre he tenido una buena relación con él, amigable. Más de una vez hemos hablado de las cosas de la vida, de las parejas, de política inclusive, y nos ha sido fácil tratar de estar de acuerdo. La familia de mi ex es un proyecto de clase media acomodada. Trata de funcionar como acomodada pero la verdad es que siempre andan peleando por la poca guita de la herencia que quedó allá y que no le alcanza a nadie. Sé que Andresito, dos o tres veces, se tuvo que tragar mis posturas radicales, y mi historia de la quiebra, pero igual siempre nos llevamos bien. Anteanoche fue diferente, como si me hubiera descubierto infraganti y tuviese que disimular. Un boludo.

Con él venía Eleonora, su mujer. Tampoco me saludó. Iban cinco.

Con Eleonora nos hemos visto pocas veces. Sin embargo, siempre he tenido noticias de ella a través de mi hija. Es su madrina y ahora parece que su relación con Martina va bien. Siempre fue como una segunda madre para ella, salvo el tiempo en que se distanciaron. Fue hace más de un año, cuando ocurrió lo de Elio, su hijo.

Elio me escribe desde la cárcel. No sé por qué me ha elegido. Me dice tío, todavía. Tal vez es porque cree que entiendo lo que le pasa. O porque también me tocó estar ahí, aunque no por semejante desastre.

Eleonora fue, cuando pasó por delante de nuestra mesa, la más nerviosa. Lleva puesto el gesto de amargura. Sé que es por lo de Elio, que desde chiquito explotaba y lloraba como un animal. Lo que no sé es por qué tampoco me saludó. Aunque, a esa altura, si hubiera llegado alguna otra, hubiera hecho lo mismo. Había un acuerdo. O algo me pasaba a mí que yo no descubría. Juliana me dijo que ella entendía. Ella es extraordinariamente inteligente y aún después de tres años juntos hay muchos lugares de su personalidad que no conozco y dudo de que alguna vez los llegue a conocer.

Yo estaba molesto. Enojado. Traté de disimular frente a Juliana, aunque algún comentario hice respecto a la estúpida postura de las cinco mujeres.

Lo de Gabriela fue diferente. Gabriela, me encanta el nombre.

No se lo hice ver a Juliana, que seguía bastante tranquila. Gabriela tampoco me saludó, pero noté algo en su mirada. Algo que me decía: “Cumpló con lo que tengo que cumplir, pero no me sale”.

Juliana sabía que pronto íbamos a irnos y estaría esperando la cama, en la que nos llevamos muy bien. A ella le encantan mis juegos y me hace trampas que aumentan mis ganas de cogerla.

Lo de Gabriela no era cosa de mi imaginación. Justamente el día del cumpleaños de mi ex mujer, hace ya mucho tiempo, nos encontramos en el descanso del primer piso. El festejo era en nuestro departamento y yo traía una bandeja de tapas del bar de Pep. Sigue siendo un maestro para los boquerones en vinagre y para la tortilla. Supongo que tiene tanta clientela como siempre, nada que ver con el boliche de mala muerte donde pasó lo de Elio, el hijo de Eleonora. Creo que nunca se terminó de dar cuenta de lo que hizo.

Aquella vez nos cruzamos en el descanso, que estaba oscuro. Gabriela venía del departamento, en el segundo, y yo desde la calle. Es un descanso chico, apretado. Nos encontramos de frente. Y nos miramos. Yo venía concentrado en lo mío, que era cumplir con ser un buen anfitrión, tomar bastante y lograr que se fueran todos lo antes posible para disfrutar del cuerpo de mi ex mujer, que todavía estaba muy buena. Gabriela me frenó con su mirada apenas un instante. Me dijo: “Dame un chupón”.

Yo le sonreí como un bobo mientras ella esperaba mirándome a los ojos. Después seguí camino. Pasé toda la noche observándola, pero ella no me dio más bola. ¿Cómo no había aprovechado la oportunidad? Por mucho tiempo me arrepentí de no haberlo hecho. Aun cuando estaba encerrado y me venían a ver. Una vez vino con mi ex mujer. Pero esperó afuera.

Ya nos habíamos reunido en un bar porque ella, que trabajaba para una empresa de seguros, quería venderme alguna póliza. Fue antes de lo de la escalera, pero ya había algo. Yo siempre me contuve. Gabriela me parecía arrancada verde, con muy pocas luces. Hablaba como si supiera mucho de seguros, cuando se notaba que en el fondo repetía como un loro. Pero su mirada es diferente. Hay algo en los ojazos marrones. Una bondad mentirosa, completamente espontánea. Me encanta la guacha.

Había tomado bastante champagne y quise ir al baño, que queda pasando el patio con plantas que Norman mantiene muy bien. Me levanté y observé el panorama al fondo del restaurante. Tenía que pasar delante de la mesa del cumpleaños. Vi que había un camino lo bastante retirado como para no tener que saludar a nadie. Fui, acelerando, por ahí.

Cuando pasé, a la única que alcancé a registrar fue a Eleonora. Miraba hacia abajo, como si supiera que yo estaba allí y no quisiera saber nada. Yo le debo la contención que le ha brindado a Martina. Pero se lo retribuyo en mi relación con Elio. Quizás es por eso: yo se lo recuerdo constantemente y ella no lo soporta.

Elio no va a dejar, por lo menos todavía. Está rabioso, muy angustiado. Ni siquiera sé si tiene consciencia de lo que hizo, y si se arrepiente. Todo el mundo sabe que estaba duro en el boliche cuando se metió en la cocina y sacó el cuchillo. Y más de una vez maltrata a su madre. Eleonora nunca pudo con él, pero es la madre. Es como si tuviera la culpa de haberlo echado al mundo.

No me es imposible perdonarla a Eleonora. Ella sufre y sé que no tiene fortaleza suficiente para ser simpática conmigo. La molesto. Tal vez sea mi odio a Dios, ella sigue sin faltar a misa. Me da bronca que tenga que rezarle a ese puto Dios al que le gusta tanto el sufrimiento. Hubiese preferido no verla. Pero estaba allí y sé que se dio cuenta de que yo pasé hacia los baños. El resto no. O casi.

En el Sushikato hay un único baño que comparten las mujeres y los hombres. Soy cuidadoso con los baños, en especial los compartidos. Cuando estaba adentro seguía siéndolo. Esa noche no presté particular atención, picado por el vino y el champagne como andaba. Cuando terminé y abrí la puerta para volver, ella, Gabriela, estaba allí, en el pasillo.

Al verla clavé los frenos, sorprendido; ella se quedó mirándome, segura. No dijo palabra. Tardé poco, tal vez diez

segundos, en darme cuenta. Le agarré la cara con las dos manos y le di el chupón que le debía desde aquel cumpleaños. Fue un beso largo. De esos que no tienen ninguna necesidad de terminar. Sentí en el cuerpo las ganas y en seguida apretamos las caderas, refregándonos. La llevé contra la pared. No es alta y doblé las piernas para estar más abajo y poder apoyarla con fuerza. Le metí la mano y le levanté la pollera color crema. Busqué el elástico de su bombacha y la toqué. Estaba bien mojada, y yo casi listo. Echaba cuanto podía la cadera hacia adelante y buscaba mi mano sin ninguna vergüenza. Me bajé los pantalones y la rocé con lo mío, que ya estaba bien duro. Entonces la agarré de la mano y la metí dentro del baño. Le saqué la bombacha de una pierna que le hice poner sobre el inodoro, y después, apoyándola contra la pared, comenzamos a hacerlo. Fue más fácil de lo que creía. Casi natural. No nos molestó la posición. Ella no hacía ruido pero estaba muy caliente. Me dijo: “Hijo de puta” dos veces. Cada tanto abría los ojos para mirarme, como para que le diera más. Es difícil de creer, pero llegamos. Me encantó llenarla, mojarla toda, arruinarle la bombacha.

—¿Qué hacemos? —le pregunté después de terminar. No sé por qué pienso que las mujeres se las arreglan mejor en esos momentos. Pero abrí la puerta y le dije—: Mirá si hay alguien en el pasillo.

Lo hizo. No había nadie.

—Andate vos. Yo me quedo cinco minutos. Te llamo, quiero más —alcancé a decirle antes de que se fuera. No me contestó nada.

Salí enseguida del baño. Encendí un cigarrillo y aproveché el humo para echármelo sobre la ropa y la cara. Era un asco, pero me daba la seguridad de que taparía los olores, especialmente el perfume de ella. Lo fumé rápido y volví al salón.

Creo que los del cumpleaños no se dieron cuenta de que yo pasaba, o se hicieron los boludos, como suele ocurrir.

Y lo más extraño es que no pensé en Martina, que se da cuenta de todo aunque no lo demuestre. No pensé ni una vez en ella. Ni siquiera me hice problema porque estuviera ahí nomás, a pocos metros.

No escuché que hayan dicho nada hasta el momento. Mejor así, es bueno hacer la vista gorda a veces. Qué ganas de prenderle fuego a esa mesa tenía, sacando a Martina un buen rato antes, claro. Sé que me comprendería.

Cuando volví a la mesa, como veinte minutos después, me preguntó Juliana:

—¿Qué te pasó? Parece que estuvo lindo el baño, ¿no?

—Tuve que hacer cola, hay uno solo.

—Sí, ya sé —me dijo—. Tuviste que hacer la cola.

—Me quedé fumando un cigarrillo con Norman.

—Se ve que iba y volvía, porque pasó varias veces por el salón.

—Sí, iba y volvía.

Juliana miró hacia otro lado, disimulando, pero sé que se daba cuenta. Después se fue acomodando y habrá pensado en las posibilidades que todavía quedaban para disfrutar la noche. Es un mecanismo que aplica siempre. Creo que aprendió a utilizarlo cuando estuvo internada por su enfermedad. Ella siempre me habla del “loquero” y de que eso la salvó. Y de que no le importa lo que yo haga, salvo si la “apesto”.

Terminamos temprano, como siempre fuimos a su casa y tuvimos sexo, como siempre, con muchos juegos. Terminamos jugando a la secretaria. Volvió a decir: “Señor jefe, ¿me puede follar?”.

A la mañana nos tomamos el café y me fui temprano, como siempre. Todavía no volví a ver a las cuatro boludas que no me saludaron.

Tampoco a Gabriela. Pero tengo muchas ganas de acostarme con ella.

Tres sesiones y media

Primera

Soy Amanda Reyes... Amanda Reyes. Así, y me gusta. Es un nombre que parece extranjero aunque sea tan criollo, ¿no es cierto?

En Rosario, y sobre todo en el círculo en el que me tocó criarme, lo criollo, a veces, parece extranjero. Yo me crié en el centro, aunque mi viejo fuera bastante, no, bien criollo, y bien de tomar. Mi viejo me daba vergüenza. Pero después hablaremos de mi viejo. No sé, si a vos te parece.

Yo no tengo sangre italiana. El apellido de mi madre es Urquía. Todo en mi nombre suena fuerte, ¿no te parece?, como algo recio, no sé. Y yo soy así, yo quiero ser así, como mi nombre, la mayor parte del tiempo, aunque a veces no.

No sé si me gusta estar a cargo, pero toda mi vida lo hice. No sé si me tocó o soy yo la que me meto en eso. Me gusta que todo esté más o menos controlado. Mentira, también me gusta que todo esté descontrolado.

Sí, eso, control, de control tal vez se trate. A él —todavía no voy a decirte el nombre—, a él, te decía, también le gusta tener todo bajo control, pero algunas cosas se le

descontrolaron. Especialmente yo. O no, no sé. A veces quiero que me agarre la correntada y haga conmigo lo que quiera, que haga con mi cuerpo lo que ella quiera.

Te decía que no sé si me gusta estar a cargo. Pero a lo sumo he dejado en manos de algún hombre una parte de las decisiones. Me atraen los que son capaces de decidir: me gusta contemplarlos y sentir que son capaces de jugarse como tienen que jugarse los hombres. Me hubiera gustado que él se jugase. Bah, no lo sé. No creo que yo pueda seguir a nadie, pero a alguno que sepa tomar decisiones podría acompañarlo. En definitiva, me gustan los hombres y, de alguna manera, busco compañero. Eso: compañero.

Soy una mujer baja, ya ves, no mido más de un metro sesenta.

¿Que qué quiero decir con que soy una mujer baja? Eso mismo, decidilo vos. Siempre tuve el cuerpo musculoso y aún a mis cuarenta lo sigo teniendo así. Me hace pensar en la tierra. Será porque me gusta la tierra, andar cerca de la tierra. Aunque mis tetas son chicas y están algo blandas después de mis hijos, me gustan, me gustan así y estoy orgullosa de que las hayan visto el puñado de hombres con los que he estado. Igual me alcanzan los dedos de la mano para contarlos. La verdad es que no me da vergüenza ni orgullo. Mi orgullo va por mi —nuestra— condición de mujeres. Y aunque mida un metro sesenta me siento alta, especialmente en el escenario. En el escenario crezco, es mi lugar. No, te miento, quizá ya fue mi lugar.

En definitiva, me gusta ser mujer, no me lo planteo mucho, y también me gustan las mujeres pero no para tener intimidad con ellas, no sexo.

No sé. No es que me dé asco pero nunca me lo permitiría. Ni les permito a los hombres que hagan ciertas cosas que me puedan lastimar. Porque son capaces de lastimarme, aunque nunca mucho. Eso sí, elijo a los que

están cerca de la tierra, como yo quiero, a los que la conocen, a los que saben sembrar y recolectar. Me gustan los que son capaces de recoger los frutos de la tierra, que sean capaces de hacer un asado, de servirte el vino. Para eso está bueno ser mujer, para contemplar a los hombres mientras te dedicás a hacer las cosas que hacen las mujeres.

Ayer me comí una morcilla con unos espárragos que hice a la plancha. Y después salí a caminar. Hermosos. Son hermosos los espárragos y las verduras en general en esta época. Me encantan. Me lo paso hablando de todas las cosas que me gustan. Debería decirte lo que no me gusta, pero no sé, no tengo ganas. Lo vas a tener que sacar por descarte. Es un día gris hoy, ¿viste? Es una lástima que no haya podido tomar unos mates con él. ¿Sabés qué me imagino? Me imagino que estoy sentada en el patio y percibo cómo un hombre trabaja en el jardín, en la tierra. Un hombre que anda cerca, eso me gusta: la energía masculina. Ese hombre es él. O casi él. Es parecido, más alto, duro, seco, qué sé yo... así, ensimismado, y mientras arranca una cebolla o corta una rama se queda en silencio. Está allí, con la tierra, y sabe que yo estoy allí también. Disponible para que haga conmigo las cosas de los hombres. Con ese sí. Ese quiero que me haga las cosas que hacen los hombres.

Se han enamorado de mí. Varias veces, nunca me faltaron interesados. Pero decido despacio. A veces.

En definitiva, ¿sabés?, creo que me siento hermosa. Y no me importa tanto si hay hombres. No me importa. No es que los ande seduciendo. O ese es mi modo de seducir. Andar como si siempre estuviese segura.

¿Si no lo estoy? Estoy segura de que tengo que estar segura. Aunque todos sabemos que no tiene mayor importancia. Y sin embargo actuamos como si la tuviera. Porque ¿qué va a ser de nosotros cuando pase el tiempo? Apenas memoria de otros y después nada. Esas cosas se las plantea él. A mí me gusta. Sé que está angustiado. Lo

percibo y quisiera que todo esto fuera sereno porque no voy a dejar de quererlo, o tal vez, sí, pero no creo. ¿Sabés qué pienso? Pienso que no quiero dejar de quererlo.

Me la paso diciendo lo que me gusta y lo que quiero. ¿Por qué será? Para eso vine, ¿no? Vine para tratar de ver qué hago con lo que me está pasando. Pienso que lo necesito. Vine para ver qué hago con esta historia. Yo me quiero sacar la coraza. Él tiene la suya y muy fuerte, muy pesada. Mamita, qué coraza. A veces me da lástima por todo el peso que carga, pero se lo busca. Siempre parece andar cargando mucho peso.

Me llegó a decir que le cambia la química cuando me ve. Eso me dijo. Me hace acordar a mi ex marido. Mi ex marido me dijo que no podía resistir, que le era imposible imaginarme con otro. Yo respeto esa valentía de decir lo que dijo mi marido.

Los hombres se fijan en mí, así, petisa, medio criolla, medio rubia. Me siento linda. Sé que hay mujeres que lo son incuestionablemente pero siento que, así, petisa, fuerte, soy hermosa y lo sé mostrar, pero no me gusta aprovecharme de eso: hablaría mal de mí. Definitivamente no me gusta.

Dije que me gustan los hombres que están cerca de la tierra. Es porque me gustan los alimentos, que son, justamente, los frutos de la tierra. Me encanta comer, pero criar no. Criar me mata. Ya lo hice, no lo quiero hacer más. Cumpló con mi destino. Y la verdad es que lo valoro mucho. Tanto como la música y el canto.

Yo quiero las cosas de la tierra, no queda otra alternativa. Pero también miro y escucho, amo las cosas del cielo como la danza y el canto.

Y al final vengo por este tipo, con el que empecé una relación que no anda. Me duele, porque este tipo me gusta. Hace como diez años que me busca. Siempre lo tuve ahí y se portó bien. Supo esperarme. Hasta que al final me decidí. Siempre fuimos amigos pero, bueno, no era tan así.

Aquí puedo hablar pero siento como que es poco tiempo para contar mi vida. Mi vida son todas esas cosas que me han ido pasando y que me trajeron hasta aquí, ¿no es cierto? Mi vida es lo que pasa cada minuto en que estoy escuchando música o estudiando con la guitarra. Eso soy yo, al final. Soy una mujer con una guitarra, algo especial, ¿no? Una mujer con una guitarra, algo que parece reservado más para los hombres. Nunca, de chiquita, me gustaba hablar de hombres. Era como que estaba mal. Después me fui acostumbrando y empecé a hacerlo pero no de una manera explícita. Ahora hasta me gusta.

No sé por qué no puedo hablar de él. No lo sé. Ando dando vueltas: me hizo mal, estuve mal. Ahora, a veces, lo extraño. Pero no quiero seguir así. No puedo estar más en ese lugar. Aunque quién sabe. Me esperó como diez años. Un montón. Supo esperarme y siempre fue un caballero: siempre se portó como un caballero, siempre estuvo cerca. Y yo también, pero a mí no me cuesta nada ser una mina correcta. Y si tengo que transgredir lo hago sin ninguna vergüenza, también. Si hay algo que no tengo es vergüenza: puedo andar en pelotas delante de los hombres sin ninguna vergüenza. Quiero que vean, quiero que sepan quién y cómo soy. Pero de lejos, no sé. En el fondo les tengo miedo, capaz.

Me gustan las estatuas, sí, esas estatuas donde están ella y él juntos y desnudos. Sí, las estatuas.

¿Por qué las estatuas? Y, porque las estatuas muestran lo que quisiéramos hacer, lo que queremos ser. Están en el momento justo. Pero, claro, inmóviles. Una estatua se queda haciendo siempre lo mismo. Me gustan las estatuas.

¿Que si quiero ser una estatua? Ni en pedo. Aunque el mármol se entibia: es como si el mármol se entibiara gracias al cuerpo de él, el del hombre, digo, más grande, más quieto, y el cuerpo de ella refugiada entre sus brazos, quieta también pero siempre con ganas de moverse. No

sé si entendés lo que te explico. Ya sabés, a las mujeres nos gusta que nos tengan en los brazos. A mí, en el fondo, también, pero es como si no me gustara: es como si yo le pidiera demasiado a un abrazo. ¿Quién va a saber abrazarte? ¿Cómo se puede imaginar un abrazo de un hombre y una mujer desnudos sin que haya sexo? Por eso no me gustan los abrazos. Mentira, sí me gustan, pero son demasiado. Es más fácil abrazar a los amigos, o a los hijos, no sé. No, a los hijos es casi imposible abrazarlos. Los abrazos, con los hijos, es como si no alcanzaran. O sobran. Bueno, al final es igual en todo. Hay algo en el abrazo que rechazo y que al mismo tiempo deseo. Así me pasa con todo. Las estatuas se siguen abrazando siempre y no tienen vergüenza. A mí me daba vergüenza por ellas cuando era chiquita. Pensaba que ese momento tan íntimo no podía estar expuesto, tan expuesto. Y a la intemperie, como la estatua que está en los jardines de Luxemburgo que me gustaba mirar cuando fui de gira.

Le ando dando vueltas a esto porque así me abrazó una vez. En el borde de la cama. Me tuvo en su regazo, los dos completamente desnudos. Era un abrazo hermoso pero había dolor. Como un dolor en los dos. Yo no sabía por qué. Él tampoco en ese momento, pero, en el fondo, los dos algo sabíamos. Y seguimos así, abrazados. Ahora, si lo volviera a ver, lo abrazaría como lo abrazaba siempre, un poco fuerte, pero enseguida lo soltaría y lo obligaría a soltarme. Una vez, al principio, cuando solamente quería levantarme, llegó a un ensayo y me abrazó muy fuerte, me inmovilizó. En realidad yo me inmovilicé. No respondí, como si no tuviera ninguna voluntad, y terminó soltándome. Él no entendió. Estaba perplejo, seguro. Se dio cuenta de que esa no era la manera. A mí no me terminaba de gustar. Y yo estaba casada. En realidad estaba separada en ese tiempo. Después volví. Al pedo. No tendría que haber vuelto.

Recuerdo la cara de odio que tenía. Fue una vez, cuando íbamos a comer un asado a la casa de una cantante amiga. Yo había salido con un amigo de él. ¿Amigo? No, bueno, un conocido. Tuvimos un encuentro, digamos así, que no anduvo porque yo no me terminaba de separar de mi marido. Y él de alguna manera se enteró. Le hizo muy mal. Me miró con una cara de odio tremenda. Le hizo muy mal, estoy segura. Y después supo esperarme. Y quiso esperarme porque yo fui correcta, hasta un poco cariñosa. No me malentiendas, nunca le hice histeria. No soy histérica. O soy muy histérica y lucho contra eso.

¿Cómo? Sí, tal vez soy muy histérica y entonces lucho contra eso. No soporto a las minas histéricas: por eso me gustan las mujeres viejas, las abuelas de las manos ajadas, las de los dedos gruesos. Mis abuelos vienen de Catamarca, y me gusta Catamarca. Con el cielo que tiene, y las noches y las empanadas y el vino.

Me fui con él a Catamarca, una vez. Y era como si flotásemos. Fue tan fácil viajar con él, se hablaba con esa tranquilidad. Como si fuéramos una pareja de hacía muchos años. Y nos tomábamos unos vinos después de cenar. Nos llevábamos un Toro a la cabaña y mientras escuchábamos música en la computadora bajo el silencio del cielo, lo íbamos tomando. La verdad es que tomábamos mucho, en el fondo nos hacía falta. ¿Para qué? Porque en el fondo los dos sabíamos que pasaba algo que nos hacía ruido. Y el alcohol ayuda. Hay que aturdirse. Además, yo soy hija del Chivo Reyes y de alguna manera le estaré rindiendo homenaje, a pesar de las que se mandaba.

Y sí, se mandaba unas bastante pesadas. ¿Sabés que hacía asados en la vereda de la avenida Pellegrini? Sí, en la vereda de Pellegrini y a las diez de la mañana. A mí me daba vergüenza. Qué vergüenza, por Dios. Llegaba de mañana con los amigos y se iban a comprar la falda y seguían con el vino. Hacían el asado arriba de una chapa. Tremendo. Y mi vieja se las aguantaba. Por eso se volvió

loca. Mi vieja estaba loca. Y no era para menos, pero yo me llevaba mejor con mi viejo. Era un bohemio, por no decir otra cosa que no puedo.

No, no puedo decirla. Es mi viejo. No puedo decir de mi viejo que era un pelotudo. La verdad es que no sé cómo llamarlo, borracho no, chanta no, irresponsable no. Mi viejo es un vacío, un buen hijo de puta y un tipo querible. Cuando se murió me enteré de que tenía otros hermanitos. Se lo dije en la cara cuando se lo comía el Alzheimer: “Sos un hijo de puta, ¿entendés? Sos un hijo de puta. Te puteo, total te olvidás enseguida”. Tenía otra familia, pero no se lo dije por eso. Mi mamá se volvió loca. Había que aguantarla. Después, cuando se puso vieja, cambió mucho. O yo la perdoné, no sé. Se fue con mis hijos de viaje, pagó todo ella. Fue hermoso y mis hijos lo pasaron bomba con su abuela. Una genialidad. Pero me llevaba muy mal con ella. Se murió de golpe, tranquila. La encontré yo, claro. Y ahí aproveché y me separé de mi marido. Sí, me separé de mi marido.

¿Tiene que ver? No sé, no lo había pensado. Pero cuando la encontré muerta me separé de mi marido.

Sí, claro. Mi vieja lo conoció al tipito este. Él me dijo que mi vieja lo había mirado con una cara muy especial, como si supiera. Él decía que mi vieja se daba cuenta. Se daba cuenta. Y de que había algo más. Pero no lo supo explicar. Y la verdad es que yo tampoco, no termino de entenderlo. No sé qué me quiere decir él cuando me cuenta eso. Es como si mi vieja supiera algo más y como que yo debería saberlo. ¿Sabés lo que creo? Creo que las mujeres sabemos pero es como si no supiéramos. Las mujeres esperamos que no sea así.

Sí, que no sea así, que las cosas te sorprendan. Sobre todo cuando algo no nos gusta. Y también le tenemos miedo al cambio. Las mujeres queremos que nos sorprendan y que la sorpresa nos guste. ¿Y qué? Pero yo voy. Eso, yo voy. Él me dijo que yo camino siempre adelante.

Que hay que andar a toda velocidad para alcanzarme. Yo voy, no quiero ser una boluda histérica. Pero quiero un hombre. “Buscame un novio”, le dije. Yo se lo dije a él. Le quise decir que él me gustaba. ¿Gustaba? Sí gustaba, gustaba. En ese momento. Y ahora también. Bueno, le quise decir que no, le dije que me buscara un novio, porque hasta esa autoridad le daba. Tenía que ser él el que me buscara un novio. ¿Te das cuenta de cómo somos? Bueno, de cómo soy. Qué sé yo cómo soy. Yo soy Amanda Reyes.

Segunda

El problema es Marisa. Sí, la otra. Yo la conozco. Ese es el problema. Si yo no la conociera, quizás no habría pasado nada de lo que pasó. Pero la conozco y eso, al final, jode. Me hice la boluda bastante tiempo, pero después no pude. En realidad lo que no pude es bancarme que él también se hiciera el boludo. Había un acuerdo tácito, se ve que muy fuerte, y lo pasábamos bien. Íbamos a los bodegones que nos gustan a nosotros y comíamos casi siempre la misma comida, no la misma, quiero decir que pedíamos los dos un solo plato. Yo soy de poco comer, casi llegué a la anorexia. ¿Sabés lo que hacía cuando actuaba más seguido? Me metía algo de comida en la boca, apio, qué sé yo, lo masticaba y le chupaba el jugo y después lo escupía. Quería estar flaca, muy flaca. Cosas de mujeres. Estamos un poco locas, pero no queremos cambiar. Sabemos lo que está mal pero lo seguimos haciendo o hacemos algo parecido para no verlo tal cual.

Sí, sí, ya sé. ¿Que qué quiero decir con tal cual? Eso, tal cual. A mí me gustan las cosas claras. Bah, en general, porque también me gustan algunitas historias. ¡Cuántas historias que hay! ¡Yo escucho cada cosa de mis amigas! Nos reunimos todas las semanas. Tengo varios grupos. Con las que más me río es con las compañeras de la escuela. Pero con todas hablamos de la vida. Lo que pasa entre ellas y sus maridos o sus novios. Es tremendo. ¡Y cómo se tratan! En

cambio yo de mi marido no puedo decir nada salvo que nos tendríamos que haber separado antes. No sé por qué seguí tanto tiempo. Y el tipito esperando. Bah, tampoco se quedaba muy quieto que digamos.

No sé si es mujeriego, él dice que no. Yo digo que sí, creo. Es un tipo que vive solo, ¿me entendés?, él vive solo y eso le gusta. No sé si le gusta, es su manera de ser. Pero cuando estamos juntos es como si flotásemos. ¿Sabés una cosa? No me gusta que sufra. Yo sé que sufre. Lo que pasa es que es inadmisibile para mí. Aunque en el fondo lo entiendo un poco. En todo caso que no joda. Porque a mí me jode. Y termino poniéndome nerviosa. Y yo quiero estar tranquila. Yo quiero estar tranquila. Saber historias, ponerlas en mis canciones, pero a mí me gustan las cosas sencillas: cocinar y tomarme un vino. Y él anda preocupado, se nota. Me da pena. Él anda preocupado porque yo esté tranquila, pero es al revés. Si alguien está preocupado por la tranquilidad de otro es porque él mismo no lo está. Y eso lo come por dentro. Me da lástima. Y está Marisa, la conozco. Casi no la puedo nombrar. A él le dije el nombre, se lo pude decir, pero cuesta. Ese es el monstruo. A él le cuesta mucho más. Es como si quisiera que no existiese, pero existe. Si le hubieras visto la cara las pocas veces que hablamos del tema. Pero yo no le permito. Soy yo la que no le permito hablar del tema. No lo soporto. Me pongo a llorar. No me aguanto. Porque en el fondo, a mi manera, lo quiero mucho. Casi nunca se lo digo, pero una vez se lo dije. Se lo dije para que supiera. Porque llegué a pensar que hasta tenía derecho a hacerse tan el boludo porque yo no le daba ninguna seguridad de nada y siempre estábamos medio escondidos. A mí me gusta, también. Era lógico que él supiera que yo sabía y se habrá pensado que yo tenía lo mío. Y lo tuve, claro, bah, lo tengo si quiero. Pero él no tiene por qué saberlo. Por eso llegué a decirle que lo amo. En la cama no, o creo que no, quién lo sabe. No es que yo diga que el sexo es el sexo,

nada de cariño, sexo, coger, como si solamente de eso se tratara. Pero al principio no había cariño de mi parte. Se ve que yo estaba un poco enojada y lo quería poner ahí, en el encuentro íntimo. Eso decía que faltaba, cariño. Él lo decía. Por eso llegué a pensar que él pensaba que para mí era eso: hablar un rato, comer, tomar un vino y tener sexo. Este tipo se cree que yo lo quiero para eso solamente. ¿Y sabés qué? Quizás lo quiero para eso solamente. Pero no me agunto que sea así, que él lo sepa y me vea como un curte, como una putarraca. Pero estoy diciendo cualquier cosa. Hasta eso debe causarle dolor, pensar que para mí él es un curte, algo adecuado para pasarlo bien un rato. Y es así, me gusta, me gusta, lo que no me banco es que esté con otra. Me hizo mierda. Yo viajé con él. Pero él se fue con Marisa. Es una buena mina, pero ella también se tiene que haber hecho la boluda. Y así, haciéndose la boluda, se lo habrá ganado. En el fondo, te soy sincera, eso no me lo creo.

¿Que qué no me creo? Que alguien se gane a un hombre haciéndose la boluda. Pero ella a lo mejor sí. Para mí se hace la que no sabe. Esa es su estrategia. Lo acepta. Yo no. Lo que es claro es que no me banco cuando empieza a hablar. Sé que le cuesta un montón, que dice un montón de cosas, que hace ruido para que no sea tan alevo-so. Pero, al final, cuando empieza a animarse no me lo banco. Le prohibí que siguiera porque no me banco que me hable de otra.

Al principio me dijo si yo creía que alguien podía querer a dos personas al mismo tiempo. Se refería a dos personas como pareja. Yo le dije que no sabía, que tal vez sí. Se lo dije porque más o menos sabía que a él le pasaba algo así. En realidad me hice la boluda. ¿Ves?, al final fui yo la que me hice la boluda. Bueno, es que yo no me lo banco tanto. O lo que no me banco tanto es que no se haya decidido. Pero en realidad no sé si hay que decidir algo. ¿Qué es lo que hay que decidir? Lo que uno quiere. Uno no

decide lo que quiere. Lo quiere y listo. Y no me refiero a una pollera o un saquito. Porque es claro que una pollera o un saquito los querés ahora entre un montón de otros que seguís queriendo y que vas a volver a usar.

Sí, sí, para mí debería ser lo mismo. No sé si eso me lo dijo él. El muy animal me dijo que a un tipo al que le gustan mucho las milanesas no le gusta comer milanesas sin parar. Al que le gustan las milanesas, dijo, también le gusta el queso y dulce. Es un hijo de puta. No, no es un hijo de puta. Yo sé bien que es un buen tipo. Me gustó cuando me dijo que él no se iba a entregar, que él era así y que los demás le tenían rotos los huevos: me gustó cuando se enojó. Porque eso me gusta, los tipos que se juegan por lo que piensan, aunque piensen algo que en principio es malo. Me lo dijo a los gritos y a mí me gustó. Me daban ganas de ayudarlo, ¿me entendés?, de ayudarlo a ser quien era y a que defendiese lo suyo. Loco, ¿no? Ayudarlo a que haga la suya y salga con Marisa también.

Ni en pedo. Bah, no sé. Yo sé que le gusto, que hay muchas cosas en mí que él desea. Que él admira. Quizá que soy una laburante. Que estudio con la guitarra, que me rompo dando clases. Y fui yo la que lo invitó a que me acompañara con la guitarra. No es que toque mucho, pero tiene instinto y un gusto exquisito. Muy parecido al mío. Porque yo tengo un gusto exquisito. ¡Ah, sí! Sí, la verdad es que yo tengo un gusto exquisito. ¿Quién podría negármelo?

¿Si mi gusto exquisito es excluyente? En algunos casos sí. Mentira. En realidad las cosas lindas las quiero para mí. Tienen que ser mías. Sí, sí, con voz de nenita, porque sé que así se consigue lo que una quiere. Y yo lo quiero para mí.

¿Si yo quiero ser de él? Naaaa. De ninguna manera. Yo quiero parecer de él un rato. Después a mí me tienen que dejar libre. A mí no me pueden abrazar mucho tiempo porque después no es abrazo, es prisión, ¿sabés? ¿Leíste *De A para X*, de Berger? Así me gusta, como esa

historia. Una historia con impedimento. Un impedimento, la prisión de él, y ella tan hermosa, hablándole de las pequeñas cosas, del ciruelo florecido, de una flor que nace. De lejos. El amor de lejos. El dolor de no encontrarse. El deseo. Andar con deseo. Me gusta. Y también no me gusta. Es un juego. Un juego. ¿Sabés qué? Yo me hacía la desmayada.

Sí, cuando mis viejos se peleaban yo no lo soportaba y entonces me hacía la que me desmayaba. Nunca supe bien si mis viejos se lo creían o no. Por lo menos me prestaban atención y yo les cortaba la pelea. Aunque no sé si estaban peleando o era un juego sexual. No sé. Yo le conté lo de mi viejo. Yo me llevaba bien con mi viejo. Él tenía otra mujer y cuando se estaba por morir vino al hospital. Era una tipa bien, una mujer bien. Mi vieja se lo aguantó. Permitió que ella estuviera también. Y no era para menos, tenía hijos con él. Y yo me entero en esos días. Increíble. Mi vieja debe haber vivido con eso siempre y por eso estaba loca. ¿Sabés qué? A mí me gustó verla. No es que yo quiera justificar a mi viejo, o tal vez sí. Pero sentir que ella valía la pena, que parecía una mujer delicada, me gustó. Tal vez yo quise verla como una mujer delicada, pero estoy segura de que era así. Me dejó tranquila. Me habrá dejado tranquila esa suerte de reconciliación imposible entre mi mamá y esa señora frente a la muerte de mi viejo. Una reconciliación que llega con la muerte, con la inacción de uno de los involucrados. Ya está, no pasa más nada. Nada se va a mover demasiado, salvo los recuerdos. Yo primero pensé, en realidad quise pensar, que el señor se refería a eso, a lo de mi papá con las dos mujeres, cuando me preguntó si se podía querer a dos personas a la vez. Estaría tanteando para ver cómo podía seguir, para saber en qué andaba yo. Se quedó ahí cuando yo le hice cara de que, quizá, podría ser. De que quizá me podría pasar a mí. ¿Y dónde está la pureza, en mantenerse como yo me mantuve casada o en seguir los

sentimientos? Es una palabra fuerte “pureza”. A mí casi no me gusta usarla. Yo soy criolla y me la banco. Estoy contenta porque llega la primavera y salió un jazmín.

Sí, la primavera. ¿Qué tiene que ver la primavera? La pureza, ¿no? No sé, a mí me encanta.

Un jazmín. Salió un jazmín en el patio de mi casa: es hermoso. Yo sé que existe. Quiero decir que *es*. Es hermoso, así, chiquito y blanco. Entender juntos esas cosas me encanta. Como en el libro *De A para X*. Él dice que el tipo se debe llamar Xavier. Que ese es un nombre de preso político. A mí me parece que tiene razón. Y ella, Amanda, como yo. Me encantaron sus cartas. Su amor de lejos, las referencias a las pequeñas cosas, como el jazmín. Me encanta pensar en él y en el jazmín. Yo sé que lo entiende. Yo sé que no es un tipo sencillo o fácil como yo digo que me gustan pero también sabe lo que es una flor entre nosotros. Por eso me gusta criar aunque ande a las puteadas. Me mata la dependencia de los que criamos. Cuando me separé dije basta. Basta de que dependan de mí. Ahora estoy sola y me dedico a mí misma. Pero en el fondo me gusta criar. Tengo que hacer una canción. Hasta me dan ganas de tocarle la guitarra al jazmín. Si le toco la guitarra al jazmín, ¿se la toco a él? Me refiero al jazmín mismo. ¿O me la toco a mí? Esa pregunta le gustaría a él. Porque él siempre se anda haciendo esas preguntas. Él. Él. Él. Me tiene un poquito hinchada. Tengo que pensar en mis hombres y menos en él. Sí, sí, mis hombres, ¿no te parece? A mí me parece muy bien.

¿Son nada, eh?

No, la verdad es que no son nada. Bah. Sí son. Siempre están allí. Son los hombres posibles. Y los hay. Yo tuve una relación con uno, poca cosa. Y encima me apestó.

Y, sí, me apestó. Una vergüenza. Tuve que operarme. En un momento pensé que me había contagiado el tipito. Estaba casi segura. Mentira, en el fondo sabía que no era él, pero cómo me iba a justificar si era yo la que lo

contagiaba. Lo mandé al urólogo y dijo que tenía la misma enfermedad pero que no estaba en condición de contagiar, que estaba sano. Que él no me había contagiado. Y ni se molestó por lo que me pasaba. ¿Sabés qué creo? Que le venía bien para dejar de idealizarme eso de saber que yo era una mina como cualquier otra que se podía apestar por salir con un tipo. No le molestó para nada. La que andaba molesta era yo. No quería reconocer que el problema era mío, solamente mío, y que él no tenía nada que ver. A lo mejor él no quería asumir que eso me podía pasar, o sea que me seguía idealizando. O le venía bien porque, en todo caso, nadie es un santo y eso le daba derecho a portarse como se portaba. Qué palabra de mierda “portarse”. “Portarse”, ¿no? “Portate bien, no seas malo.” “¡Muy bien, muy bien, qué bien que se porta el nene!”

Pero no me lo aguanto. Y no sé si quiero que me toque ahora. En realidad siempre hubo algo en el sexo. Algo que no andaba, no sé, una cierta distancia. Teníamos que manejar la situación y eso jode, creo. Él dice que le faltó ternura. Ninguna ternura. Para mí, era coger. No sé, no estoy segura. Es lindo cuando un tipo te propone explorar alguna cosa nueva pero eso de la ternura no me parecía en el momento. O me da miedo, no vaya a ser que me enamore y después sufra. Aunque el médico dijo que tenía que estar un tiempo sin hacerlo lo hicimos igual. Yo estaba llena de vendas y lo hicimos igual. Hermoso. Son hermosos esos momentos en que no se puede parar; él diría: en que los amantes no pueden parar.

Yo ya estoy enamorada. Lo tengo ahí, como un juego peligroso, pero ya estoy enamorada. La puta madre. Todavía puedo controlarlo pero en algún momento me hizo sufrir mucho. En el verano se fue con Marisa y yo me quedé en mi casa. No le dije nada, no le pedí nada. Pero lo pasé mal. Después se lo dije.

Se lo dije y él me miró, de esa manera dura, esa manera que expresa poco pero que igual demuestra que le

están pasando cosas, porque vive reflexionando. Si alguien lo escucha puede pensar que está loco el tipo. En realidad le tienen miedo porque no se calla si le preguntan. Y la verdad es que no opina como opina la gente. Está en contra de lo que hace la gente y anda bastante solo. Tiene amigos. Pero anda solo.

¿En contra de qué? De muchas cosas. De la familia, sobre todo. No tiene un buen registro de sus viejos, creo. Dice que la familia es una metáfora del peristaltismo.

Sí, peristaltismo. Del camino de la digestión y de la producción de desechos, así más o menos lo dice. Dice que cuando imagina un domingo en familia lo que en realidad ve es un montón de aparatos digestivos. Eso dice. Imaginate que no lo puede andar soltando a los cuatro vientos. Dice que hay demasiada madre organizando fiestas. Que a las mujeres burguesas les encanta organizar fiestas para tener algo que hacer. Sabe que no tiene razón en todo, pero sí en parte. Yo me lo paso laburando. Dando clases, y de vez en cuando tengo alguna función. Pero ya no tantas. Él empezó a acompañarme. Hacíamos un dúo y yo cantaba. Él sostiene que no puede cantar, que no sabe. Es muy afinado pero canta muy bajo, como si estuviera nervioso, y cambia el timbre de voz, lo aflauta. Yo estoy segura de que con entrenamiento lo haría muy bien, tipo Salinas, pero no le gusta. A él le gusta que me luzca yo. Me hace de soporte, y a veces juega un poco a mostrarse, pero poco. A él le gusta que me vean. Yo creo que de alguna manera le gusta cuidarme. Porque su vida es un quilombo pero en el fondo tiene algo de tipo que cuida. ¿Sabés qué? Siempre anduvo a mi alrededor, medio..., vos sabés, eso: medio cuida, pero a mí no me molestó nunca. Siempre como un caballero. Es de locos, como diez años me esperó. Y le debe haber dolido algunas veces. Pero yo no le daba motivos. Siempre me comporté correctamente. Yo soy una Reyes Urquía.

Ya sé, no dije nada.

¿Qué cuida? No sé, a mí me cuida, no sé. No... creo que cuida algo. Algo muy profundo. No sé si él sabe lo que cuida. Y sí, al final es eso. Estamos, bah, estoy cansada de cuidar y sin embargo no me sale. No me sale dejar de hacerlo. En el fondo me gusta criar. Parecido, ¿no?

Me dijo que quería tener hijos conmigo. Le dije que estaba loco, yo ya tuve tres. Basta. Pero ¿sabés?, me encantó que me lo dijera. ¿No ves que es un tarado? Odia a la familia y, sin embargo, me dijo que pensaba en eso. Él mismo sostiene que a los niños habría que reproducirlos en líneas de montaje. Que a los padres deberían retirarlos enseguida. Que los chicos tendrían que ser de la sociedad y que ella debería educarlos. Dijo que no había inventado nada, que Platón ya lo decía y que muchos más. A mí me sonó como una perversión, primero. Ahora lo entiendo un poco pero no me gusta. Yo me imagino que él tiene algún dolor. Lo salva la guitarra. Compone y a mí me muestra lo que hace. Se lo muestra a muy pocos. Es una música elaborada, no está mal, tiene cosas hermosas pero para pocos. No se vende eso. O muy poco.

Y sí, me hizo varias canciones. Algunas son hermosas. Y algunas las he cantado. A mí me encantó cantarlas. Son muy personales, muy raras.

Sí, es raro, es raro. Naaa, no es raro.

Tercera

No sé si el tipo la va a dejar. No me importa. Le dije que no me importaba. Que yo seguía igual, que me gustaba estar con él. Nos encontramos frente al río. Después que hablé con vos salí eyectada y me fui a verlo. Se sorprendió. En realidad debe haber estado sufriendo bastante este tiempo. Porque me quiere. Yo le creo. Hay que ver cómo. Llegó a decirme que me quiere el boludo, que me adora. Y encima que quiere tener hijos conmigo. Sabe que eso me puede, aunque me salgan dos desastres.

¿Dije dos? Sí, dije, dos.

¿Por qué? Pensé en dos, en mellizos. Y los dos Down. Terrible. ¿Por qué pensé así? Es terrible. Es un hijo de puta. Me dice eso y que se quiere casar conmigo.

¿Que le diga que sí?

Sí, eso tengo que decirle, que nos casemos. Sí, se lo voy a decir a ver qué hace. Pero somos perras también las mujeres. Yo no soy perra. Yo soy Amanda. Pero somos zorras.

Bueno, y me fui para verlo. Me encantó encontrarme con él y poder decírselo. Le dije que yo seguía con él igual. Porque quiero que esté seguro. Ya antes le había dicho que yo era así, que lo quería, que quería estar con él. Pero no terminó de creermelo. Me puse a llorar y le dije que lo amaba. Yo quería que estuviese seguro de que yo jugaba con todo. Pero no. Yo no juego con todo. O sí, porque juego con todo ando con cuidado. Yo me cuido porque tengo que seguir siendo hermosa. Suena como el traste, pero vos me entendés. Yo quiero que él esté seguro, pero me mira de una manera especial, como si quisiera comprender bien, como si quisiera descubrir, descifrar lo que hay detrás de mis palabras. Siempre me dijo que no terminaba de entenderme, que me tenía miedo.

Yo le quise hacer ver que quería quedarme a su lado. Hasta le dije que vos no ibas a estar de acuerdo, que te ibas a enojar.

Sí, sí, ya sé que vos no te enojás. Pero yo digo que vos te enojás. Es lo que pienso. Tengo ganas de verlo. Bah, tenía ganas de verlo. Pero me trae ansiedad. Las últimas dos veces comimos en el Centro Asturiano. Pedimos una paella, estaba riquísima. Bueh, estaba buena, y nos fuimos a mi casa. Lo pasamos bien, pero siempre se percibe la ansiedad a pesar de los tragos que nos tomamos. A veces me pregunto si tomo así para imitarlo a mi viejo. Capaz que sí, ¿no? Y lo hicimos como siempre, como me gusta a mí, un poco como enojados. En realidad yo estoy enojada, o

me hago la enojada. Me gusta defenderme y ser vencida. Hay una foto de una función en la que me está mirando con la guitarra bien agarrada, y yo estoy echando la cabeza hacia atrás, como soltando la mía, y con los ojos cerrados. Es hermosa. Eso, tal vez, quiero que me pase, que me venza un hombre. Estábamos cantando *Zamba del carnaval*: “Me anda faltando plata,/ chicha, coraje/ y un empujón del diablo/ pa’ enamorarte”. Hermoso. Así me quiero, con los ojos cerrados y entregada. Y me lleva hasta ese lugar pero me resisto. “Quiero trampearle el alma/ con mi guallicho.” Qué hermoso. Eso quiero. Y en ese momento lo sentía. Cuando vi las fotos de la función me las llevé. Eso y las flores. Puse la foto al lado de las flores. No quería que se terminara. Me encanta que me acompañe en las funciones y que me mire como me mira. Me mira justo. Siento que me ama pero es contenido. Siempre esconde un poco, con esa discreción para mirar que tiene que tener un hombre. Mira bien pero sabe cómo no ser irrespetuoso. Ahora no podemos ni ensayar, no puedo yo. Es como si eso se hubiese perdido. En realidad no lo quiero perder, ni las comidas juntos, como dos gauchos viejos. Culpa de mi papá, ¿no? Mi pobre vieja también cayó en la trampa y no le fue bien. O quién sabe, le nacimos dos hijas. Yo estaba más cerca, mi hermana se llevaba mal con ella. Juliana la quería, estoy segura, pero se mantenía lejos.

Dice que si él fuera presidente lo primero que propondría es la abolición del Día de la Madre, del Niño y del Padre, en ese orden. Dice que la familia es funcional a la bestialidad. Así dice: “bestialidad”. Yo no lo dejo hablar, no se lo permito, pero cuando puede me lo desliza. Una vez, conversando en un café, cuando no pasaba nada, yo le dije que tener hijos no es ningún acto de grandeza ni de generosidad, le dije que es un acto de egoísmo. Porque en el fondo hay algo de lo que él piensa que me parece bien. Muchas mujeres, cuando se les acerca el momento de no poder tener más hijos, son capaces

de buscar cualquier padre para eso. Y como diría él: ¿qué hay de entrega, de grandeza en eso? Sí, quizá después, cuando les toca ejercer la maternidad, se muestran abnegadas. Pero cuánto de culpa habrá en esa abnegación. Lo peor es que lo andan vendiendo a los cuatro vientos y las más madrazas son las peores.

Él dice que la familia es para tener a todos ocupados y para evitar que el hombre y la mujer piensen libremente y no anden con ideas raras que no les convienen a los que hacen el negocio, como la Iglesia y los gobiernos fachos. “Facho”, una palabra de él. No me gusta.

Sí, sí, son palabras de él. Yo no lo veo así. El tipito piensa demasiado. Me da lástima a veces. A veces me gusta demonizarlo. Así estoy convencida de que no tengo que verlo más. Pero en el fondo lo quiero mucho, no sé si como amigo o como hombre. No lo sé. A veces lo extraño. Una vez le regalé flores.

Sí, sí, flores. ¿Qué tiene?

Yo tampoco sé, qué sé yo. Es lindo regalarle flores a alguien. Soy de antes.

No sé si me gusta que me regalen flores.

Sí, me gusta. Cómo no me va a gustar. Pero también soy rockerita todavía. Me salió del alma, narcisos. Me encantan. Fuimos a tomar un café y se los di. No sé qué quise expresar con eso. En realidad sí, se los regalé porque estábamos ensayando para un recital y me tenía una paciencia tremenda, se portó como un caballero.

Y sí, ¿qué quieres que te diga?, un caballero. Me tuvo mucha paciencia porque yo estaba insoportable. No sé cómo los recibió, qué le sugirió mi regalo: hizo lo de siempre, se quedó expectante, serio. ¿Sabés qué creo? Creo que nunca quiere equivocarse conmigo. Y me encanta, eso. Ahí está... caballero... flores. Ahí está.

No sé si pueda separarme de él. No quiero, me parece. Pero no me banco que esté con Marisa. No me gusta ese jueguito de andar con las dos. Y no sé si con

alguna otra. Pero eso no me importa en todo caso. Es como si lo entendiera. Además, tengo que reconocerle que me gusta el juego.

¿Que si me gusta o no me gusta? Sí, me gusta jugar. Ahí creo que gano y ¿sabés por qué? Porque no me importa. Mentira, a veces sufro, pero estoy segura. Yo llego despacito a estar segura. Yo estoy segura con él. Yo, en general, estoy segura porque siempre hago lo que puedo. Ahora el que sufre es él y cada tantos días le mando un mensaje para saber cómo está. Porque me preocupa. ¿Ves que en el fondo lo quiero? Por eso le digo “Te odio” a veces. Bah, le decía. Ahora ya no se lo digo. Porque decirle eso implica mucho amor. Prefiero decírselo a mi perro. Cuando Amanda dice “Te odio” está diciendo que te quiere y que lo que odia es empezar a depender del amor y de vos. A mí me tendría que alcanzar con la guitarra. Y muchas veces me alcanza, pero me gustan los hombres. En realidad son todos unos pelotudos. Unos pelotuditos. No saben lo que importa.

¿Que si yo sé lo que importa? Por supuesto que lo sé. Naaa, no tengo la menor idea. Pero igual son unos pelotuditos, ¿no es cierto? Soy demasiada mujer, aunque él me dijo un par de veces que yo era un machito. Un poco me gustó. Nos fuimos de viaje a Catamarca y porque yo no le pedía ir al baño hasta que paró a cargar nafta me dijo que yo era un gran compañerito de viaje, “compañero”, me dijo, y se rio.

Cuando me escucho hablar me doy cuenta de que es una historia tonta. Una pelotudez. Es una historia repetida. El asunto es que él tiene que elegir. Y la otra es muy zorra. Seguro que sabe y se hizo la boluda. Pero yo no la voy de amante. No me gusta más ese lugar. Aguanté bastante sin decir ni mu a ver qué hacía el pibe. Y no hace nada. Es como si no pudiera hablar del tema. Está prohibido. Una vez intentó decirme que estaba en pareja y no le permití seguir hablando. No lo pude soportar.

Casi lo eché del auto. Me hizo mierda. Intentó decirme algo pero no pudo o no lo dejó.

Le voy a decir que venga a hablar con vos. Creo que le va a hacer bien. No entiendo por qué no puede hablar y no puede hacer algo. Se lo pasa diciendo que me adora. Y me parece que es verdad. En realidad quizás se pueda querer a más de una persona. Me refiero a querer con el amor de pareja. Bueno, no sería de pareja porque en una pareja son dos, pero de un amor así. Y a más de una mujer. ¿Por qué digo “mujer”? ¿Acaso será que las mujeres podemos querer de a uno, solamente? Sí, las mujeres queremos de a uno solo. O es algo que nos creemos y terminamos pensando y sintiendo que nos pasa eso. A mí me sobra con estar con él. Mentira. No sé. Cuando me dijo que había que abolir el Día de la Madre, del Niño y del Padre yo le pregunté por qué. Me dijo que las madres son perversas, manipuladoras y terriblemente egoístas, que son unas bestias, que los pibes no tienen nada de angelical, y que pueden ser unas buenas muestras gratis de hijo de puta, así me dijo. Y que los padres del Día del Padre son unos bobos pollerudos. Me dijo que se imagina una historieta.

Sí, sí, una historieta, sí, un comic, en donde en el primer cuadro sobre un prado verde camina una pareja, él alto, ella delgada, acompañados de sus dos hijos que corretean en compañía de un perro labrador. Son todos lindos, eso sí, y blancos, fundamental. Sí, “tiene que ser labrador”, me dijo. En el segundo cuadro un adolescente joven, vestido de fajina, tipo combatiente afgano, con un lanzamisiles apuntando. En el tercer cuadro el adolescente lanza el misil. En el cuarto está la escena del prado y los pedazos del padre, del perro, la cabecita de la nena, la mano de la madre, qué sé yo. Yo creo que está loco, porque lo piensa en serio. ¿Sabés lo que creo? Que se puede llegar a suicidar. Me da miedo, me da impresión. No quiero que le pase nada. Sí, pero a lo mejor lo hace. Pero no como un

suicida sacado, sino como un tipo que tiene que hacerlo por cuestiones de buen gusto. Pero me hace mal. No puede ser tan hijo de puta. Es lo que me dijo y, a veces, le creo. Me encanta. A ver, sí, me encanta, ¿qué es lo que tengo que hacer con alguien que se va a dormir con otra? ¿Irme yo a dormir con otro? ¿Por qué no? Seguramente lo he hecho, pero ahora me parece que sería como sacarme el dolor de cabeza con dolor de panza.

Sí, sí, tenés razón, depende de las ganas que una tenga. ¿Pero si se me ocurre salir un sábado y él no puede porque tiene que ver a Marisa? Y si me quiero ir de viaje voy a tener que hacerlo de trampa. Me hincha las pelotas. Y a mis hijos, ¿qué les digo?

No quiero que nos hagamos daño, eso no quiero. Porque, ¿sabés?, yo puedo hacerle daño, más que él a mí. Bah, no sé. Supongo que tendrá que elegir. Al final hay que elegir. No le queda otra. Elegir, va a tener que elegir. Siempre.

Y eso va a tener que ser pronto, porque así no va más. La relación tiene que cambiar. Yo ya no quiero estar en ese lugar en el que estaba. No quiero más. Creo que lo entendió. Ya sabe que no le queda otra. Para mí esta historia o se termina o sigue de otra manera. Así no va más. Sé que algo va a cambiar.

Bueno, supongo que si viene a hablar con vos se tendrá que dar cuenta. Qué loco que el tipito venga a hablar con vos. Me da ternura. Yo lo quiero mucho. Le voy a decir que venga. Si lo veo dentro de un rato se lo digo. Va a venir. Bueno, ya me contarás. Me vas a tener que contar. Algo va a cambiar. Todo cambia.

Y media

Y, ¿vino al final?

¿Dijo que yo era una manifestación de su superyó? No te puedo creer. Que no podía hablar frente a mí. Frente a mí. ¿Así dijo? Y por eso tiene miedo, por eso no

puede decirme nada, porque yo soy la voz de su consciencia. ¿Eso dijo?

Pero vino nomás, qué tipo, ¿no? No sé si lo hace de bueno o de tarado. Tal vez es medio perverso. Sí, a veces me parece medio perverso. ¿Te acordás de la escena de la familia? Y manipulador. Quizás vino por eso, pero no creo. Yo creo que hizo lo que pudo. ¿Y se animó a hablar?

No mucho, claro. Bueno, pero vino, ¿no? ¿Qué te pareció?

Así que te pareció un tipo caprichoso pero correcto. Bastante angustiado, ¿eh? Hablaron de elegir.

¿Muy serio te pareció?

Demasiado serio, ¿eh? Eso, demasiado.

Así que hablaron. ¿Y? ¿Qué más te dijo?

¿Te dijo que si tuviera que elegir elegiría no elegir?

Así que aunque yo no lo acepte y que no le quede otra que decidirse, te dijo eso. Bueno, que se joda. A mí no me toca más. Si ni siquiera me abraza. No me abraza.

¿Te dijo eso?

Mirá vos, mirá vos el tipito, qué hijo de puta.

Mirá vos, elige no elegir.

Granada

Voy con la granada en la mano. Ya retiré la espoleta. Hace un segundo. Camino despacio, paso a paso. Cada paso se enlentece, como si algo quisiera retenerme. Como si algo leve y difuso, apenas presente, me forzara desde atrás. Y mis pasos son, también, capaces de retener el tiempo que, creo saber, es de diez segundos. Voy hacia adelante pero lo que allí pudiese haber, adelante, digo, no me importa.

No me importa nada.

La tengo en la mano izquierda. Yo soy derecho. La llevo con el brazo hacia atrás y abajo, casi extendido del todo, casi como olvidada. Eso: tampoco quiero darle mayor importancia. Los pasos retrasan el tiempo, calculo que ya pasaron unos tres segundos. Resta bastante antes de que explote.

Ahora faltan cinco segundos. Dejé pasar cinco segundos. Todavía tengo suficiente tiempo para tirarla.

No.

Dejo las cosas como están. Yo sigo caminando igual y la llevo igual.

La llevo igual.

La granada no explotó.

O sí explotó. Yo no sentí nada. Pero sí explotó. Porque mi cuerpo tiene que estar destrozado.

No lo veo.

Ahora sí lo veo, tirado sobre el suelo, desmembrado, seguramente lleno de fierro. Hay sangre, pero no tanta. No estoy de una sola pieza. Me parece que falta un pie y buena parte de la cara. La granada ha tenido que explotar, ha tenido que enterrar pedazos en mi carne y ha tenido que destrozarme.

No sentí dolor. No sentí nada. Yo estoy aquí. No sé, parece que la explosión hubiera parado el tiempo.

Ahora el tiempo empieza a correr de nuevo.

Es igual a antes.

Camino. Trato de entender qué pasó. Quiero saber cómo estoy. Le pregunto la hora a un tipo que pasa. Voy por Córdoba entre Sarmiento y Mitre, hacia Mitre. No me responde. No me oye. Le grito como un animal y reacciona. Abre mucho los ojos y acecha. Seguro que sintió algo. Pero no alcanza a comprender. Ha sido como un soplo fuerte, una ráfaga en su oreja. No tiene ni idea de que detrás de ese soplo hubo un grito. Un grito fortísimo que se quedó encerrado, obturado.

Me va a ser casi imposible comunicarme con la gente. Debería ser terrible. Pero la verdad es que no me preocupa tanto. Estoy tranquilo. No me desespera. Para nada.

Lo que siento es una tristeza. Una tristeza contenida. No sé, una melancolía de mí mismo, de mi condición de destrozado. ¿Qué van a sentir los demás? No está bueno que se hagan mala sangre. Mejor dejo de querer comunicarme con los que pasan.

Me vine a una reunión de amigos. Estamos en un cuarto chico. Las paredes están pintadas de un gris azulado. En medio hay una mesita baja y algunos de los

muchachos y las chicas están sentados alrededor. Otros están parados y apoyados sobre las paredes. A la cabecera de la mesa pequeña y alargada está Astroboy. Quiere conducir la charla.

Se ponen a hablar de lo que pasó. Es una conversación seria, pero no tanto. Es verdad: están serios. No, ¿cómo diría?, consternados. Eso: consternados.

“Viste cómo era el Bebe, todos sabíamos cómo era el Bebe”, dice Nacho. Y hablan en pasado.

No me registran. La verdad es que no me gusta. No me gusta que hablen así. No me gusta cómo hablan de mí. Hay una suerte de indulgencia en las palabras de mis amigos. En realidad no todos son mis amigos. Al final a los amigos uno puede contarlos con los dedos de una mano. Son pocos los realmente amigos. Ni siquiera Isidorito.

“Viste cómo era el Bebe”, repite Isidorito. Lo dice como si hubiera sido previsible lo que pasó. No tiene la menor idea.

“Era medio loco el Bebe”, dice Lara. Sigue estando buena pero no termina de gustarme. Me la cogería, pero le desconfío. Igual me la cogería. Además se juntó con el boludo de Cachorro. Pero bueno, está aquí. Por algo será.

Me dan ganas de fumar un pucho. En la mesa está el paquete de Isidorito. Voy a ver si le saco uno. El problema es que, si lo agarro, ellos lo van a ver como si estuviera en el aire y no van a entender nada. Pero yo me lo voy a fumar igual, tiene el encendedor al lado. Tengo que aprovechar.

Agarro el paquete. Por ahora nadie se da cuenta. Me voy a un costado. Supongo que es como si el paquete volara a media altura. Lo enciendo. Ahora sí se dan vuelta. Se nota que no entienden nada. Le doy una pitada y echo el humo, sí. Me da un poco de gracia imaginar que ven el pucho a un metro setenta del suelo y fumándose solo.

Lo raro, me parece, es que no se ve cuando me entra el humo. Se ve cuando sale nomás.

“Ahí está, ahí está”, dice Isidorito. “Ahí está.”

“¿Viste?, siempre va a estar con nosotros el muy guacho”, dice Damián.

Damián es buen tipo, un poco tristón pero buen tipo. Viajamos mucho cuando éramos pendejos.

“Sí, siempre va a estar entre nosotros el tarado”, agrega el Zorro. Le va bien el apodo, mejor no creerle mucho.

“Hola, Bebe”, empiezan a decir algunos. Al final terminan diciéndolo casi todos.

Y Agostina —nunca la entendí a Agostina— dice que sí, que soy yo y que siempre voy a seguir compartiendo la amistad que tenemos. “Te quiero, Bebe”, me dice.

“Era un problema con el cuerpo. Por eso lo hizo”, dijo la psicóloga. “No soportaba su cuerpo y lo destrozó, así, de ese modo tan brutal, tan simbólico. Pero vivir sí le gustaba y por eso sigue presentándose donde está su gente. Gozar sí le gustaba.” La psicóloga les hablaba en pasado. Me preocupa.

Yo la escuché. Ellos, los psicólogos, lo explican así. Con esa distancia, con esa ecuanimidad. Pero es una postura. Hacen lo que pueden, se tienen que ganar unos mangos. De cualquier manera, su explicación me satisface. Es una buena profesional. Y el dogma y el rito que inventó el judío están bien. Les sirve y sirve.

Ella no tiene la menor idea, pero la explicación que ha dado me satisface. No tiene la menor idea, ¿cómo podría saberlo si apenas le puedo hacer sentir un soplo?

Con la única que puedo hablar es con mi hermana. Con ella la comunicación es como siempre. Nos vemos en el consultorio y nos sentamos en la sala de espera. Allí hablamos cuando se van todos. Nos gusta. Alargamos los temas, buscamos otros. Estamos de acuerdo en política. Ella es más pesimista, pero también menos exaltada, menos radical.

Yo le dije que no fuera. Que se quedara porque lo que iba a ver era terrible. ¿Para qué?

“Dejá que se ocupen los bomberos, la ambulancia”, le dije. Si me veía así, destrozado, en el piso, la iba a matar. Y se quedó, me hizo caso.

No la puedo cargar con todo el peso de la comunicación conmigo. Por lo menos sabe que no pasó nada, que apenas sentí un desasosiego, una melancolía. Apenas me dio un poco de lástima lo que hice con la granada. Pero fue necesario. Van a decir que fui un desagradecido, que me destrocé sin reconocer todo lo que mi cuerpo había hecho por mí, sin valorar su fidelidad, sus pocas quejas. Se deben creer que es un perro. No es un perro, soy yo. Son unos pelotudos todos.

Mi hermana hizo silencio cuando se lo expliqué. No sé si está de acuerdo pero me entendió. A veces la hago cambiar de opinión. Ella suele comprenderme.

Y así como estoy, como veo las cosas ahora, ¿cuál es el problema?

El problema es que puedo pensar pero no puedo comunicarme.

Ayer fui al asado de los primeros viernes de mes. Sabían que estaba allí pero no me dieron mucha bola. Apenas Lara me dijo algo. Que cómo estaba, me preguntó. Cómo voy a estar.

Se me había ocurrido agarrar un lápiz y escribirles. Pero el lápiz no marca la hoja. Ni siquiera la presiona. Es como si se transformara en algo etéreo, sin cuerpo, como yo, la puta madre. Empiezo a tener ganas de insultar. Es raro en mí.

Alguno lo vio, al lápiz, digo. Pero no le dio —no quiso darle— mayor entidad. Se cansan. No soy tan importante. Ellos para mí tampoco, pero es claro que necesito hablar. No puedo estar pensando siempre. Hablar con mi hermana no me alcanza. *Cogito, ergo sum*. Andá a la concha de tu madre.

Lo peor es que ahora me agarró ganas de coger. Tengo ganas de decirlo así. Bah, si yo no puedo decir nada. Por Dios.

Pero se la quiero dar a Lara, me calienta. También me calienta Justina, además me encanta el nombre. Me parece que soñé con ella, que la besaba así como se besa previamente a coger. Me muero de ganas de coger. Y no sé si pueda. Si me meto en la cama de Lara quizá sí, y quizá no se dé ni cuenta. Porque no me sienten: apenas un soplo. ¿Le gustará sentir un soplo en la concha? Seguro que sí. Estaría bueno. A lo mejor se ríe y lo disfruta. Las minas tienen muchas fantasías. Si le doy con todo tendrá que sentir algo. Yo voy y le digo que no se preocupe, que no le hace nada, que no le hace nada, como le decía a mi secretaria para joderla mientras la apretaba contra la pared. Eso estaría bueno. Seguro que le gusta.

Mañana voy a la casa y espero a ver si entro. ¿Pero cómo le hablo, cómo me comunico? No puedo creer que a mi hermana hasta puedo llamarla por teléfono. El único número que se marca cuando tecleo es el de ella. Los demás, cero. Como en la ruleta, cuando me cantaban el cero. Pedazo de hijos de puta. ¿Por qué tengo tantas ganas de putear?

Cuando me cantaban el cero yo le pegaba un trago bestial al potro de whisky y me hacía el indiferente pero, en realidad, me quería suprimir. Esa es la palabra, suprimir. Me gusta.

Y al final me terminé detonando. También me gusta la palabra detonando. Pero no te mata. No sé. En realidad no pasa nada doloroso. Tendría que demostrárselo a todos.

Quiero pensar en cogérmela a Larita. Larita, linda perrita. Si me escuchara, seguro que le encantaría.

Pero no creo que pueda. Si no tengo con qué.

No, la puta madre, no voy a poder. No puede saber que soy yo. ¿O sí? No, se va a asustar. Tal vez podría demostrarle que soy yo.

¿Y si me odia? No estaría nada mal. Cogérmela mientras me odia. Me encanta. A quién no le encanta odiar mientras coge. Yo la reodio y por eso estoy así de caliente. Pero no se lo puedo decir. No se lo puedo decir.

No tengo ganas de verla a mi hermana. En realidad no quiero aburrirla más. Nos lo pasamos hablando de mí. Y se parece al hastío. Yo nunca supe lo que era el hastío. Me lo había imaginado pero nunca lo había sentido. Ahora sí, lo que sucede ahora es eso. Es el apogeo del hastío. Si, de veras, lo que quería era liberarme del cuerpo, seguro que esa decisión no consideró la dosis de hastío que tengo que pasar. Digo dosis porque a veces el mismo pensamiento me hace olvidar. Es una paradoja. El pensamiento me hace olvidar. Pero me termino acordando de lo que es pensar. Pensar no es actuar. No puedo actuar. No me dejan. ¿Quién mierda no me deja? ¿Yo mismo?

Sí, yo mismo. Yo hice reventar la granada. Quizás para eso tenía tantas armas.

¿Por qué hablo en pasado? ¿Es que ya no tengo las armas?

Siempre me gustaron y hasta darme un tiro en una pierna sin querer no me jodió para nada aunque me tuve que comer cinco meses de recuperación. El tiro me destrozó la rodilla y siguió la línea del fémur. Pero me produjo lo mismo que ahora, al principio. No sé cómo decir, estupor. Eso, estupor, un estupor tranquilo.

Así andaba al principio. Hasta me parecía simpático, pero ya no. Necesito a los demás. Eso es dejar de ser, que no haya demás. Y yo estoy dejando de ser. Con mi hermana, apenas me alcanza. Necesito *demás*, aquí, conmigo. ¿Cómo hago para cogérmela a Lara?

Se me ocurrió una idea. Parece una bestialidad. Pero, ¿lo es?

La pregunta es si yo soy responsable. No lo sé. Diría que no. Ya no soy responsable de nada, prácticamente. Digo prácticamente porque con mi hermana me comunico. Con ella sí tengo alguna responsabilidad. De alguna manera no la necesito aquí porque ella está. Es claro que, con el resto, no tengo ninguna responsabilidad. Para mí no rige la ley. No creo que me puedan meter en cana. Me gustaría que me condenen a muerte. A la silla eléctrica. Seguro que hace masa, se produce un chisporroteo de órdago y vuela todo a la mierda. Si pudiera escribir.

No hay ley que me alcance. Increíble. Salvo la mía, si es que eso existe. Y sí, existe, si no, no estaría pensando, digo. Lo peor es que me lo paso diciendo y nadie escucha un carajo. Lo que diferencia hablar de pensar es que alguien escucha. Aquí —aquí... me da risa—, sin embargo, hay una ley. Porque hay algunas cosas que puedo hacer y otras que no. Por ejemplo prender un pucho. Y discar el número de mi hermana y hablarle por teléfono. Se ve que me sale la voz cuando estoy con ella.

Si puedo prender un pucho, quizás pueda hacer otras cositas. Desde lo de la granada me lo paso pensando en lo mismo. Interesante. Al final para eso sirvió mi afán de coleccionar armas. Lo que me preguntaba mucho antes de usarla era si funcionaría. La miraba y era difícil saber si, de verdad, tenía la capacidad de explotar. Y explotó nomás. Para mí sin ruido. Voy a hacer una prueba.

Ya sé que puedo. Me gustó. Me gustó mucho. Y pude. Escuché el sonido de los vidrios rotos. Ahora es cuestión de elegir. Está bueno. Puedo formar una comunidad a

mi antojo. Con los que yo quiera. Con los amigos. Hay que ver si a ellos les gusta. Capaz que no. Además, ahora, ¿quiénes son mis amigos? ¿Qué es tener un amigo? Lo que yo necesito es que me escuchen. Eso es lo primero, no me tengo que olvidar.

Y formar una comunidad a mi antojo puede ser una caída. No sé por qué no dejo de putear. No me gusta. Decía. Decía... qué ridiculez. Decía cómo distinguir los que más quiero de los que menos. Cómo distinguiría lo bueno de lo malo. Lo antipático de lo simpático. A mí me hubiera gustado ser simpático. Pero terminé siendo un amargado al que nada le venía bien. Creo que no tengo que pensar tanto. Tengo que actuar de una vez. Con los escasos medios de los que dispongo. Me gusta la frase. Parece solemne. Señores, infelizmente, no dispongo de abundantes y variados medios como la mayoría de ustedes. Sabrán, entonces, excusarme de tener que echar mano a lo que mis exiguas posibilidades me ofrecen. Aquí estoy yo. Esto es lo que hay. Después hagan de mí lo que quieran.

Sí, me estudio una frase así, de memoria, y la digo. Se la redigo. Aunque no creo que escuchen un carajo. No sé por qué, pero se me ocurre que en esa oportunidad me van a escuchar, quién sabe. Y mejor que lo haga con los que conozco. No quiero sorpresas. O mejor dicho, no quiero empezar así nomás. Tengo que tener un poco de método. Tengo que ser juicioso como Dadi. Él también, casi seguro, va a estar allí.

Todo bien programado y ordenado. Me voy a dar cuenta enseguida de si funciona. De eso no hay duda.

No falta mucho para el primer viernes del mes que viene. No falta casi nada. No voy a hacer ninguna prueba más. Ya vi que funciona.

Es viernes.

Lo raro es que no tengo sueño. En realidad no es raro. El sueño le pertenece al cuerpo más que a otra cosa. Y lo que se dice cuerpo mucho no tengo. Aunque creo que he dormido un poco después de la detonación. A eso se referirán los pibes cuando usan la palabra. Tal vez.

Anoche a la madrugada la llevé y la dejé en el container, con la basura. No se hubiera visto bien flotando en el aire, volando a media altura.

Voy por San Martín hacia Urquiza, seguro que están en el quincho. Ya doblo por Urquiza. Estoy a media cuadra. Me hace acordar a cuando llevaba la granada en la mano izquierda. Era como si yo mismo me fuera contando todo.

Cómo debe haber quedado la mano izquierda. En realidad no debe haber quedado. A lo mejor el muñón sanguinolento del brazo. Me gusta pensar que me gusta pensar en esas cosas. Lo que quiero es escandalizar. Tengo un oscuro gusto por provocar, por hostigar. Estoy resentido. Eso dirían. Pero es mucho más. En el fondo quisiera que se dieran cuenta y que alguno hiciera o dijera algo que me permitiera ver las cosas de otro modo. Radicalmente de otro modo. Porque es imposible ser feliz. Y, sin embargo, peor es estar solo. Sin demás. Calculo que hoy le doy una solución al problema. Así decía Titi Rincón, el plomero. Con ese nombre, era muy capaz de darle una solución al problema. Espero que mi solución no produzca los disímiles resultados que producían las suyas. A él la ciencia le iba revelando su multitud de leyes de a una. Pero se ve que tendía a olvidarse.

Nunca me pasó a mí. O casi nunca.

¿Qué tendrá que ver? Habría que preguntarle a la psicóloga que les dijo que me importaba más la imagen que el cuerpo. Si lo único que somos es nuestra imagen. ¿Qué otra cosa puede ser algo sino su imagen?

Sus imágenes, mejor. Tantas como tantos otros haya, más una: la que se tiene de sí mismo.

Llegué. La saco del container. Funciona otra vez y voy a la escalera. Empiezo a subir los siete pisos. Nadie va a usar la escalera.

Ya los siento gritar. Se han tomado unos buenos vinos. Ojalá Lara no esté en la terraza fumando. Tengo que tener la suerte de que estén todos sentados. Y no tengo que parar hasta estar completamente seguro. No creo que haya salido a fumar, por la hora.

La puerta está entornada.

Me detengo como para concentrarme.

Listo, allá voy.

Empiezo.

Tengo para rato.

No escucho nada pero veo los gestos, sus muecas.

Veo las botellas romperse.

Luis se agarra del mantel y tira los platos al suelo.

Despacio. Con cuidado.

Voy a seguir hasta estar seguro. Tengo suficiente.

Lara alcanza a pararse. Le veo la espalda, el suéter con el lamparón rojo en su espalda y, enseguida, el efecto. El lamparón. Cómo se sacude. Se desbarata. Eso, se desbarata.

Lo veo a Guillermo arrastrándose. La dirijo hacia él.

Me detengo. Voy a repasar minuciosamente a todos. Quiero estar seguro.

Ya habrán escuchado lo que yo no escucho y estarán por venir. No, todavía, no. Son cagones.

Termino. Ya termino.

Me la llevo. No la voy a dejar aquí. A lo mejor tengo que usarla de nuevo. A lo mejor.

Bajé las escaleras. Había dos o tres viejas como locas. No vi ningún hombre. Al final no pasó nada. Una boludez. No. Casi una boludez. Siento una sirena. ¿Será?

No pasó nada, eso es lo que me preocupa. Ya estoy llegando de nuevo a calle Córdoba y nada. Pienso en la comunidad y me angustio. Ninguno apareció todavía. ¿Y si no me puedo juntar más con ellos? Estoy empezando a asustarme. ¿Y si no los veo?

Cómo será ser sin demás.

No, por favor.

Solange

Para S. D.

Mis hermanas son lindas. Son lindas mis hermanas. Yo también, yo también... soy linda. Bernadette y Florence me lo dicen cuando vienen, pero me lo dice más Florence. Ahora Florence se encontró con Claudio, con Claudio de Calamuchita y con Bernadette. Pero a él le gusta Florence. A él le gustaba Florence. Nosotras tres lo sabíamos, las tres. Hacía muchos años que no se veían. Muchos años. Yo tengo cincuenta y dos. Tenía pocos años porque era chica. A lo mejor ocho, sí, ocho, como una nena. Pasaron muchos años, muchos, me sale treinta. Ay, me duele un poco, me duele siempre un poquito. Me dijo Florence que ya estoy mejorando, pero la herida no se me cierra. La herida no se me cierra. Y eso que me pusieron un músculo de otro lado. "Hay que tener paciencia", me dijo la hermana Manuelle. Y también me lo dijo Claudio, que hay que tener paciencia. Me lo dijo Claudio pero no lo vi todavía. Pasaron muchos años. Yo le dije que le diera muchos saludos a sus padres. Yo me acuerdo de los padres de Claudio, en la casa de Calamuchita, yo me acuerdo. Bernadette dijo que ella se acordaba también pero Florence dijo que se acordaba de la mamá de Claudio pero

no del papá, qué risa. Yo sí me acuerdo y Florence no, qué risa. Claudio tiene dos hermanos, Juan y Franco. Yo me acuerdo de Juan y Franco. Franco era alto, aaalto y flaco y Juan era flaco pero el más chiquito. Yo era la más grande de las tres pero es como si fuera la más chiquita, como Juan. Juan era el más bueno, pero Claudio también es bueno. Jugábamos en Calamuchita. Fuimos a la casa de Carranza, que estaba abandonada. Estaba abandonada y entramos por la ventana, como en las casas abandonadas. Era una aventura, dijo Florence. Una aventura. Éramos diecisiete, diecisiete. Y nos metimos por la ventana rota, entramos todos. Florence estaba con Claudio y tenían la linterna. Yo no tuve tanto miedo. Éramos diecisiete y nos metimos todos en la casa de Carranza. Pero nos descubrió el hijo del cuidador. El hijo de Hernández. Y se puso en la pieza delante de Claudio y de Florence. Y les preguntó qué estaban haciendo allí. Y Florence le dijo que estaban investigando. Florence le contestó bien, que estaban investigando. Es importante estar investigando. Y el hijo de Hernández le preguntó si le parecía bien y Claudio dijo que le parecía muy mal lo que estábamos haciendo. Claudio le dijo que le parecía muy mal. Y nos fuimos, éramos diecisiete y nos fuimos de la casa de Carranza. Salimos todos corriendo a toda velocidad por la bajada. Estaba el sauce en la bajada y pasamos a toda velocidad. Todos íbamos como solos y uuyy... a toda velocidad. Éramos diecisiete y entramos a casa las tres. Entramos por el bulevar largo a nuestra casa. Todavía será largo el bulevar, me gustaría verlo de nuevo, había muchos pinos, de color verde claro y con olor. Me gustaría verlo de nuevo y el olor. Me dijo Florence que a lo mejor volvemos a Argentina este verano, si yo me repongo. Florence me dijo que quiere ir para ver cómo está la casita. Dijo que Claudio se va a hacer un tiempo, se va a hacer un tiempo, si volvemos, para que todos comamos un asado. Yo tengo ganas de ir pero hay que ver si se me

cierra la herida. Eran un montón, como granos en la espalda, adentro, pero Florence y Bernadette me dijeron que ya me los sacaron y que hay que esperar un poco. A mí me va a gustar entrar por el bulevar de pinos de nuevo. El pasto debe haber crecido un montón, debe haber un yuyal. Pero Hernández cuida la casa pero no corta el pasto. En el camino que iba al río mi papá y mi mamá charlaban con los padres de Claudio y a veces con Melo y Cuca. Yo me acuerdo de los padres de Claudio y Florence no se acuerda del papá, qué risa. Pichón le decían y a ella la Nena. Pero no era una nena. Ya era grande, le habían puesto ese nombre cuando era una nena y le quedó para siempre. Yo le mandé muchos saludos a los papás de Claudio, le dije a Claudio cuando hablamos por teléfono el otro día. Fueron como treinta años, me dijo Florence. Y todavía no lo vi a Claudio. Viven los padres de Claudio, yo les mandé saludos. Él me dijo que tengo que tener paciencia, que ya se me va a cerrar la herida. Mi papá y mi mamá conversaban en el camino que iba al río frente a la casa de ellos. Mamá usaba la capelina blanca y parecía joven como papá pero era más grande, bastante más grande, diez me parece. Había sol. Siempre había sol, pero a veces llovía, pero en el camino, cuando charlaban, había sol. Yo recé cuando se murió mamá, y leí el responso fuerte y tranquila como me dijo la hermana Manuelle. Yo también soy monja aunque no oficial pero es igual. Para Dios es igual. Yo me puedo vestir de monja como las hermanas y para que me dejen vestirme así me llevaron al Vaticano. En el Vaticano me bendijeron los hermanos y las hermanas y soy como uno de ellos, no oficial, pero para Dios es igual. Me gustó el olor del Vaticano y los libros grandes, son grandísimos los libros y hay algunos que no se pueden levantar y se leen de parado, son libros gigantes. Debe ser más fácil leer de esos libros, pero también más difícil porque no hay que equivocarse, porque es el Vaticano. Y yo aprendía a leer aunque siempre era

como chiquita y mamá se preocupó para que yo aprendiera a leer y papá también, pero más mamá. Y la maestra Clarita que venía a casa y tenía mucha paciencia. Al final aprendí muy bien aunque a veces me equivoco, pero es normal. Y ahora sé leer para siempre. Yo leí con firmeza como me dijo la hermana Manuelle, para que mamá se vaya seguro al cielo. Ella estaba linda, como sonriente, dijo Florence. Florence se dio cuenta que había hecho una última travesura, por eso se reía, me dijo Florence. La llevábamos en el auto para enterrarla en Maintenon cerca de los familiares y el señor tuvo que parar a cargar combustible y después la furgoneta no arrancaba. El señor se puso nervioso porque la camioneta no arrancaba y yo me quedé quieta, yo me quedé quieta esperando a Florence y a Bernadette para ver que hacían. Y vinieron los *boy scouts*. Vinieron los *boy scouts*, qué risa, vinieron los *boy scouts*, un montóoon, justo pasaban los *boy scouts*, qué risa, eran un montón y justo pasaban por ahí. Empujamos la furgoneta entre todos y arrancó. Todos los *boy scouts* empujaban la camioneta y yo también, que tengo mucha fuerza. Yo tengo muchísima fuerza, soy como más chiquita que mis hermanas pero en cambio tengo mucha más fuerza. Mamá me decía que tuviera cuidado con la fuerza que tenía. Yo trataba pero a veces me salía toda la fuerza y me portaba mal. Pero esa vez hice toda la fuerza porque era para que la camioneta arrancara y no pasó nada. Y arrancó y después los *boy scouts* nos saludaban y yo los saludaba por la ventanilla. Eso fue cosa de mamá, dijo Florence. Florence se dio cuenta que fue una última broma de mamá. Dijo un guiño. Yo pensé que era guiñar un ojo, pero Florence me dijo que era una broma y que después mamá era como que nos guiñaba el ojo. Yo ya estaba con las hermanas y por eso pude leer el responso, con firmeza. Lo leí bien, no me equivoqué casi nada y Florence y Bernadette me felicitaron por cómo leí. A papá le hubiera gustado escuchar

cómo leí, él lo debe haber escuchado desde el cielo también. Cuando vino el accidente de papá fue distinto, porque papá tenía debilidad por mí, eso: debilidad. Y se me cayó todo el pelo, cuando se murió papá en el accidente cuando volvía a Francia. Pero me creció de nuevo, pero más blanco, Florence me dijo que me quedaba mejor, pero Bernadette quería que yo me lo tiñera y me lo teñí, total es igual porque lo tengo siempre debajo de la cofia y se me ve apenas en la frente. Así las dos están contentas. Ellas dicen que me creció blanco de la tristeza que me dio lo de papá y toda esa gente del accidente cuando se cayó el avión. Yo pensé en papá y se me cayó el pelo. Y al final nos tuvimos que volver todos a la Argentina porque el departamento que nos dio la empresa era mucho más chico que el que nos iban a dar antes del accidente y a mamá no le gustó el trabajo que le dio la empresa y apenas nos quedamos un año en París, un año, pero después volvimos, qué lío. Fue muy poquito y mamá quiso volver para el puesto en la escuela de música. Quiso volver a Córdoba porque ya estaba acostumbrada y estaba la escuela de música. A ella le gustaba eso, cantar, ella sabía cantar y no sabía cómo hacer después de que se murió papá. Mamá era una artista, y no sabía cómo hacer, era una artista como mis hermanas. Y ahora la que canta es Florence, igual que mamá, porque Bernadette sabe cantar también pero ella eligió el baile. Así es como más completo. Ellas bailan y cantan como le gustaba a mamá y yo rezo mucho para que los dos estén bien y mis hermanas y los chicos. Florence le dijo a Claudio que tenía cuatro nenas. Sandrine que es mulata y las tres de Manuel. Le explicó a Claudio y ahora Claudio sabe. Claudio le dijo que él también tenía una hija, él también está separado, pero una vez. Una vez me parece y Florence dos veces. Florence se separó dos, de Muhammad y de Manuel. Pero Manuel es muy bueno y se ocupa de las nenas cuando Florence tiene que salir de gira. Anoche cantó al

lado del Moulin Rouge. Claudio la acompañó a cantar después de treinta años que no la veía. A Claudio le gustaba Florence, las tres sabíamos, a mí me gustaba Juan pero mamá me explicó que era chico. Juan era chico para mí, que yo era grande aunque era como si yo fuera la más chica. Juan era buenísimo y tenía las rodillas grandes como dos pelotitas en medio de las piernas flaquitas y le costaba más correr que a Claudio, pero Claudio también era bueno pero más serio. Claudio lo cuidaba y era bueno pero serio y la miraba a Florence y no le decía nada. Era el más serio y parecía que estaba enojado pero no estaba enojado, era la cara que tenía. Y corría muy rápido, que Juan no lo podía alcanzar porque era flaquito. A Florence le gustaban las piernas de Claudio. Y al final Florence se encontró con él cuando vino de Brasil. Yo estaba en Córdoba y Florence se fue solita a Brasil y mamá decidió que nos teníamos que volver a París. Mamá no sabía cómo hacer porque se murió papá y era una artista, ella era una artista y era muy difícil vivir en Argentina. Nos volvimos las tres porque Florence se quedó en Brasil. Tenía quince, a mamá no le gustaba que se fuera pero mamá estaba muy preocupada porque papá no estaba más y no pudo hacer nada y Florence se fue solita a Brasil. Pero Bernadette se quedó con nosotras para ayudar, nos quedamos las tres. Y hasta que pasaron dos años, fueron dos años, Florence y Bernadette dicen dos años que estuvo en Brasil sola. Y una vez que volvió a Calamuchita se encontró con Claudio y ahí pasó algo. Yo escuché cuando le dijo a Bernadette que había pasado algo en Calamuchita con Claudio y a mí no me lo querían decir porque yo era como la más chica, pero yo lo escuché. Y también escuché que Claudio era muy católico y que le daba vergüenza. Y a Florence no le daba vergüenza porque ella estaba un poco más acostumbrada, pero después se fue a Brasil y no volvió hasta el verano siguiente. Se vestía con la túnica blanca y a mamá no le

gustaba pero ella no le hacía caso a nadie. Florence no le hacía caso. Al médico sí le hizo caso cuando le explicó cómo curarme la herida para que se me cierre. Al médico sí le hizo caso. A lo mejor no se me cierra porque Dios no quiere y entonces está bien. A lo mejor Dios me pide que yo sufra un poquito. Para ser mejor, sí, que sufra un poquito, pero nunca es mucho, nunca es mucho para ser buena como Dios quiere. Pero Florence me dijo que se me va a cerrar. Yo no sé si pedirle a papá por la herida y también por los granos. Porque papá se preocupaba más por mí, papá se preocupaba más por mí, y él me lo decía, por eso se me cayó el pelo, yo era bien rubia y entonces es como si le hubiera dado el pelo para que se lo llevara de recuerdo. Sí, así, para que se lo lleve de recuerdo. Ahora lo tengo cortito y antes largo, pero para qué me lo voy a dejar largo debajo de la cofia, es más limpio así. Florence lo tiene parecido a cuando estábamos en Calamuchita. Ella dijo que Claudio entró a la casita a controlar para ver cómo estaba todo cuando nosotros ya estábamos en París y que no pudo decirnos nada porque no tenía la dirección y no sabía cómo conseguirla. Claudio me dijo que iba a venir a verme antes de volver a Barcelona porque ahora vive en Barcelona que no es demasiado lejos. Claudio era flaco y tenía cara de malo pero no era malo y no le reconocí la voz, la tiene gruesa, gruueueesa, una voz de hombre grande y ya tiene parecido a mí, yo tengo cincuenta y cuatro y el es un poco más chico. Cuando me reponga y volvamos a Calamuchita lo voy a poder ver y a los padres que todavía viven y yo me acuerdo. Y a la casita, él volvió para buscar cosas de Florence. Y ahora la encontró por Internet a Bernadette y después de Bernadette a Florence que justo estaba en París para operarse. Qué justo que se encontraron porque Claudio no sabía dónde estaba Florence. Él encontró la dirección del negocio de Bernadette por Internet y justo él estaba en París y justo había venido Florence para operarse, como a

mí pero de distinta cosa. Cuando se me sane la herida a lo mejor me tienen que hacer otra operación pero mucho más chiquita y después me van a dejar tranquila me dijo el médico. Florence le hacía caso al médico, no como a mamá, qué risa. Se fue a Brasil y tenía quince años. Mamá estaba preocupada pero Florence se fue de casa cuando murió papá porque no resistía, dijo. No resistía porque mamá no sabía cómo hacer. Se fue como dos años. Era hippie y hacía camisetas teñidas para vender. Eran lindas las camisetas y las podían vender, las teñían en una palangana atadas con hilos y quedaban con unas manchas redondas de todos colores. Y las vendían y con eso ganaban la plata. Después volvió sola a las sierras y se encontró con Claudio que tenía las piernas fuertes. A ella le gustaban las piernas de Claudio. Pero Claudio le tenía un poco de miedo, le dijo a Bernadette, yo la escuché y ellas no sabían que yo las escuchaba. Claudio le tenía un poco de miedo porque era muy católico. Florence dijo que Claudio le tenía miedo porque era muy católico y Florence usaba la malla muy chiquita pero le quedaba bien porque era como una nena. Ella usaba bikini y yo usaba malla enteriza porque me quedaba mejor. La enteriza era mejor para mí, yo tenía que usar mallas enterizas. Mamá me las compraba aunque me dejaba elegir el color. A mí me gustaba la rosada y después tuve otra rosada pero no me gustaba igual. Florence la usaba negra y eran muy chiquitas y a veces se sacaba el corpiño. Y dijo que por eso se asustó Claudio cuando la vio tocando la guitarra en la casita sin corpiño y con la malla chiquita. Porque él era muy católico y en las sierras no se usaba no usar corpiño. Pero le gustaba Florence pero no se animaba y se animó ella porque a ella le gustaba que tenía las piernas fuertes y andaba solo. Claudio era como si le gustara andar solo dijo Bernadette, él se separaba de los otros chicos aunque a veces andaba con todos, pero andaba solo. Yo me acuerdo cuando llegaba solo al río y

saludaba pero se iba a las piedras. A él le gustaba Florence pero no le decía nada y al final le dijo Florence y pasó algo, le dijo Florence a Bernadette. Pasó algo en la casa de Claudio porque ya tenía dieciocho y había venido solo. Y Claudio no sabía si confesarse o no porque para él era pecado pero para Florence no. Y al final se confesó y se lo dijo a Florence y a Florence no le gustó porque si no también tenía que confesarse ella. Y Florence se fue de nuevo a Brasil. Y al año siguiente se vieron de nuevo pero Florence no sabía si quería estar con Claudio y lo dejó solo. Y después él volvió a la casita a ver cómo estaba y no encontró nada. Ahora volvieron a salir a cenar y al cine y a lo mejor pasa algo de nuevo porque Claudio la fue a ver cantar en el sótano cerca del Moulin Rouge. Y le contó lo que pasó después de que Florence se fue con los Hare Krishna, cuando ella no quiso que pasara algo de nuevo y ya usaba la túnica y había desaparecido seis meses después de que se encontraron la primera vez cuando pasó algo y nadie sabía nada y mamá estaba desesperada. Mamá estaba desesperada. Y yo no decía nada. Y dijeron que la vieron paseando con los Hare Krishna por el centro y que estaba embarazada con panza pero no era ella porque si no hubiera tenido un bebé cuando desapareció esos seis meses que había vuelto de Calamuchita. A Florence no le gusta hablar y yo no me animé a preguntarle. Que fue un delirio, un delirio, dijo Florence pero yo no le entendí y para mí que tienen un secreto con Bernadette pero no me lo dicen y yo me enojo. Pero igual son buenas y tengo que tener paciencia. Y Florence después tuvo cuatro niñas, la mulata que es hermosa y las otras tres que son de Manuel, que se quedó cuidándolas en Tenerife. Y Claudio se quedó solo en Calamuchita la segunda vez que Florence seguía con la túnica y ahora va a esperar que se opere y después se vuelve a Barcelona y después va a Argentina si nosotros vamos a Calamuchita para comer un asado todos juntos y ver la casita. Hay que esperar a ver

si se me cierra la herida, si puedo ir antes de que me hagan la otra operación que es más chiquita y después me van a dejar tranquila aunque me vuelvan los granos ya no me van a operar, van a ponerme alguna crema y tengo que tomar alguna pastilla nomás y listo. Pero antes de la segunda operación las chicas quieren que vayamos a Calamuchita así puedo ver la casita, por las dudas, dijo Florence. Dijo por las dudas y me puso triste pero no se dio cuenta porque yo me quedé seria y no dije nada. Pero vamos a ver la casita donde pasábamos el verano con mamá y con papá cuando venía de Córdoba y jugaba con nosotras tres pero un poquitito más conmigo, qué risa. Vamos a comer un asado como hacen allá bien grande con los papás de Claudio que todavía viven y les mandé saludos y lo voy a ver a Juan y a Franco. Florence se va acordar del papá de Juan que yo me acuerdo y ella no, qué risa. Juan se casó y tiene dos nenas y a mí me gustaba pero mamá dijo que no podía porque era muy chiquito para mí y que yo era como si fuera chiquita pero no era tan chiquita y que mejor que rezara y estuviera con Dios que siempre es mejor. Y al final me hice como monja y no puedo tener novio ni casarme porque me visto como una monja y eso pasó porque mamá solucionó el problema y me pudo dejar aquí donde me dieron trabajo y están las monjas. Y ya sé de memoria cómo sacar los botones que están mal puestos en las camisas y volverlos a coser con la máquina en el lugar que van. Pero lo más importante es tener cuidado con la máquina para no pincharse un dedo. Mamá se quedó tranquila cuando me consiguieron este lugar para estar y poder trabajar porque yo me pago el lugar con el trabajo que me dan de sacar los botones de las camisas que están mal puestos y volverlos a poner bien. Es como un trabajo y estoy internada pero es como si no estuviera internada porque salgo cuando quiero. Además trabajo de monja porque también es un trabajo porque todos los días hay que hacer algo a la hora

que hay que hacerlo. Está bien porque puedo salir cuando quiero y hay que entrar de nuevo a las siete para la cena y para las oraciones de la noche. Pero ya no tengo muchas ganas de salir y además me hace mal caminar con la herida. Le voy a pedir de nuevo a la Virgencita que me ayude si quiere para poder ir a Calamuchita donde lo voy a ver a Juan que a mí me gustaba porque era bueno y flaquito y tenía el pelo negro con un remolino adelante que le quedaba lindo. Pero era muy chiquito para mí y a mí me gustaba y tenía ganas de estar con él y que pasara algo. Pero eso estaba mal y yo rezaba para no tener ganas pero las ganas me venían igual y más fuerte y mi mamá se enojaba porque a mí se me notaba cuando lo veía y me retaba. Juan se quedaba callado. No decía nada y yo cambiaba y no sabía disimular. Mamá me retaba y al final me tuve que olvidar un poco. Pero Florence me dijo que yo tenía que disimular y hacer lo que quisiese pero con cuidado de que los grandes no se dieran cuenta. Yo no sabía qué hacer y me escondía y hacía lo que tenía ganas. Pero ahora se me pasó porque ya soy más grande, seguro que la Virgencita me ayudó y me gusta ser monja, igual que una monja como me dijeron las hermanas en el Vaticano. Y puedo rezar para que podamos ir a Calamuchita rápido porque ya llega fin de año y Florence dijo que después se encuentra en una isla cerca de Tenerife con Claudio y seguro que va a pasar algo de nuevo si Manuel se queda a cuidar a las chicas porque si no se tiene que quedar Florence y no puede ir a la isla que está cerquita, pero igual. Es toda una historia, dijo Bernadette. Dijo que no se imaginó que Claudio se acordara tanto de Florence si tenía diecisiete apenas y que fue como si la siguiese buscando siempre a Florence y al final la encontró y seguro que va a pasar algo porque Florence está contenta y me dijo Bernadette que lo miraba distinto. Florence está contenta y él le sacó una foto adentro de la cabina del teléfono cuando me estaba llamando a mí y ella está linda y se ríe. Por eso

se van encontrar en la isla más adelante. Pero va a ser después del viaje a Calamuchita si se me cierra la herida que me duele un poco pero a lo mejor se me va a pasar con las cremas y las pastillas como me dijo el doctor Junot que es muy bueno y sabe un montón. El doctor Junot me va a dejar ir si está todo bien y los voy a ver a los chicos y a los papás que deben estar viejitos ya y se acuerdan bien de papá y mamá porque eran amigos y conversaban cerca en el camino al río. Mejor que me vaya preparando la ropa para el viaje porque a lo mejor se me cierra la herida el último día y puedo viajar y así no tengo que andar a las apuradas. Si no después va a ser difícil porque Florence se va a la isla con Claudio que la espera. Claudio la esperó todo el tiempo, dijo Bernadette, y al final la encontró y a lo mejor se casan como se casa la gente más grande, sin la fiesta, y pueden ser felices después de tanto tiempo. Porque a Claudio no le molesta que Florence haga la gira. No le molesta, Florence me dijo, y la puede acompañar a veces también. Claudio también va a venir a Argentina si puedo viajar y así lo puedo ver de nuevo, con la voz más gruesa y a Juan, qué risa. Pero se me tiene que cerrar la herida aunque me salga algún grano no importa tanto. Yo me voy a preparar las cosas para llevar por si se me cierra a último momento. Porque a Florence y a Bernadette les gustaría mucho que vuelva a ver la casa de Calamuchita y a mí también.

Del amor airoso

El Tonga

*A él, por supuesto,
y a ella también.*

Era media tarde en la playa. A nuestras espaldas estaban las vías de los trenes que van y vienen, sacándole al mar, al aire y a la arena esa distancia que casi siempre saben tener respecto de los hollines de la ciudad. Para mí sigue siendo como si detrás hubiera algo que molesta, como una amenaza. De cualquier manera, enfrente teníamos el Mediterráneo, al que allí, pasando el Poblenou, cuesta relacionar con el del folclore luminoso de Serrat. De hecho, nunca encontré el cañaveral donde se quedó durmiendo el primer amor del muchachito.

Estábamos sentados sobre la arena los dos, y podíamos echar la vista hacia el azul un poco velado por la potencia de la luz y hacia los barcos lejanos, aislados y diminutos. Yo disfrutaba de la compañía a pesar del sol, que jamás fue mi amigo, salvo cuando me toca secarme sobre una roca en Santa Mónica.

No sé si lo decidí ahí mismo; en todo caso la idea debió llegar rápidamente porque haber escuchado —y confirmado— las aventuras del hombre fue una invitación inmediata a registrar semejante vida. “Esto tengo que escribirlo”, me dije. El problema era siempre el

mismo: cómo. Sabía que el discurso tenía que estar a la altura de los hechos, y eso no es nada simple. A veces el camino se manifiesta enseguida, otras, tarda largo tiempo, y otras —tal vez esta— hay que salir a buscarlo. Y anteayer, corriendo por la ruta que va desde Salto a Chacabuco, junto a los campos bajos, en esa consciencia que parece potenciarse con la circulación de la sangre, lo entreví y me dije: “Tengo que hacerlo ya”.

Aquella tarde de la primavera catalana, el Tonga estaba conmigo y me recreaba escuchando su voz gruñona, gruesa como pocas, vital y respetuosa igual que la de un chico. El Tonga llega a las lindes del exceso, pero, como excepción, no las traspone. Es como un auto de carreras girando al límite de sus posibilidades en los momentos previos al derrape letal y los subsiguientes vellones de polvo que expanden los tumbos y los rebotes fatídicos. Algo así como lo del célebre *looping* del toro embolado que seguramente tendré que relatar después.

El Tonga es macizo como un tronco y, al no estar muido de cuello, la espalda le remata directamente en la cabeza perfectamente cuadrangular desde cualquier punto de vista. Sus rasgos le dan un aire de maorí y el mentón prognático bajo la sonrisa socarrona podría hacer sospechar, a los que lo conocen poco, de algún retraso. Está, se diría, en el preciso y sutil punto situado a medio camino entre el talento revelado y el arquetipo de la falta de criterio. Los resultados de sus actos suelen ser dispares.

Al Tonga se lo ve casi imponente. El torso corto, compacto, de concentrados hombros, se diluye en una cadera estrecha que, de flanco, exhibe la concavidad producida por la ausencia absoluta de glúteos. Siguen, por lo general hacia abajo, unas piernas que comienzan armónicamente y se van adelgazando hasta terminar en dos pies planos, que por ser apenas más anchos que largos, no conforman un perfecto cuadrilátero, y que, de no calzar ojotas, pueden hacer saltar las costuras de los zapatos. Alguna vez lo

vi extraer un pie de un zapato nuevo que se mantenía en su cauce y noté cómo el borde externo, que se mostraba arrollado sobre sí mismo, comenzaba a expandirse.

Se desplaza acompasadamente, manteniendo el nivel de la cabeza constante, y apoyando toda la planta del pie, que le sirve de órgano prensil. Caminar así, succionado al piso, le produce un infinito placer, dada la sensualidad de su ánimo y, considerándolo con cierta perspectiva, una patada de punta del Tonga debe ser algo sobrecogedor.

Alguna vez le pregunté si era un palmípedo. “¿Qué es un palmípedo, sabum?”, me preguntó a su vez, con la mirada pillá. “Los que tienen pie de pato.” “Sí, son una inmundicia, sabum, cuando los miro a veces me dan ganas de llorar”, agregó con su voz baja y su sonrisa que proyecta el mentón hasta unos siete centímetros hacia adelante.

El Tonga es una persona dúctil, de esas que enseguida muestran tanta habilidad innata como cierta laxitud para sostener el ardor inicial. En sus trabajos, los “curreos”, como les dice él, permanece un promedio de dos semanas, aunque últimamente puede observarse una tendencia al aumento de esa cifra. Tal vez esté empezando a ganar algo más de constancia que un niño que, armado con un hacha, afronta un tronco de alrededor de un metro de diámetro.

Ser árbitro de fútbol, segurata en los boliches, pintor de grandes alturas, camarero, chofer o jefe de cocina significa para él aproximadamente lo mismo. Se atribuye el título de chef y algunas veces nos ha regalado con unos pollos al disco que se dejaban comer al no contar con más opciones.

Aquella tarde los trenes seguían pasando regularmente detrás de la playa y, como siempre, deslucían el silvestre murmullo del mar, pero no me quería ir y, en cambio, me enfrascaba más y más en el encanto de la vida —¿cómo decirlo?— intrépida del Tonga.

- ¿Andás saliendo con alguna mina, Tonga?
- Ahora no, sabum —carraspeó—, pero en Castellón estuve saliendo con una gitana.
- ¿Una andaluza, Tonga?
- No, sabum, una gitana.
- Pero, ¿qué? ¿Vivías en carpa, Tonga?
- Sí, en la carpa, con todos los gitanos, sabum.
- Y, ¿qué tal?
- Bastante horrible, sabum.
- ¿Y qué onda los gitanos, Tonga?
- Y, a mí me reodiaban porque yo no soy gitano, pero no me decían nada.
- ¿Y qué sensación tenías cuando vivías en la carpa?
- Tenía la sensación de que me iban a dar una o dos puñaladas en cualquier momento, sabum. Porque yo salía con la hija de la mujer de mi primo, que es gitana, ¿me entiende? Y al jefe me parece que le gustaba. La piba tiene dos hijos de un gitano del que se separó. Pero no me decían nada.
- Che, ¿de qué hablan los gitanos?
- No sé, yo no les entendía nada porque hablan en calé, el idioma de ellos. Yo me quedaba afuera de la conversación, en la mesa. Y pasaban como tres días.
- ¿Dónde?
- En la mesa, sabum. Que “Mujé, trae un poco más de comida”, que “Un poco más de vino”, y así se pasan como tres días.
- ¿No me dijiste que hablan en calé?
- Sí, a veces en calé, a veces en castellano. Depende.
- Che, ¿y a la noche cómo hacían...? Vos me entendés.
- Sí, sabum, hay como divisiones en la carpa ¿me entiende?
- ¿Y por qué te separaste de la gitana, Tonga?
- No me separé, me fui, sabum, me vine a Barcelona.
- ¿Por?
- Tenía problemas con la madre.

—...

—Me miraba.

—¿Cómo que te miraba? ¿La mujer de tu primo, la madre de tu novia?

—Sí, cuando nos cruzábamos me miraba. Al final me cansé y le pregunté qué le pasaba, y me dijo: “Hombre, es que cada vez que pasas cerca de mí me dan los calores y es una cosa que no te imaginas”. Ahí me di cuenta de que tenía que abandonar la carpa porque si no eran los gitanos, el que me iba a degollar iba a ser mi primo, sabum.

—¿Con qué, Tonga?

—Y... supongo que con algún Tramontina, sabum.

El Tonga enarcó la boca proyectando su mentón con la sonrisa cómplice. Yo pensé que era una historia concluida y, quizás, orlada por alguna exageración. Pero no, el Tonga tiende a minimizar la importancia de los hechos.

Cuando íbamos directo hacia sus días en Mallorca, que definió la duración de su matrimonio, le sonó el móvil. Yo lo escuchaba:

—Vente p’aquí, mi amó. Que te vengas ya, que tengo la cama calentita pa’ darte caló. Siempre tengo la cama calentita pa’ que estemos juntitos. Que no te tardes que me muero de ganas de estar contigo, mi amó.

El Tonga había cambiado su timbre y su modo de hablar. Así le decía a la gitanilla de sus amores con la que aún mantenía una relación que no creí, en ese momento, que pasara de ser telefónica. Porque al Tonga, en ese tiempo, le gustaba andar seguido por las Ramblas saludando a casi todos los que componen esa fauna de extranjeros y locales. Parece estar a sus anchas con su calidez, su simpatía, su brutalidad ilustrada, sus rasgos carcelarios. Conoce bien lo que es la *merca* y su ambiente, pero más bien se dedica a la marihuana. Y no ha dejado el cigarrillo, aunque la última vez que lo vi me haya dicho que estaba mucho más sano, que a lo sumo se fumaba uno que otro porrito de vez en cuando. Porque si hay algo que lo define, a

pesar de su vida donde tal vez abundaron las tragedias, es su salud. El Tonga es un tipo cabalmente sano. Está hecho de metal precioso, y la corrupción que frecuenta un par de veces por semana regularmente le resbala como el agua sobre la cera. Y quizá por eso se mantiene fuerte y reflexivo como un toro púber. Un minotauro alegre, con onda. ¿Fue ese misterioso parentesco el que lo llevó a enfrentar al toro embolado aquella tarde aciaga de Castellón —tengan paciencia—, cuando el sol y la fiesta prometían más juerga que escoriaciones múltiples. Y cuando, como de costumbre, su organismo se recuperó casi por completo y rápidamente, igual que cuando saliera campeón mundial de rotura de potencia en Birmingham. Recuerdo diáfana-mente la ronda final con un par de yanquis y un eslavo que, probablemente, había sufrido un choque frontal en el pasado cercano.

Aquella vez el Tonga había variado su fisonomía: no era un cambio abrupto, pero se lo veía —¿cómo decirlo?— más compacto, más cilíndrico, más pequeño inclusive. Probablemente se estuviera transformando en un torpedo. Primero pasaron los yanquis y fallaron. Creo que ya tenían los pies amoratados, y al enfrentarse a tamaña cantidad de tablas de ñandubay humedecido, se los vio un poco ensimismados y, también, vale decirlo, desinteresados. Yo le temía al moscovita, del que supe descubrir su nacionalidad por los ojos gélidos, distantes. Habría unos siete centímetros entre uno y otro, producto, quizás, del choque frontal. Debo reconocer que el apellido puede haberme ayudado inconscientemente a identificar su procedencia. Se llamaba Molotov. Y se le notaba esa voluntad silenciosa y feroz que hizo a los rusos incendiar sus propias casas, sus cultivos, sus perros y, en varios casos emblemáticos, a sus propias madres, para que los amanerados franceses de Napoleón no pudieran aprovecharse.

El moscovita se acercó a la máquina donde esperaban mansas las maderas: es difícil comprender semejante actitud, entender el porqué de que siempre actúen así: sosegadas y desentendidas cuando están en las vísperas de recibir semejante descarga y de su voladura inminente; es algo desgarrador.

El moscovita las observó con sus ojos lavados donde era imposible advertir más pasión que un resignado asco por todo. Se diría que no esperó, sino que obligó al árbitro a habilitarlo para ejecutar su golpe final. Aguardábamos el formidable mazazo mientras el Tonga estaba a un costado, con la cabeza ya metida en el cilindro del cuerpo, que se había redondeado de un modo sorprendente, dejando asomar las dos gemas brillantes y negras de sus ojos en el extremo superior, parecido a una luciérnaga de azabache. Era la quintaesencia de un cohete.

Cuando el árbitro dio la señal, el moscovita les aplicó a las tablas un puntapié apenas perceptible, probablemente por la velocidad que debe haber superado largamente la del sonido o, en su defecto, porque la energía de la patada se habrá acercado al valor cero. En todo caso, el moscovita se retiró con el mismo talante con que llegó, ajeno, hastiado de semejante cretinada, como si la realidad que lo rodeaba ya le importara un bledo.

Era la oportunidad del Tonga, y se acercó a la máquina con un extraño andar. Se diría que lo más parecido a esa manera de desplazarse fue la que instauró Nijinski en su *Fauno*, porque el Tonga no movía para nada los muslos. Los llevaba apretados uno contra otro y solamente movía las piernas desde la rodilla hacia abajo, como si tuviera ganas de ir de cuerpo.

Al lado de la máquina adelantó la quijada para apretar mejor los dientes. Pienso que no alcanzó a molérselos, porque hace poco lo he visto comerse un buen trozo de vacío. Con otro movimiento, también perfectamente automatizado, liberó el muslo derecho sin que hubiera que lamentar estropicio alguno.

La técnica con la que se definía el campeonato era la patada circular, cuyo desarrollo es paralelo al piso, es decir horizontal, estando obligado el competidor a pegar con el metatarso, retrayendo los dedos para que no queden atrapados entre la masa del golpe y la de las rígidas maderas, lo que, como alguna vez se ha visto, conduciría a su desintegración.

El Tonga se posicionó y enseguida, como con el moscovita, el árbitro, tratando de ser ecuánime, dio la orden. Se produjo ese silencio de tiempo detenido en que todas las intenciones parecen converger, pero a pesar de que —tengo la certeza— todo el estadio estaba deseoso de que el Tonga triturara las desapegadas tablas, su demora en soltar el pistón despertó en los espíritus el atroz gusano de la duda. Él estaba reclutando toda su fuerza telúrica, que venía del centro del planeta. La concentraba en el cilindro macizo de su cuerpo, que había desplegado la pierna derecha montándola como un apéndice listo para lanzar su descarga.

Finalmente el Tonga disparó la patada y se alcanzó a ver la estela que dibujó con el pie, lamentablemente un poco salido de la línea de la pierna, como si a último momento se le hubiera aflojado alguna coyuntura. Y algo de eso hubo, porque evidentemente faltó que esa parte extrema de la pierna mantuviera el mismo tono compacto del resto y no se desbaratara, como sucedió, en una herramienta bastante más reblandecida.

El resultado fue que el pie, al hacer contacto con el cúmulo de tablas, se desdibujó en una figura amorfa, ameboidal se diría, y pareció empezar a derretirse sobre la superficie plana. Sin embargo, pudo percibirse que, desde el centro de la masa achatada y redonda, emergía una lengua de filosa humanidad, un estilete amoratado que se metía como una cuña desgajando las maderas.

La rotura aconteció en dos tiempos: el del impacto muelle y el del proceso posterior, cuando la emisión

tumefacta del pie fue sometiendo la intimidad de las tablas a una presión insoportable, hasta su posterior estallido en varios pedazos. Fue algo parecido a lo que sucede en las canteras de granito cuando se desgaja una masa a base de cuñas estratégicamente encastradas.

La duda generalizada de la validación de la rotura por parte del árbitro, dado el efecto de retardo en la ejecución, aumentó la natural zozobra del público, que se contuvo hasta el gesto inexorable que la dio como aprobada.

Luego del destrozo estalló el rugido en el estadio, y el Tonga, con cierta aristocracia que suele exhibir, retomó la actitud de preparación que había adoptado antes de ejecutar el disparo, y empezó a temblar como si siguiera listo para más. Era un tremolar que expresaba el sedimento de poder que aún tenía de reserva después de la patada. Nadie se atrevió a acercársele, pensando que, tal vez, con semejante presión, se le volara en ese instante la tapa de los sesos.

Al fin dejó aflorar su grito de festejo, que no fue ese que debería haber venido desde el bajo vientre, sino otro, más bien contenido y travieso, como si hubiera cumplido con el papel que tenía asignado y nada más.

Sí pude notar cierta vacilación en su andar cuando comenzó a alejarse de su puesto junto a la máquina, en medio de la algarabía del público. Su pie derecho parecía aplastarse sobre el piso, prensil como siempre, pero sin estructura interna. Al retirarlo para hacer el paso se desprendía dificultosamente, como sucede cuando arrancamos una placa de goma pegada al piso con cemento de contacto.

—¿Cómo andás del pie, Tonga? —le pregunté ni bien pude acercarme.

—Bien, sabum, aunque calculo que no me quedó un hueso sano. Creo que desde el tobillo para abajo debe estar todo derretido porque no siento absolutamente nada, sabum. Me lo miré para confirmar que estaba, porque pensé que podía haber quedado en la máquina.

—El Tonga sonrió adelantando su quijada y manteniendo su mirar compinche.

En realidad, como ustedes ya estarán suponiendo, aquella vez la rotura que hizo el Tonga no fue así, pero podría haberlo sido, tranquilamente. Creo que a él le va a gustar esta versión de su victoria en Birmingham, aunque la verdadera —si eso existe—, la que le dio la medalla de oro, fue una definición con el puño, en donde habían quedado seleccionados un buen hato de cavernícolas —dos yanquis, en verdad, y algún que otro eslavo—, que fueron fallando hasta que llegó el turno del Tonga, en último término. Quería destrozar las maderas que le habían puesto enfrente. Y lo hizo. Lo que más recuerdo fue el temblor. Después de haberlas hecho explotar se quedó tieso, en posición, vibrando como un volcán a punto de estallar. Y cuando parecía dar rienda suelta al magma primordial que venía conteniendo, apenas soltó ese gritito, mezcla de modestia, de gusto por sí mismo y de villanía aristócrata. Es un malandrín.

Volviendo a la tarde de la playa en el Poblenou, mientras seguíamos bajo el sol suave, sentados sobre la arena, pensando en la caña que ya teníamos ganas de tomar, comenzó a referirme las vicisitudes a que lo sometió el inclemente destino en sus primeros meses por Europa. Todavía tenía esperanzas de que su mujer le concediera la ciudadanía de la comunidad.

Lo del toro embolado, que todavía seguiré debiéndoles, había sido en Castellón, poco después de haberse separado de la Gorda Despiadada, mientras trabajaba de chofer de uno de los dueños de La Cerámica. El hombre era millonario, mugriento, y además de a los cerámicos, era aficionado al aguardiente y, tal vez, a la mescalina. Ya le habían retirado el carnet y por eso había contratado un chofer. El Tonga fue un buen chofer, el mejor posible hasta que todo terminó en la ignominia.

El patrón tenía unos cuarenta y tantos, medía un metro cincuenta y exhibía una barriga redondeada y turgente que le tensaba la camisa abriendo los espacios entre los botones. El tipo era bastante ancho y usaba unos vaqueros que le quedaban largos y arrastraba sobre el suelo destrozando las botamangas. Siempre los tenía manchados de orina, porque de tanto chupar sufría alguna incontinencia.

—El enano era un asco —me decía el Tonga en la tarde luminosa—. Me hacía parar cada dos cuabras para tomarse un Terry y un carajillo, también con Terry. Íbamos a Madrid y el guacho me hacía manejar de noche, además me hacía dormir en un piso que usaba para esas oportunidades, pero sobre un sillón, hasta que le dije que me iba a un hostel porque era insoportable dormir con él, una asquerosidad. Entonces me dio permiso para pasar la noche en otro de sus pisos vacíos. Hubiera conservado el curro, porque era bueno, pero yo no le seguía el tren, ni con el alcohol ni con la fiesta. Un día me dijo que tenía ciertas inclinaciones sexuales pero que estuviera tranquilo, que a mí me contrataba para el curro y nada más. Era bastante sensible el enano, sabum. Chupaba y se ponía sentimental, se largaba a llorar cuando hablaba de sus recuerdos, de su ex mujer. Porque se ve que había tenido una familia. Él me decía que la quería mucho a su mujer y que había perdido su familia. Que no lo podía entender.

—¿Y vos que hacías, Tonga?

—No sé, sabum. “Que nada, hombre, que ya va a pasar.” ¿Qué quiere que le dijera? Y se calmaba un poco y me hacía parar para clavarle un Terry. Pero era imposible seguir con él porque se iba de fiesta, se remamaba y lo choreaban, y después venía y me decía: “Pero, Gastón, ¿qué has hecho con el sobre donde tenía el dinero?”. “Pero, Roque, yo no vi ningún sobre con dinero, le respondía yo.” Lo choreaban los flacos con los que salía. Se olvidaba, siempre perdía la pasta y después me

preguntaba a mí. Me iba a terminar denunciando el enano. Así que renuncié. Alguna vez me pidió que volviera, pero no quise. Y me quedé en Castellón.

Ahí fue lo del toro embolado. Y ahora toca contarlo.

Esa tarde de domingo se había organizado la fiesta. Consiste en colocar sobre los cuernos del toro dos capuchones con un hierro del doce soldado en la punta, y alrededor tela embreada, creo, atada con alambres para que no se deshilache, y se le da fuego inmediatamente antes de soltar al animal en la plaza para que salga a correr y, en medio de su enajenación, a topar cualquier cosa que, a su modesto criterio, le parezca sólida, inclusive algún cuerpo humano.

El Tonga observó con los ojos bien abiertos el proceder de la gente reunida y se excitó con los oles y los requiebros, con esa manera tan carnal de vivir la fiesta, y se enardeció. Es fanático de Camarón y del cante gitano, pero no al punto de hacerse ultimar por haber merecido los favores de la mujer de su primo, la madre de su novia, a la postre. Le encantan los toros, la queja flamenca, el arrebato de la música, la sangre coagulada. Alguna vez me contó que uno de los gitanos, bastante ilustrado, le había dicho que había sido fulminado, que estaba muerto antes de caer al suelo y que, entonces, había experimentado con toda lucidez su condición de muerto. Pero me aclaró que hablaba al pedo.

De alguna manera recóndita, el Tonga sabía que ésa era su tarde, que la sangre licuada se lo pedía. El toro se había separado de la multitud y había decidido retirarse al trote, seguramente para acumular la presión de la ira y dispararse hacia lo imponderable. Podía verse el resentimiento que emanaba de sus ojos bajo la cornamenta en ignición. La gente comenzó a replegarse. Se meditaba sobre la posibilidad de un vergonzante desbande, y sobre la ominosa perspectiva antiespañola de perder la honra. La

multitud oleaba, me dijo el Tonga, para mantenerse en movimiento. El ibérico éxodo era inminente. Parecía esa suerte de danza contenida, esos instantes contritos, de profunda reflexión, que preceden a una evasión en masa.

El toro sacudió la cabeza como para liberarse del fuego y las chispas, y rascó el suelo con la pata delantera.

Entonces fue el Tonga quien avanzó calmo, con su paso prensil, en absoluto control, y se detuvo frente al toro. Remedó el ademán de la bestia con su imponente pie derecho, rascando el suelo él también. El oleaje humanoide devino en inmovilidad.

El Tonga estaba vestido con unos pantaloncitos estrechos y cortos, blancos, de esos que llegan hasta la media pierna, como usaba Rafael Nadal en sus años mozos. Realzaban su abultado miembro, su exótica anatomía, especialmente altos y ajustados en las nalgas inexistentes. Parecía haber consenso de que no eran espantosos. Tenía una remera negra apretada al cuerpo. No creo que la ropa lo haya ayudado, pero su mentón echado hacia adelante, su pie en contenida danza, en contrapunto con la pata del bóvido, y su mirada fija, impusieron un cierto éxtasis en varias manzanas a la redonda y en toda la ciudad también.

—El toro me detectó, probablemente en blanco y negro, y se percató de que yo era el objetivo.

Era, sin dudas, un bicho de buen coeficiente intelectual.

—¿Y qué pasó, Tonga?

—¿Qué va a pasar, sabum? Se me vino echando puta en medio de la plaza, medio resbalando en los adoquines, pero en línea perfectamente recta. Yo bailoteaba como en el gimnasio, pasando el peso de un pie a otro. Era como si fuese un arquero, ¿me entiende? Me preparaba para atajar un penal. Bah, para esquivarlo al toro, pero era muy parecido. Era como si la gente hubiera desaparecido mientras yo bailoteaba. Me echaba hacia un lado o hacia el otro, según. Cuando se me vino lo esperé hasta último momento y, justito antes de que me atropellara,

le hice una finta. Levanté la cadera hacia la izquierda y dejé hasta último momento la pierna derecha estirada y el pie apoyado en el dedo gordo. Unos doce centímetros antes de que me atropellara lo retiré de un tirón y me arqueé para ahuecarle el cuerpo. Le hice como de marco, ¿me entiende?, en un costado, como un paréntesis. Y al unísono estallaron los “¡Ole!” y “¡Ole, hombre!”. Me encantó, sabum. “¡Ole, majo!”, me decían. “¡Hazte otra, chaval!” Me encantó. Esta es la mía, esto es una pelotudez, los gallegos no entienden nada, pensé.

Según me decía el Tonga, el salvaje se detuvo, estaba estupefacto, y con esmero —“esmero”, dijo— y ojos torvos volvió a centrarlo en su mira telescópica.

El Tonga percibió algo en el mirar moruno del toro, pero estaba seguro de que lo hacía pasar de nuevo.

El pobre animal se disparó. Y el Tonga lo esperó contenido, rodeado por la gente, acechando el momento exacto para el esquivé.

—Y justo cuando me quiero correr hacia el costado, un gallego subnormal me molestó con su cuerpo y me dejó justo en la línea del toro —me dijo el Tonga—. Me embocó de frente, sabum, no sabe lo que es eso. Aproximadamente lo mismo que un tren. Y me llevó a los cabezazos como cien metros, yo iba en el suelo dándole patadas en la cabeza, pero cuando me enganchaba me tiraba varios metros para atrás.

—¿Y qué pasó, Tonga?

—Nada, que en una me enganchó con el cuerno por el pantalón y me levantó, cómo podría decirle... me eyectó hacia la inmensidad, sabum. Y se me dio vuelta el mundo.

—¿Cómo que se te dio vuelta el mundo?

—Sí, sabum, lo vi todo al revés, vi la ciudad completa al revés. También vi el azul del cielo e inmediatamente todo negro: era el piso.

—¿Todo eso viste, Tonga?

—Sí, es la sensación de ver toda la vida de uno, desde que se nace hasta que se muere, sabum.

—¿Y cómo caíste, Tonga?

—De cabeza, sabum, le di con el mate al empedrado.

—Pero, ¿cómo? ¿Y qué sentiste?

—Un golpe de electricidad en todo el cuerpo.

—¿Y después?

—Después los gallegos me empezaron a gritar: “¡Corre, corre, hombre!”, mientras trataban de distraer al toro. Yo salí en cueros, había perdido la remera, y me gritaban: “¡El fuego, el fuego, que te incendias!”. Lo que pasó fue que me habían quedado esquiras de brea y yo iba prendido fuego en la cabeza y los hombros, pero no sentía nada. Ya me había desaparecido el pantalón blanco. Se incendió y desapareció al instante como un reguero de pólvora. Yo me sacaba los pedazos de brea con las manos. Me quedé con los huevos afuera, sabum. Me sacaba las brasas con las manos. Mire las quemaduras. Terminé en el hospital, mire las cicatrices. Ay, mamita querida, cuando me pusieron el Pervinox y me arrancaban las incrustaciones de brea, yo me agarraba a la camilla con las dos manos temblando como una hoja.

—¿Te quedó alguna secuela, Tonga?

—Mire, sabum, no me volví a medir pero calculo que perdí entre ocho y diez centímetros de altura.

Lo del toro embolado nunca hubiese sucedido sin el accidentado ingreso del Tonga a la Comunidad Europea. Según me contaba en la playa, su periplo europeo debía comenzar en Palma de Mallorca, después de casarse en Rosario con la Gorda Despiadada, que tiene doble nacionalidad. El Tonga llegaba solo, con quinientos euros y la meta de conseguir trabajo y un alojamiento donde esperarla a ella.

Tenía que encontrarse con un amigo de los dos. Se habían citado en el Punto de Encuentro del aeropuerto.

Después de aterrizar se dirigió al lugar convenido, que era circular y de techos muy altos, pero no veía a su amigo. Decidió llamarlo por teléfono, con monedas.

—Hola, Roberto, qué hacés, ¿todo bien?

—Sí, Tonga, ¿dónde estás?

—En el Punto de Encuentro.

—¿Cómo en el Punto de Encuentro? Yo también estoy, y no te veo.

—El Tonga hizo un repaso con la mirada en busca de su amigo, pero estaba irremediablemente solo.

—No te veo, yo tampoco.

—¿Cómo es el lugar donde estás?

—Es redondo, con el techo alto.

—No puede ser, el Punto de Encuentro del aeropuerto es un cuarto cuadrado, de techo normal.

—Pero ¿qué decís?, si yo estoy viendo con mis propios ojos un cartel que dice “Punto de Encuentro”.

Se hizo un silencio, tal vez Roberto estaría reflexionando.

—¿Qué pasa que no me decís nada, subnormal? —por fin se expresó el Tonga.

—¿Cómo se llama el aeropuerto donde estás?

—Aeropuerto de Las Palmas —respondió el Tonga, pronunciando el nombre lenta y claramente, como si fuera una obviedad.

—¿Cómo?

—Aeropuerto de Las Palmas —repitió el Tonga con una brizna de aprensión.

—¡Nooooo! ¿Las Palmas? ¿Las Palmas? Estás en la Gran Canaria.

—¿Y qué pasa, tarado? Me dijiste que viniera acá.

—¡Noool!, te dije a Palma de Mallorca, Palma de Mallorca.

—Eh, ¿cómo? ¿No es lo mismo? Pero seguro que queda cerca.

—Estás en el África, Tonga.

—Pero, ¿qué decís?, si no vi ni un puto negro, y hablan en castellano.

—Es España, pero es el África.

—Uy, Dios mío, no parecía el África. ¿Y qué hago?

—Venite aquí, preguntá.

—Bueno, voy a ver cómo hago para ir para allá. Tomo el transfer. Después te llamo.

El Tonga salió a buscar la oficina de información. Había una muchachita joven y dispuesta. Se acercó a ella y le dijo:

—Quisiera saber cuánto cuesta un ferry para ir a Palma de Mallorca.

—¿Cómo?

—Sí, necesito saber cuándo puedo tomar un ferry a Palma de Mallorca.

La muchacha tardaba en reaccionar y el Tonga no atinaba a otra cosa que a mirarla.

—Señor, no hay ferrys, queda muy lejos, serían varios días de navegación.

—Uyuyuy, Dios mío. ¿Qué hago? ¿Voy hasta el puerto? ¿Hay cargueros?

—No sé, no sé, señor. Hay aviones, dentro de una hora sale uno, tiene tiempo.

—¿Cuánto vale?

—Cuatrocientos setenta y tres euros.

—No, no, imposible, es imposible. Deme algo más barato, más barato.

—Hay uno que sale mañana a doscientos cincuenta.

—No, no, imposible, más barato, más barato. Algo como de unos diez euros.

—No, señor, eso no existe, la de mañana es una oferta especial, no hay vuelos más baratos.

—Bueno, deme un pasaje.

Así empezó la historia del Tonga en España, historia que dura hasta estos días en que se lo ve mucho más flaco y calmado, tal vez por tener entre las manos

el objeto de su sueño de toda la vida: una chica dulce y, fundamentalmente, rubia y de ojos azules, como es su Ira. No estaba así en aquella tarde de playa porque todavía andaba a los saltos, sin papeles y en la grande Babylon, pero con la infinidad de recursos que siempre lo hacen caer parado, como los gatos, con la excepción, claro, del mal albur del toro nefasto.

Lo de Las Palmas fue inmediato a su casamiento. Era el final de la tarde rosarina cuando pasó por el instituto. Me pareció extraño verlo vestido así, con el traje de alquiler, cruzado, doble hilera de botones, solapas anchas y al mando de un Ford Fairlane 500, verde, bastante bien mantenido, aunque con alguna picadura y, probablemente, diría él, con algún déficit menor en la documentación. Sin sacarse los anteojos que le daban un aire enigmático, tipo *CEO* de lupanar, se bajó del bote y me dijo que recién venía del Civil y que esa noche era la fiesta de casamiento en el tenedor libre de avenida Pellegrini. Me presentó a la Gorda Despiadada y lo primero que pensé fue en el Vesubio; en rigor, tenía un aire italiano.

Esa noche la Gorda estaba vestida de blanco, al modo tradicional, y el Tonga seguía con su traje cruzado. El tenedor libre funcionaba normalmente y los del casamiento compartíamos una mesa larga en medio del gran salón, por donde circulaban los clientes. No daba lugar para vals ni baile, fundamentalmente porque no había música y porque los dueños del restaurant no alcanzaban a comprender del todo: eran chinos, o malayos, quizás. Pero así y todo brindamos un buen grupo de amigos mezclados al acaso con los familiares de los novios y algún que otro cliente. Tal vez esa noche vi por primera vez al padre del Tonga, que hoy exhibe su retrato sobre el corazón y cuya historia me valió tanto reflexiones como un pie desmembrado por la patada que le di a la cortina metálica de aquel negocio del Raval.

Se diría que en la fiesta había algo que se veía coherente, armónico. Eran el Tonga y la Gorda Despiadada que, sentados en el centro, parecían los jefes de una *famiglia* de la Camorra.

La cohorte que componíamos los familiares, amigos y algún allegado que no los conocía en absoluto sentía que se preparaban para un reinado o, por lo menos, para una regencia en Burkina Faso. Y así comenzaron el peregrinar que los llevó por el camino de la ternura, el compañerismo, el sadismo y alguna amenaza de asesinato menor. Y, por fin, a la separación, impredecible para la gran mayoría de los que no los conocen.

Seguíamos en la playa cuando sonó de nuevo el teléfono.

—Hola, Gorda, amor, ¿cómo andás? —el Tonga negociaba las firmas de su ex que le podrían servir para obtener la residencia legal en España —. ¿Pudiste hacer certificar las firmas?

La amabilidad con que revestía su requerimiento se plasmaba en su voz aflautada. Sin embargo, se sentía algo en la atmósfera, un dejo a miasma malsana:

—Ah, qué bien, qué bien, Gordita. Hiciste certificar la firma de ese documento. ¿Y las otras dos? —se inquietó el Tonga—: ¿Cómo? ¿Que la plata que te di alcanza para una sola certificación? Pero, mi amor, ¿cómo podés ser tan perra? ¿Me decís que cada una de las otras cuesta lo mismo que ya te pagué por la que hiciste? ¿Cada una? No seas tan subnormal. Estás endiablada, perra. Si ya te pagué. Por favor, Gordita, me estás aniquilando, me querés secar como una babosa, me querés dejar sin un duro. Escuchame, Gordita, mandame las firmas que ya te pagué. Hola. ¡Hola!

—¿Qué pasó, Tonga? ¿Está áspero el tema con la Gorda?

—Se complicó, sabum, me quiere cobrar más, me quiere esquilmarse para darme la residencia. Yo lo dejé

todo, le di mi amor, sabum, y la perra me quiere triturar... le diría que mucho no me ayuda.

Ya habían transcurrido como dos años desde que el Tonga había llegado a Palma después de su escala en Las Palmas, donde fue expulsado del aeropuerto por la Seguridad en el momento de cerrarlo, cuando pretendía quedarse a dormir. “Yo me quedo solo adentro”, les dijo a los tipos: “No hay problema. Les cuido el boliche, quédense tranquilos, duermo más bien poco”.

Los agentes lo miraron con alguna curiosidad y, a pesar de apiadarse, tuvieron que cerrar y mandarlo a que se busque alguna pensión por esa noche de profunda angustia en la que el Tonga apenas se atrevió a dormir plácidamente.

Finalmente, en Palma de Mallorca, su amigo lo alojó un par de días y le presentó a un conocido que había chocado con su moto y no podía trabajar porque llevaba una férula, por lo cual debía desplazarse con muletas. Él podría alquilarle una habitación por unos doscientos al mes.

—Hola, Paco, este es Gastón, el Tonga para los amigos. Es el que anda necesitando alquilar el cuarto.

—Hola, Paco, ¿cómo estás? —dijo el Tonga, áspero y amigable.

—Pues ya ves, hombre. Aquí estoy, bastante inválido, ay, ay, ay. Y de curro, nada.

El tipo llevaba una densa barba negra, gafas y, sin ser gordo, tenía algunos kilos de más. De los brazos y el pecho salían largos y abundantes pelos negros. No era más alto que el Tonga y casi igual de robusto.

—Lo que ocurre es que yo venía tranquilo en mi princesa, rum, rum, ruuumm, y de golpe, ¡paf!, perdí el control y, ¡tin!, caí dormidito, ñi ñi. No sé cuánto estuve dormidito, ñi, ñi. Lo primero que escuché, toc, toc, toc, fueron los pasos de mi amigo, de mi único amigo en el mundo, que me ha dicho que necesitas un cuarto. Y aquí estoy, hombre. Y resulta que, ta, ta, ta, tengo una

habitación para ti, muy buena, ffsshhh, ffsshhh, ffsshhh, se escucha el sonido del mar, muy buena, hombre.

—Buenísimo, ¿y cuánto cuesta, Paco?

—Tú ven, te acomodas, pa, pa, pa, y después lo hablamos.

Paco le dijo al Tonga que le pagara algo y que se ocupara de comprar algunas cositas, pin, pin, pin, porque él no tenía un duro, uh, uh, uh, por culpa del accidente.

—¿Te parece bien doscientos euros y alguna compra para la heladera y las alacenas?

—Pues, ta, ta, ta, claro, hombre. Esta tarde, sac, sac, te hago la lista de lo que necesitamos.

—Okey, Paco.

El Tonga iba preparando el terreno para la Gorda Despiadada, que llegaba en una semana. Enseguida se pondría a buscar trabajo. Esa tarde, después de acomodarse en la habitación, que era razonablemente amplia y con vista al mar y al sol, aún más diáfanos que en Barcelona, según me decía, fue hasta el living donde estaba Paco.

—El tipo tenía la pierna herida estirada sobre la mesa, sabum, y miraba televisión. Me dijo: “Toma, hombre, ahí, tin, tan, tun, tienes la lista que te preparé”. Y me pongo a leer, sabum, ¡ay, Dios mío! Dos botellas grandes de cerveza, dos packs de cerveza Krönenburg, dos de Budweiser, cinco chocolates Águila con setenta por ciento de cacao, una caja de patatas..., tres atados de Ducados negros, tres atados de Ducados rubios. Traté de explicarle suavemente: “Pero no, Paco, cuando yo hablé de la compra de provisiones me refería a mercadería básica como fideos, arroz, lentejas, polenta, trufas, alcázaras, caviar y elementos de primera necesidad. Si no, ¿qué vamos a comer, Paco?”. Aunque parezca mentira, el tipo se quedó callado como reflexionando y terminó asintiendo: “Bueno, está bien, Tonga, pero, por favor, tráeme un pack de cervecitas, plic, plic, plic, porque las abro y así paso mejor las pastillitas y el dolor me deja,

bue, bue, bue, más tranquilo. Cuando bajas dale mi cariño a la princesa, y dile que la extraño mucho. Háblale, ñi, ñi, ñi, que ella lo necesita. Cuando estés abajo sácala de la cochera así la veo, dile que Paco extraña a su princesita. Dile que papi la quiere mucho y que, ni bien pueda, la va a llevar a dar una vueltecita”. Y yo tenía que sacar la moto del garaje y decirle cosas mientras él la miraba con una sonrisa desde el piso siete, sabum, ¿me entiende?

—Pero... ¿vos le hablabas, Tonga?

—Yo movía la boca y hacía como que le decía cositas a la moto para que Paco se quedara contento. Al principio era muy respetuoso y las cosas iban bien, pero cuando llegó la Gorda, el tipo empezó a andar peor y lo único que hacía era mirar televisión, chupar cerveza y fumar como una chimenea. Se ve que la presencia femenina lo alborotaba un poco. Había mucho olor a cigarrillo en el piso, el tipo era un mugriento, y la gorda empezó a ponerse como una alimaña, sabum. “Gorda, tené paciencia”, le decía yo. “A dónde vamos a ir.” Pero se empezó a hartar de la mugre del tipo y ni le digo cuando me vio por primera vez sacar la moto y mover la boca para hacer que le decía cositas cuando el tipo se asomaba a la ventana: “¡Pero, Gastón! ¿Qué hacés?” “Nada, nada, Gorda, vos dejame.” La cosa iba de mal en peor, sabum, pero yo le decía a la gorda que tuviera paciencia, que no teníamos otro lugar donde parar hasta que juntáramos un poco de plata. Le había conseguido un curro en el restaurant. Yo era el jefe de cocina y ella estaba como lavaplatos. Mucho no le gustaba pero se las venía aguantando. Notaba que incrementaba su nivel de presión día a día. Pensé en colocarle un manómetro por si acaso. Le ponía onda, pero empecé a temer por mi integridad física, por mis virtudes, sabum; la Gorda, cuando se recalienta, es una serpiente de cascabel. Y así seguimos hasta que, al final, una mañana se levantó más temprano que yo y quiso ir al baño. Yo me quedé en la cama haciendo fiaca y de

golpe escucho el alarido brutal de la Gorda. Me puso los pelos de punta, pensé que se había electrocutado o, en su defecto, que se lo había encontrado muerto a Paco. Y no, no estaba muerto, pero era lo mismo. El mugre estaba tirado en el sillón, inconsciente. Se ve que se había chupado y fumado todo. Y lo peor era que estaba con los pantalones bajos. Vaya a saber qué había estado haciendo, y tenía los huevos afuera, como yo cuando se me quemó el pantaloncito blanco el día que me cogió el toro embolado, sabum. Ahí me di cuenta de que no daba para más y agarramos nuestras cosas y nos fuimos del departamento.

Como es de imaginarse, el matrimonio del Tonga y la Gorda Despiadada “duró lo que duran dos peces de hielo...”. Aunque todavía hoy la recuerda con una mezcla de melancolía y desconcierto.

El Tonga nunca consiguió las firmas de su ex pero sí la residencia. Fue cuando María, la gitana, accedió a casarse con él, como supe ya pasado bastante tiempo desde esa tarde en la playa con que empecé este relato. Lejos, también, de lo que hablamos, tres o cuatro días después, en el pub irlandés, pegado a las Ramblas, cuando todavía nos gustaba salir de copas.

—¿Quién es María, Tonga?

—María, la gitana, sabum.

—Pero ¿cómo? ¿No te habías ido?

—Sí, pero después la llamé y le pedí que viniese conmigo, que yo la aguantaba y que necesitaba los papeles. Y lo hizo, estuvimos juntos un tiempo pero se rayó y se fue, seguramente había enganchado algo. Pero para mí fue mejor, sabum, ya me daba asco.

—¿Cómo asco?

—Sí, tenía un olor impresionante, sabum, ya no se lavaba, no se imagina el olor a pata que tenía, y de todo. Una inmundicia.

Gracias a eso el Tonga tiene sus papeles más o menos en regla y, con eso, zafa en los registros de la policía, que, por suerte, lo molesta bastante menos que en los tiempos de cuando era Seguridad del sauna y salía dado vuelta a las siete de la mañana. Ira es su pareja actual, pero él figura como pareja de María, lo que le permite la residencia legal en España. Ira es de Estonia y, por lo tanto, pertenece a la comunidad, pero, por ahora, en el documento del Tonga figura María.

Pienso que ya es hora de encarar lo de su viejo. Lo he ido posponiendo como lo posponíamos nosotros. Pero, insisto, llegó su momento en este relato.

Fue unos tres o cuatro días después de la tarde de mar y cañas y trenes a las espaldas en que el Tonga me relatará buena parte de sus historias. Esa noche habíamos arrancado riéndonos como siempre. Estábamos en el pub irlandés tomando unas cervezas.

Cada tanto el Tonga se retiraba a charlar con alguna de las chicas del boliche. No eran nada jóvenes y me parecía que eran del asunto, y que alguna mantendría “contactos” con el Tonga. Era extraño que no trajera ninguna a la barra donde estábamos. En todo caso, me importaba relativamente, aunque la presencia femenina, esa noche, no habría estado de más. Ahora que lo pienso, si se hubieran acercado, probablemente yo no hubiese tenido que relatarle lo del viejo.

Era algo que estaba pendiente. Incluso cuando embromábamos. Yo sentía la molestia, era un tema del que teníamos que hablar en algún momento. Y aquel fue el momento. Me quedó de recuerdo la quebradura del dedo gordo del pie derecho.

Por algo el Tonga tiene semejante tatuaje en el pecho con el rostro del viejo. Absolutamente realista, lo más parecido a una foto.

Es seguro que el Tonga estaba inquieto cuando hablábamos en el pub, aquella noche que nos debíamos, después de aquello.

Habíamos tomado unas cuantas cervezas y fue él quien se animó.

—Cuénteme lo de mi viejo, sabum. Dígame cómo fue.

Había dulzura en su voz cascada y baja, casi un hilo de súplica. Y una entrega imposible de rehusar. Ahora me sorprende de cuánto tardó en preguntármelo, de su respeto y su contención.

El viejo, según él —yo lo conocí apenas cuando le llevé unas botas para arreglar a su zapatería, pero no puedo olvidarme de su sonrisa franca—, era un personaje. Lo que más le gustaba era ir con los amigos a pescar al río, y el taekwondo. Se las piraba el viernes con los amigos al río y aparecía el lunes para laburar. “Siempre fue un laborante, sabum”, me decía el Tonga.

Pero el taekwondo era un amor silencioso y definitivo en el viejo. Todos lo supimos después, claro, pero no me puedo olvidar de su alegría cuando le regalé el buzo que me habían asignado como director del seleccionado. Ese buzo significaba, para él, lo mismo que un obsequio largamente esperado para un chico. Y así sonreía, en silencio, con los ojos iluminados, sin palabras, al tomar la campera y los pantalones de mi mano. No me cobró nada cuando pasé a retirar las botas, y me las dejó impecables, igual que un bolso de cuero que también le había llevado. Siempre creo ver algo ingenuo en la gente de amores sencillos. Algo como la falta de duda respecto de sus deseos, propia de los chicos. Eso me pareció el viejo del Tonga: un chico grande, travieso y completamente seguro de lo que quería.

Practicó siempre hasta que le encontraron algo en el corazón. Y era bastante grave, porque poco tiempo después sufrió un infarto. Según el Tonga, él no hacía caso de los médicos, y quizás tuviese razón.

Tuvo que dejar de practicar, pero cuando se sintió bien volvió al gimnasio. Su profesor, el flaco Bianchi, cuyo rostro —quiero decirlo— fue labrado, probablemente, con un hacha de piedra, es, sin duda, un tipo responsable. Alto y áspero como una araucaria. Poéticamente contemplado se diría que su talante oscila entre la disposición, la formalidad y un hondo desprecio por sí mismo. Y por los demás también. Fue él quien después de pedirle los certificados correspondientes le permitió volver a practicar. Así empezó de nuevo. Y siguió hasta la tarde de aquel torneo.

Cuando llegué, alguien me dijo que el hombre iba a participar del campeonato. Eso me contrarió, porque me parecía un riesgo. Pero por ahí andaba la hija, que también era practicante. Recuerdo que al Flaco se lo notaba muy preocupado y me acerqué a conversar con él. “Mirá”, me dijo, “no quiero que participe, pero me trajo un permiso médico especial para poder competir, y su hija, que es cinturón negro y también es alumna mía, está de acuerdo. No me parece bien que compita, pero no tengo elementos para prohibírselo”.

Recuerdo haber levantado la vista por sobre el hombro del Flaco y haberme encontrado con la mirada del hombre. Había súplica. Sí, era eso: sus ojos me rogaban que no lo excluyera del torneo. Eran los de un pibe que quiere algo y espera que su padre acceda. Inmediatamente rehuí su mirada, sintiendo que no era cuestión de capricho, y que la situación podía llegar a ser grave. El Flaco, un tipo juicioso, sin duda, había llegado a la conclusión de que no tenía por qué prohibirle que participara. Llamamos a la hija y le preguntamos qué opinaba. Respondió que estaba de acuerdo, pero pude sentir sus dudas. Tal vez ese hombre se lo había pedido y ella no tenía lugar para rehusarse.

No sé si fueron las razones del Flaco, la anuencia de la hija o la mirada del hombre lo que me llevó a darle el permiso para participar, pero me inclino por lo último.

Nunca sabremos si estuvo bien o mal. En todo caso, si el universo funcionase como debiera, no habría por qué atormentarse.

El Flaco me lo recordaba una semana después del torneo: “Vos ibas de un lado al otro, con la sensación de que algo te amenazaba, y no le podías encontrar la vuelta. Llegaste a adulterar la llave donde el hombre estaba inscripto. Era de cuatro competidores y la transformaste en dos llaves de dos, para que él tuviera que afrontar un solo combate. Más todavía, se la llevaste al área donde estaban los mejores jueces, advirtiéndoles de la situación para que no permitieran más que un contacto suave, y que, eventualmente, redujeran el tiempo de combate...”. Yo sabía que me estaba haciendo el relato de lo que yo le había dicho antes como para repasar y para consolarse y consolarme.

Eso mismo le dije al Tonga en aquel pub de las Ramblas. Me acuerdo de su atención y de su silencio. No lo vi llorar nunca, pero estoy seguro de que es bien capaz de eso, no sé por qué.

Retomando, al final al viejo le permitimos competir. Y lo hizo. Fue un combate completamente anodino, en donde pasó muy poco, apenas unos escarceos sin la soltura de los competidores jóvenes, entre dos señores de edad, trabajados por las rigideces contra las que lucharían en las prácticas. Casi no hubo contacto y la verdad es que no recuerdo el resultado. Tal vez haya perdido el padre del Tonga, pero no lo sé. Bien pudo haber ganado. No creo que tenga mayor importancia. Aunque... quién puede saber algo de las operaciones mentales de la gente cuando pasa por esos apremios.

Recuerdo haberlo visto sentado en el suelo, y de encontrarme de nuevo con su mirada. No era la misma de hacía una o dos horas. Algo había cambiado. Ahora sus ojos parecían huérfanos, ya no suplicantes, más bien azorados, como si no comprendieran bien qué estaba pasando y pidieran, en silencio, una explicación.

Tal vez se haya atrevido a decirle que se sentía mal al hombre que estaba sentado con él, tal vez únicamente se haya desplomado. Enseguida lo estaban atendiendo los médicos y vi que las maniobras eran de resucitación. Nos miramos con el Flaco, mudos, empezando a comprender, resistiéndonos a creerlo.

El campeonato continuaba, pero era claro que seguía por una inercia voluntaria, como queriendo negar lo que estaba pasando a un costado, donde los médicos y los paramédicos se afanaban sobre el padre del Tonga. En el ambiente se respiraba la angustia general.

Por fin se lo llevaron hasta la ambulancia diciéndonos que estaba estabilizado y que iban hacia el sanatorio.

El desahogo cundió en un aplauso, que, más que alegría, irradiaba esperanza. No recuerdo bien cuánto tiempo más se siguió compitiendo, pero lo único que deseábamos era terminar. O, tal vez, quedarnos en el engaño de la acción, para no reflexionar, para olvidarnos.

Todo eso le relataba al Tonga en el pub irlandés. Y como si fuera un acuerdo tácito, seguí contándole afuera mientras nos pusimos a caminar, cruzando las Ramblas y metiéndonos en el Raval, que a esa hora estaba vacío y mustio. Ni siquiera recuerdo haber cruzado a alguna chica de la noche. Creo que era cerca de la Boquería.

Había terminado el torneo y yo estaba hablando de alguna cosa con un competidor de Río Cuarto cuando sonó el teléfono.

—No sé quién habrá sido, Tonga, pero me dijo enseguida que tu viejo estaba muerto. Yo sabía que iba a pasar. Yo lo sabía, Tonga. Y, sin embargo, no pude hacer nada. ¡Hasta tu hermana estaba de acuerdo! —le grité en ese momento. Entonces la bronca me llevó a patear de punta la cortina metálica que tenía al lado. Por suerte no sonó ninguna alarma ni había policías cerca, porque el ruido fue fuerte, tanto como el dolor en el metatarso.

El Tonga me vio hacerlo sin decir nada. Apenas, y des-

pués de un buen rato, fue él el que me preguntó:

—¿Está bien, sabum?

No estábamos bien ninguno de los dos, pero había sido una noche necesaria.

Lo cierto es que cuando lo observaba la última vez que estuve con él en Barcelona, comiendo un asado en casa de amigos, me pareció verlo más parecido que nunca a su padre. Es lógico, el Tonga se acerca a los cuarenta y al aspecto que se va a quedar con él por más tiempo, el de los años maduros. Porque es allí cuando empezamos a compartir los rasgos, el talante de nuestros progenitores del mismo sexo, cuando después del mediodía, la vida comienza a virar y emprende su largo atardecer.

A su padre no lo vi nunca reírse con la disposición llena del Tonga, con esa picardía, con esa astuta sagacidad. Tal vez lo haría, no lo sé. Pero así se reía el Tonga en ese asado. Y tiene motivos desde que comenzó la saga de final incierto que empezó como “segurata” en el sauna. Fue cuando más lo molestaba la policía, seguramente inducida por el horario, pero más por su vestimenta de guardaespaldas, que a él le agrada particularmente.

Allí la vio. En realidad, la veía cuando entraba o salía del sauna, porque él se quedaba cuidando la puerta e ingresaba esporádicamente. No creo que se haya dado cuenta enseguida de lo mucho que le gustaba. Es difícil tener consciencia de eso cuando se está en el ambiente donde los masajes, el sexo y la compañía se venden en combinación con el alcohol y la droga.

—Había de todos los gustos, y no sabe los gustos que tienen algunos. Allí trabajaba lo que se pueda imaginar, gordas lechonas hasta viejas decrépitas, no se puede creer —me dijo el Tonga—. Y las chicas ganan como cinco mil por mes, entre el trabajo, los regalitos y el uso de las tarjetas de crédito de los clientes que cogieron confianza. Hacen tarjetas mellizas y los limpian completos, les sa-

can todo lo que tienen en la cuenta. Viven en la mentira, sabum, y terminan quemadas. Andan con pilchas caras, con bolsos Vuitton que valen setecientos euros. Viven en la mentira. Y entonces empecé a salir con Ira. A mí no me cobraba nada, y yo me sentía Gardel. Nos veíamos dos o tres veces por semana, ¿me entiende? Y al final nos dimos cuenta de que nos gustaba pasar el tiempo juntos, además de follar, sabum.

—¿Iba todo bien, Tonga?

—Sí, iba todo bien. El problema fue cuando me tocó trabajar adentro, de barman. Vio que yo tengo conocimiento de cocina y de tragos, así que cuando echaron al anterior me mandaron a la barra. Ahí lo pasé remal, sabum.

—¿Por? ¿Qué pasó, Tonga?

—Y... porque la tenía que ver laburando con los tipos y me ponía como loco. Salía medio hecho mierda del sauna. Me remolestaba verla trabajando en vivo y en directo.

—¿Y qué hiciste, Tonga?

—Al principio nada, me la aguanté. Pero después no pude más y le dije que si nos poníamos de novios y yo no podía salir con otra, ella también tenía que hacer lo suyo y dejar el curro.

—¿Y valió la pena, Tonga?

Ira es rubia, de ojos azul claro, tiene algunas pecas. Delgada, sin ser muy alta, luce esbelta. Tiene cara y gesto de nena, como si lo que conoce todavía no la hubiera infectado irreversiblemente. Vino de Estonia con dieciocho, a trabajar con la hermana, que fue comprada antes, y no conocía otra cosa hasta que apareció el Tonga.

—La mujer de mis sueños. Mírela, sabum, rubia paya, blanquita y de ojos azules, hermosa —me dijo el Tonga en un pub de la Barceloneta entre beso y beso.

A mí me daba la impresión de que Ira no entendía nada. Ahora pienso un poco diferente.

Tal vez sea una obviedad aclarar que muchos de nuestros encuentros siguen siendo en cafeterías, res-

taurantes o pubs, pero necesito decirlo. Es lo que decidí cuando me pareció encontrar el modo de contar esta historia mientras corría cerca de los potreros, aspirando el aroma a hierbas y árboles que la primavera echa al aire en la tierra pampeana.

Y si me pongo a pensar en el Tonga, me es casi imposible no recordar su rostro de maorí, duro y cálido a la vez, munido de la sonrisa socarrona que enternecen sus ojos pillos.

Lo concreto es que en el asado del que les hablaba, Ira se acercó con una lata de cerveza y me dijo que los argentinos éramos muy simpáticos y muy caballeros, que ella sabía desde niña que iba a estar con uno porque había un teleteatro donde un personaje secundario era argentino, y le encantaba.

Yo lo interpreté como un permiso para hablar de ella en esta crónica. Porque ya habíamos conversado del asunto y vi su tristeza y su desamparo cuando se dio cuenta de que yo sabía su historia.

Un par de días antes del asado los fui a visitar. Yo me había puesto a mirar las fotos familiares del departamento de Glòries, y ella me señaló a cada uno de los suyos, en especial a su sobrinita, a la madre y a su hermana menor, que parecía una muchacha aniñada, con el gesto y la ropa de hace cincuenta años. No sé bien por qué se la veía diferente del resto de las mujeres que componían la familia de Ira.

Los visité para ver hasta dónde contaba la historia de ambos. Ira se había ido a la cocina a preparar una picada y cuando ella volvió, el Tonga le dijo que yo debía contar todo, que no había problema alguno, que ellos no habían hecho ningún mal, que la de ellos era una buena historia y que no había nada de qué arrepentirse, al contrario.

Solamente me pidió que no fuera explícito en lo que hacía el tío en Estonia con ella, pero que no me callara. Hasta aquí llego, entonces. Lo que leen es el relato de hechos que han ido ocurriendo en los últimos tiempos.

Me gusta así, con el realismo de sus hipérboles, con sus guiños, si cabe: hablamos del Tonga. Es claro que es una historia en progreso y que, por lo tanto, no tiene final. No sé si algún día la continuaré.

Por último y volviendo al asado en Barcelona, cuando Ira me trajo la cerveza con verdadera simpatía, me dijo que planeaban ir a la Argentina, pero más adelante, porque a fin de año viajarían a Estonia para ver a sus familiares. Se armó la mesa al modo nuestro, donde la efusión nos hace hablar a los gritos. El Tonga se sentó enfrente de mí y en algún momento, quizá fruto del vino, surgió, de nuevo, lo de su padre. Discurrimos un poco alrededor de ese asunto, de la fatalidad, y de mi dedo quebrado. De la impotencia, de la angustia. Entonces el Tonga clausuró el asunto:

—No se preocupe, sabum, mi viejo vivió y murió como quería. No hubiera soportado quedar inválido, no estaba en su naturaleza, bajo ningún aspecto. Mejor que se haya ido haciendo lo que más amaba. Mi viejo siempre hizo lo que quería. Vivió y murió como se le cantaba el orto. Y ahora viaja conmigo. No se preocupe, sabum.

Después pasamos a algún otro tema.

La mujer más linda del mundo y el heraldo azul

A Alejandro Rébola

Era la mina más linda del mundo. Te lo digo muy seriamente, Klem. Era la mina más linda del mundo.

Yo estaba en un boliche, había ido a tomar algo con un amigo que no tiene demasiada onda. Para colmo lo había dejado la novia. Un compañero del doctorado que vive aquí desde hace dos años, en la Rosario estadounidense. Es un boliche tipo pub, de los de aquí, ¿viste? Y había mucha gente. Estábamos en la barra y yo me había pedido una cerveza. Tenía un poco de ganas de beber. No daba para la Coca de siempre. Yo ya estaba pensando en irme, cuando la vi. Estaba cerca. Había un tipo entre medio. Primero no me di cuenta, creo que no quise darme cuenta. Viste cómo es cuando ya tenés decidido irte. Además estaba pasando por una época de sequía asumida. Era como si peregrinara por algún sendero de Atacama. Estaba para la baguala o para el ajenjo. Y se ve que sufría de ceguera parcial, a lo mejor por la deshidratación. Me sentía un personaje de Poe. Y mi amigo era igual al tipo de *El tonel de amontillado* un minuto después de despertarse detrás de la pared. No hacía más que hablarme del bulevar de

los sueños rotos y de lo perverso y desamorado que es Eros y de lo despiadadas que son las minas y del complejo de Edipo Rey y de la ceguera de Andrea Boccelli.

Pero eso era demasiado. Me terminé dando cuenta de quién estaba allí, detrás del rubio hamburguesa y familia que sonreía al lado mío, detrás de su acné y su virilidad bonachona y fascista.

Me pareció que la mina me miraba. Yo supuse que era porque le causaba curiosidad o lástima. No todas son despiadadas al principio. Hay una veta de compasión. A mí dijeron que la viuda negra vierte algunas lágrimas después de ingerir las partes en que seccionó a su amante latino. Quizás haya vislumbrado en mí ese fuego que vos me conocés, esa efusión de la que soy presa en cada glaciación.

Pero era verdad: la mina me miraba. Tenía el pelo casi blanco y larguísimo, la cascada del Ángel. Toda ella era la cascada del Ángel pero sin el Silbón ni el Pombero. Nariz muy recta, casi aguileña, chica pero con carácter, unos ojos verdes encendidos, una boca suave y un modo de moverse como si flotara. Era diferente, en serio. La cintura se la agarrabas entre el índice y el pulgar. Tenía una pollera tubo y un escote al que se asomaban unos pechos blancos, nada pretenciosos: unas tetas de verdad, de esas que si las tocás lo hacés con arrobo, igual que a una copa de brandy o de ponche, o semillón, una cosa así.

Aunque no me creas, la mina esperó a que el flaco se fuera y se acercó y nos pusimos a hablar. Era de ascendencia rusa y estaba haciendo su doctorado, como tantos aquí. Se dedica a la Química. Las manos eran chicas, muy blancas, y los dedos leves, no sé cómo se las arreglaban para sostener su vaso de Stella. Yo me pedí otra, que sabía que me iba a cuajar el estómago, pero qué iba a hacer. Pedí que me agregaran unos maníes para no incurrir en el tembladeral o en el síndrome de la lengua gorda, que alguna vez experimenté, eso sí, sin perder la consciencia de que me desempeñaba como un idiota inútil.

Quedamos en salir ese jueves para comer algo y, si daba, venir al bar por otra cerveza. Aunque yo estaba seguro de que iba a pedir Coca.

Y salimos a cenar.

Sí, a uno de los que voy normalmente. Bastante tranquilo. Todo iba bien en la cena. Yo estaba un poco nervioso pero todo parecía ir sobre ruedas. Estaba bastante nervioso. En realidad estaba nerviosísimo. No podía creer que todo fuera así. Alguna trampa había. Era, ¿cómo decirte?, como si en el baño, mientras estás defecando, te acechase una yarará. En un momento determinado dejó las manos sobre la mesa como para que se las agarrase. Me las dio, ¿entendés?, con ganas, con cariño. Y yo se las agarré nomás. Y después, así como si fuera natural, como si nos conociéramos de algún lado, no sé, de algún festival de doma y folklore, acercamos la cara para darnos un beso con la mesa entre medio. Y no fue un pico. Fue un beso bien puesto, bien seguro. Y ella fue la que me dijo que quería conocer mi casa. Ella, ¿me entendés? Yo estaba nerviosísimo. Me salía un sudor frío de las axilas. Temí que se correspondiese con algún hedor, pero felizmente creo que no pasó.

Así que después fuimos a mi casa. Le mostré dónde trabajaba, puse un poco de música de la computadora, algo de jazz, ¿viste?, pero desafortunadamente sonaba muy bajito. Te diría que no alcanzaba a sonar como hubiera sido menester. Yo simulé que siempre la escuchaba así, pero entiendo que sufrí algún tipo de déficit en mi credibilidad y buen nombre. Igual nos pusimos en condiciones de realizar comercio carnal. En realidad, más o menos.

Y hete ahí el problema.

Me falló el amigo.

Sí, me falló el amigo. Traté de convencerlo con algunos métodos remanidos, como el exceso de frotación o el aturdimiento global, pero estaba completamente ausente, sospechaba de algo.

Terrible, Klem, con la mina más linda del mundo y dando un espectáculo tristísimo. *Tristissimo* con doble ese, ¿me entendés? Me di cuenta de que la felicidad es para los galanes que andan en descapotables por Positano o Lanús Oeste. Y que un doctor en Física debe dedicarse a los cuantos de energía y a continuar su peregrinaje calcinándose al arrullo de las iguanas, como Tarragó Ross. ¿Sabés que me hubiera gustado llamarme Tarragó? ¿Vos qué decís?

Bueno, un desastre, la mina rebíen, me dijo lo de siempre, que no me preocupara, que me quedara tranquilo, que ya se me iba a pasar. ¿Te das cuenta? Quedamos en vernos de nuevo. Yo, en medio de la enajenación por que me fluyera un poco de sangre hacia el amigo, y dado el final que se avecinaba, implacable como una camoatí, ya me había anticipado y había pergeñado un plan. Así que le dije que nos viéramos en unos días porque tenía mucho trabajo en la universidad. Era claro que me tenía que hacer del químico para actuar sobre los melindres del choto, cómo decirte... sobre su animadversión a la exigencia.

Y le escribí a Corcho. Le dije que me mandara unas pastillas de Viagra por correo. Ese era el plan. Un par de pastillas por correo desde Argentina. Una jugada maestra. ¿Qué te parece? Aquí te enferman para comprarlas. Tenía que pedir turno al médico, convencerlo y llevarme la receta. Un castigo.

Corcho me dijo que me quedase tranquilo, que ensiguiera me las mandaba. Y me las mandó esa misma tarde. Calculé una semana pero por las dudas armé la cita para un par de días después y me mantuve en comunicación casi diaria con Irina.

Todo comenzaba a ordenarse. Los melones se acomodan en el camino, pensé, citando a Parménides. Y me dije que no debía pensar demasiado y que el diálogo con Irina iba a humanizar la relación y que iba a llegar a buen puerto y sin escorbuto, mientras rememoraba los despojos de Sebastián Elcano.

Pero cuando la miraba en el Facebook no podía creer que yo mantuviera un cortejo fúnebre con semejante mujer. Pero, insisto, toda parecía acomodarse. Hasta ese momento funesto. Hasta esa clausura irreversible del reflejo respiratorio, ese abandono de los dioses a mi hado tísico. Iban tres días desde el envío cuando decidí hacer una pasada por los diarios argentinos y veo en el titular de *La Nación*: “Huelga de los empleados de Correos por la privatización”. “El servicio está suspendido por tiempo indeterminado, se acumula la correspondencia sin repartir”. Sentí ganas de vomitar, de llorar. Fue una tormenta gástrica que se me abría paso hacia el esófago buscando verter sus desechos, algunos radioactivos, creo. Era la bilis. Me sentí indefenso, huérfano de padre y madre, una víctima de Coquena, te diría.

Me consolé pensando que la huelga había empezado tres días después del envío y que si la lógica me era propicia, mi ardid podría funcionar, porque el envío ya tendría que haber salido y haberse desenredado del mar de los Sargazos patrio. Y quizás yo me salvase de languidecer como un naufrago en un gomón.

Me dije que ya no había nada que hacer, que seguiría con el plan. Que el Hado hiciera su juego malparido. No había forma de posponer el encuentro ni un día más, porque Irina me iba a perder la paciencia y me iba despreciar, siguiendo su buen criterio.

Me levanté esa mañana con la angustia de no haber recibido nada pero con la certeza de que tanto desastre era improbable y que el recado llegaría a tiempo como el corredor de Maratón. Con lo justo pero a tiempo. A la hora del almuerzo me debatía entre hacerme el aristócrata fatalista o llorar desconsoladamente. No me salía ni una cosa ni la otra, sí fui víctima de una hiperhidrosis aguda que me hacía chorrear las manos y tirarme alternativamente al sofá o a la cama y revolverme como una musaraña.

Las cuatro de la tarde y nada.

Fui al baño a mirarme y vi que los colores de la vida se retiraban tras un dejo de cenizas y un último mirar enajenado. Era como si me estuviese derritiendo en frío pero de pie.

Perdí parcialmente el sentido del tiempo y del espacio sideral hasta que alrededor de las cinco sonó el timbre. Pensé en llamar a Greenwich, a ver si aún estaba en hora, pero recordé que el clima estaba brumoso y que ese observatorio tenía un alcance de unos trescientos metros hacia el firmamento, tal vez algo más hacia abajo, no iban a estar seguros del todo.

Era el correo, Klem. Sí, era el correo. Y Argentino. Qué país, Klem. Qué país, qué tierra pródiga en alegrías, en fraternidad, en paisajes, en delincuencia, en genéricos.

Y llegaron las azules, dos piedritas prietas, preciosas como lapislázuli, sólidas, conteniendo el principio activo que comenzaría con las reacciones en cadena, con la fisión que me pondría el choto como un martinete hidráulico, o no, quién sabe. Tan duro que se me iba a amoratar. Sentí un gran alivio y una tremenda tristeza. Todavía no entiendo bien por qué.

Cuando faltaba media hora para que llegara Irina me tomé una entera, y me guardé la restante por si acaso. Ahí me di cuenta de la tremenda mezquindad en la que se forjó mi genio. Me quedaba una sola pastilla. Y si todo resultaba como yo quería y fuese a necesitar muchas más tendría que recurrir a los erráticos servicios del Corcho, que estaría festejando mi triunfo a cuenta con alguna de sus *demi-mondaines* de la Chicago argentina.

Apenas entró Irina me lancé torvamente sobre ella queriendo apurar el trago, seguir la incierta ansia de poder cogérmela, de hacer uso de la caprichosa herramienta que tantas satisfacciones y disgustos puede causar. Fue algo forzado, una demostración atroz de mi inseguridad emparchada. Pero no llegó a adefesio. Y se me paró, se me

re paró, Klem. Como yo quería. Sentí una mutación en mi personalidad. Algo como un ensanchamiento de la personalidad y el paisaje circundante. Era un soldado americano. Stallone, el sargento Sanders, Fred Astaire, qué sé yo. Un experto en CrossFit y Krav Maga. Y lo hice. Lo hicimos. En realidad ella me acompañó, fue solidaria y hasta llegó a un orgasmo exiguo, algo inusual en un ruso, creo.

Siguió una tarde tranquila en que la conversación fue corriendo por carriles suaves, acompañada por el duende manso del vino, llegué a beber unos cien centímetros cúbicos, lo que hizo languidecer mi conversación, que se resumió en unas palabras apenas audibles, el balbuceo de una lengua muerta, te diría. Pensé que era hora de volver a ejercitar al amigo, que parecía haber comprendido el concepto de jerarquía. No reflexionaba como de costumbre, se limitaba a obedecer. No sé si era una farsa o era de verdad, jamás terminé de conocerlo, es una cuenta pendiente. Y lo hicimos de nuevo, eso sí, un poco más artificialmente que la primera vez, e Irina se negó a galopar por la estepa rusa, apenas se limitó a algún movimiento gentil, cómo decirte, a un acto de consideración a mi brío fraudulento.

Después se fue.

Sí, se fue. ¿Qué querés que hiciera?

Que se fue, te digo. Se puso las pilchas y salió rápido. Le dije si quería tomar algo y me dijo que no.

A San Petersburgo.

Sí, ¿qué es lo que no entendés? A San Petersburgo, a ver a Pedro el Grande o a Yuri Gagarin, creo.

Y sí, Klem. Sí, querido Klem, estoy conforme.

Claro, Klem, me di el gusto. Claro. Claro que no, Klem, o sí, quién sabe, porque todavía no volví a verla. Se fue a San Petersburgo para visitar a su familia y desde hace un mes no tengo noticias de ella. Hablamos una vez por teléfono y me dijo que se había reencontrado con un viejo amigo. Un cosaco simpático que conocía de la niñez. De buen comer carne cruda, me parece que me dijo.

Ahí tenés, Klem, la mujer más linda del mundo. Tendrías que haberla visto. Qué rasgos, Klem. Unos rasgos de los que mucho no me acuerdo pero eran impresionantes. Es así, Klem.

¿En qué ando?

Y... yo como siempre. Sigo recorriendo en colectivo el arduo camino hacia la universidad, donde me esperan los *teenagers* amigables como alacranes. Y bueno, Klem, es así. Ya vendrán tiempos mejores. No sé si va a volver. En todo caso ya no importa, creo. No todas son viudas negras. Además me queda una pastillita.

Travesura

Me estás volviendo loco, Carlitos, ¡me estás volviendo loco! Me hacés llamarte treinta veces por un negocito de setenta mil, setenta mil dólares. Antes venías y apenas mirabas los planos. Compraste departamentos sin siquiera conocerlos. Y los vendiste igual. ¿Qué te pasa, Carlitos? Pero te tengo que contar. Te tengo que contar algo. No sabés lo que me pasó. Dale, cebá mate vos.

Yo estaba en unos de esos días que me pasan dos veces por año. No tenía fuerza. No quería hacer nada. No tenía fuerza. No, te miento, sí quería hacer algo pero no sabía. Y me fui al supermercado. Al supermercado, ¿me entendés?

Iba mirando las góndolas para ver qué había y cargando el changuito con algunas cosas. Te digo que sacarlas de las góndolas me costaba mucho. Era como si las manos fueran a las góndolas y se me separaran del cuerpo. Iba mirando a cada lado para ver si algún producto me traía un poco de felicidad. Porque a veces algún producto te da felicidad. Viste que a mí me gustan las frutas para jugar con las chicas. Pero no pasé por la verdulería, quedaba lejos. Yo iba entre las góndolas. Te digo que me parece que tenía ganas de vomitar. Y ahí fue cuando la vi. Bah,

lo vi, un orto que me apuntaba. Un pan dulce, Carlitos. Un orto increíble. Siete puntos te diría. Y entonces espero a ver la cara que acompañaba al orto. Estaba buenísima, también. Buenísima. Bah, muy buena, un cuatro, viste. Promedio general, un siete, Carlitos. Por supuesto que la miré como para decirle gracias por ese orto.

Bueno, el asunto es que al final seguí por las gón-dolas y compré un vino y unos dátiles, los dátiles son una fruta muy buena. Para el desierto. Un vino y unos dátiles, no daba para más. Para mí son espantosos los dátiles. ¿Para vos?

Y me fui a hacer la cola de la caja y el orto se mete en la cola de la caja de al lado. La volví a mirar, pero ya me había resignado a irme. Salgo y cargo las cosas en el auto. Entonces, ¿viste?, miro por el retrovisor para dar marcha atrás y ahí estaba. Iba caminando detrás de la fila de autos. Metí la marcha atrás y arranqué con una acelerada. La frené en seco y me quedé mirándola. ¿Sabés lo que hizo la mina, Carlitos? ¿Sabés qué hizo, man? La mina sacó una tarjetita personal y me la dio. Así nomás, Carlitos. Me dio el teléfono, así nomás. Y se fue. Era un avión. Bah, no estaba tan buena. Un avión, loco.

Hasta anteayer, Carlitos. Anteayer fue el segundo día de los dos que me agarran por año. No tenía fuerza para entrar en la oficina. Las chicas me miraban desde adentro y yo no entraba. Bueno, al final entré y me encerré con unos mates. No podía levantar la tapa de la computadora. Y volví a pensar en ir al súper a comprar unos dátiles. Entonces me acordé. Saqué la tarjeta de la billetera y no lo podía creer. Vi que vivía a dos cuadras de la oficina. Me di cuenta que eso era mejor que ir al súper. No estaba mal salir un rato, ¿no es cierto? Sí, dije, voy a ver qué pasa. Entonces la llamo y enseguida mi amor de acá, mi amor de allá, bien de putón, ¿viste? Le digo de ir y me dice: “Qué suerte que me llamaste, porque pasado mañana me voy a Ibiza. Venite que te espero. Son dos mil”.

Y me fui, Carlitos, al departamento. “Hola, amor, ¿cómo estás?, qué suerte que viniste”, me dice. Y yo: “Hola, amor, ¿cómo estás?, qué suerte que vine”. Y esas cosas, ¿me entendés?

Y entonces me pregunta: “Gordo, ¿alguna vez estuviste con un trava?”.

Viste cómo soy yo, Carlitos, inocente. Yo soy inocente, Carlitos. Me puse medio nervioso y le dije que no. Le dije que nunca había estado. “Bueno, siempre hay una primera vez”, me contestó.

Y yo, ma sí, yo le doy para adelante. Me tenía que haber dado cuenta cuando me pidió las dos lucrecias, no podía ser solamente eso. Pero viste que yo soy inocente.

No sabés cómo la chupaba. Una máquina hermosa. Con la energía justa. Ni mucho ni poco, con un amor impresionante. No sabés cómo me puso. Una artista.

Le dije que si seguía me acababa. Y entonces me soltó, se dio vuelta y me dijo: “Metemelá”. Tenía una tanguita y vos no ves adelante. No ves nada, así que te encontrás con el culito solamente, que estaba muy bueno. Más que estar bueno lo mejor era cómo se movía. Hermoso cómo se movía ese culo, así que acabé con toda la furia. Hermoso, Carlitos.

Y la mina me dice que fue hermoso también para ella, que “Qué suerte que viniste porque me voy a Ibiza y después me quedo laburando en España”. Espectacular, Carlitos.

Y me fui, bah, me volví a la oficina como nuevo. Bah, medio para el orto.

¿Y a qué no sabés qué pasó al día siguiente? Eso es lo importante, digo yo. Esas son las cosas de la vida. Al día siguiente se vino a la inmobiliaria. No sabés cómo la miraron las chicas y Gerardito. Sobre todo Gerardito, que le gustan los yeguones, viste que pesa dieciséis kilos. Bueno, se vino a la oficina y con un paquetito. Con treinta mil dólares.

Y me los dejó. “Tomá, amor”, me dijo, “te dejo treinta mil para que señes uno de esos departamentos de un dormitorio que me dijiste. Yo sé que lo vas a hacer bien, sos un flor de tipo. ¿Viste que me voy mañana a la tarde? Bueno, vuelvo en tres meses, más o menos. Mandame un mail cuando salga algo”. Eso me dijo, Carlitos.

¿Entendés loco? Me trajo la guita. ¿Viste cómo son las cosas?

Patagonia nocturna

A M. D.

Ando bien, ahora. Pero me tengo que quedar en casa por las dudas. Fui para que me midieran la presión y me dejaron internado. Cada vez que venís me pasa lo mismo, termino en el hospital. Parece una joda. Me hace reír. Pero me largaron a las veinticuatro horas. Mirá cómo estoy para setenta y dos. Sí, setenta y dos. Pero no aflojo, aunque aquí en Quequén son medio boludos. No hay onda, por eso me las tengo que rebuscar con la compu. Me dijeron que no era una neumonía pero que tenía que tener cuidado, que me pasara una semana en casa, que no saliera. Viste cómo está el clima, hace frío. Me parece que me tengo que buscar una compañera, ¿vos qué pensás? Tengo una pero vive en Benito Juárez. Es una relación más virtual que otra cosa, me comunico por Skype, pero me parece que me hace falta alguien aquí. Para comprarme las cosas tengo que joder al vecino porque no puedo salir. Ese que viste a la entrada es el vecino. Buena gente, pero no me gusta joderlo.

Dominicanas, Juancho. Ahora me dedico a las dominicanas. A la mejor la conocí por internet. Me mandó una solicitud de amistad y yo la acepté, me pareció una

linda mujer. No teníamos amigos en común. Miento, sí teníamos, de la peluquería. Viste que yo voy a la peluquería de mujeres y me pongo a hablar al pedo con las clientas. Y de paso hago alguna relación. A veces les vendo algún libro de cocina o de ikebana, qué sé yo.

No me preguntés boludeces.

Bueno, teníamos una amiga en común: la dueña de la peluquería. Ella me dijo que conocía una mujer de las buenas para mí. No, la de internet no, otra. De aquí de Quequén. Una morocha, viste que son todas morochas, que era muy buena mujer. Dominicana, también, sí. A esa la vi personalmente. Muy linda mina, con esa cintura que tienen ellas, así de finita, mirá. Tiene unos cuarenta años. No sé qué voy a hacer. Algo hablamos pero todavía no pasa nada. Con la que sí entablamos una relación es con la del chat.

Esa, esa, la que conocí por Facebook.

La cuestión es que empezamos a chatear y nos hicimos buenos amigos: la mina me dijo que ella se dedicaba al trabajo, a atender a los hombres. Yo le dije que a mí su trabajo no me importaba, que yo iba por otro lado. Vos viste, yo no les pago, yo las trato bien, lo mío va por otro lado. Las minas valoran el buen trato. Yo tenía una que trabajaba en una whiskería de Tandil. Todavía somos muy amigos. No sabés cómo me atendían. Viste cómo es, estaban todos cuando yo llegaba: el chorro, el cafisho, el que pasaba quiniela, el que vendía falopa, estaban todos y no sabés cómo me atendían. Un whisky para Máximo, apenas llegaba. Me querían mucho. Sabían que era el novio de la mina. Yo me la pasaba viajando en esa época para vender los libros y los cosméticos.

En fin, seguí chateando con la mina pero en buenos términos. Ella me preguntaba por mi familia y yo también. Me dijo que quería conocer cómo era mi familia y al final me invitó a que la visitara. Vos viste cómo está en las fotos. Mirá, allí está. ¿Viste qué linda mina?

Yo acepté, no sé por qué, con esta no quería practicar el amor virtual.

¿Qué cómo es eso? Muy fácil, Juancho. Yo me tomo una media pastillita de Viagra. Con media soy un león, Juancho. No hay que pasarse con eso, viste que hay que cuidarse el *cuore*. Yo hice deporte toda mi vida pero la presión me jodió un poco. Ahora como sin sal, nada de sal. Y sigo haciendo ejercicio. Ahí, en la bicicleta estática. Bueno, te decía que me tomo media pastilla y se la muestro como un cañón por Skype. Está buenísimo. Y me toco igual que la mina, hasta que me hincho las pelotas y hago como que me acabo. En realidad no me acabo una mierda. Me pongo un poco de crema Nivea en la punta y le muestro cómo me quedó la verga. Viste que es igual.

Sí, sí, sí, una genialidad. Bueno, sigo con Amalia. Amalia se llama la mujer del Face. La cuestión es que me decidí a visitarla, Juancho. Es de Punta Arenas.

No pongás esa cara de boludo. De Punta Arenas, sí.

Sí, Punta Arenas, en Chile.

Sí, sí, en la loma de la mierda. Y me fui hasta allá.

Sí, sí, hasta Punta Arenas. Linda ciudad. No sabés cómo me atendió. Espectacular. Quería dejar de trabajar esa semana para atenderme a mí. Yo le dije que no, que atendiera lo suyo y que durante el día estábamos juntos. Le dije que el día era largo y que ella tenía que cuidar su trabajo. No sabés cómo me miraba la mina. Hasta acá vamos, veremos cómo sigue. Capaz que le digo que se venga hasta aquí.

Sí, Punta Arenas, boludo. La verdad es que lo pasé muy bien. Me dijo que quería conocer a mis hijos y que ella también, si a mí me parecía, podía venir aquí. Vamos a ver qué pasa.

Sí, sí, Juancho, me fui hasta Punta Arenas.

¿Eh? ¿Qué avión? No, no. Me fui en bondi.

¿Qué ponés esa cara?

Sí, en bondi, Juancho, ¿qué tiene? Sale de aquí y va hasta Río Gallegos, no es tanto, unas horas. Cuarenta horas más o menos y después de allí tomás otro hasta Punta Arenas. Vas tranquilo en el bondi. Coche cama. Es bastante rápido y te da tiempo. Total, ¿qué apuro hay?

Polaco

Mucha gente va a Venado Tuerto a comprar en el supermercado. No es como los de Rosario pero se respira esa atmósfera urbana, ese aire que no tenemos y que tanto se precia en el pueblo.

Era una mañana de julio y hacía un frío bárbaro. El Polaco lo vio a Petrelli tras una góndola y se quedó un instante contemplándolo con apacible afecto. También a su mujer, que andaba, ágil y capaz como toda mujer, entre las abundancias.

Petrelli revisaba la mercadería. Habrán de ser unas latas de atún, se dijo el Polaco. Porque Petrelli es un apasionado del atún en aceite. Bastaba con observar el redondo hechizo en sus ojos y el tiempo que se pasaba cotejando las diferentes marcas. Sabía que La Campagnola no tenía rival en el ambiente vernáculo y tanto el color marrón claro de su envase como la tersura de la superficie de la lata lo remitían al inconmensurable placer de la degustación anticipada y —hay que decirlo— a alguna sensación de sesgo erótico. Aun así, Petrelli no era un sensual.

El Polaco pensó cómo podía aprovecharse de la absor-ta disposición de Petrelli. Era grato percibir el perpetuo asombro en su cara de niño a pesar de que ya tiene hijas mayores. “Petrelli es exótico”, me dijo una vez, levantó la vista hacia algún punto de la oficina y se retiró a sus cavilaciones mientras hube de esperar sentado unos diez minutos para que me atendiese.

Aquella mañana el Polaco se alejó, se guareció tras una góndola y extrajo el celular del bolsillo de la camisa leñadora a cuadros.

—Hola, ¿Antonio?

—Sí, ¿quién habla?

—Yo, el Polaco. ¿Donde andás, Antonio?

—Ah, ¿qué hacés, Polaco? En Venado.

—¿En Venado? Uy, la puta.

—¿Qué pasa, che?

—Mirá, Antonio, estoy enfrente de tu casa porque iba de Menna.

—¿Y qué pasa, che?

—Decime, Antonio, ¿vos dejaste algo encendido adentro?

Petrelli se envaró sin levantar la cabeza y se lanzó a caminar en ida y vuelta.

—Uy, la puta, ¡Dios mío! Sí, dejé la estufa del living prendida. ¿Qué carajo pasa?

—Sale una humareda tremenda, che.

Petrelli se llevó una mano a la cabeza. Pero tiene válvula de seguridad, se dijo, sin entender bien a qué se refería.

—Sale humo por las ventanas, Antonio.

—¡La concha de su madre, se incendia la casa!

—Decime qué hago, Antonio.

—Llamá a los bomberos. Llamalos ya, que se me incendia la casa.

—¿Vos te acordás del número?

—Noooo, ¡qué sé yo! ¡Andá a buscarlos, Polaco! —dijo Petrelli, zapateando con el pie derecho.

—¿Hay alguien que tenga una llave para entrar?

—Mi suegra, pero está cuidando la perra Pura que está parida. ¡Polaco, andá a buscar a los bomberos!

—¿Hay alguien adentro?

—¡El loro, la puta madre! Se va a carbonizar.

—Estarán de guardia los bomberos, ¿no?

—¡Qué sé yo! ¡Dale, Polaco, andá a buscarlos urgente que no me va a quedar nada!

—Bueno, bueno. Ya voy, ya voy. ¡Voy ya! —gritó con la voz quebrada y arrastrando la a, mientras pasaba, celular al oído, corriendo delante del espasmódico Petrelli.

“Hermosa la cara de Petrelli cuando pasé a toda velocidad con el celular en la oreja”, me decía el Polaco en la oficina de Agricultores Federados, mientras terminaba de relatarme la anécdota de la que seguramente Petrelli no se va a olvidar nunca.

¿Por qué el Polaco llegó a ser como es ahora? ¿Qué fue lo que lo hizo tomar el camino que recorre? No sé si algún día llegaré a saberlo. Estoy seguro de que la resignación pueblerina a la extrañeza no va a ayudarme a develar ese misterio.

Cursamos los últimos dos años de la secundaria juntos pero no éramos tan próximos como ahora. Hubo que esperar a que yo hubiese terminado el liceo para mi alivio —aun siendo el mejor alumno del curso— y me abrierá camino al cielo, empezando a hacer el curso de piloto comercial en el aeroclub. Nunca imaginé que terminaría realizando este trabajo. Me gusta el aire, volar alto y bajo alternativamente, peinar los campos, el torbellino sobre las hojas, el equívoco y enervante aroma de los pesticidas y los ingenios del Polaco en la oficina.

No es fácil relacionar a aquel chico delgadito y grácil, de cabellos ensortijados de querubín, casi blancos, con el hombre que me ha esperado con una víbora muerta en el cajón para arrojármela sobre el escritorio.

Tengo que identificarlo en la foto del viaje de estudios para confirmar cómo era.

El Polaco colgó la panorámica donde estábamos todos detrás de sí, en su oficina de Agricultores Federados. Allí está, serio y distante, con algo de femenino, apenas salido de niño. A las chicas les encantaba su condición de hombre-juguete y él se dejaba llevar por lo que le tocaba en suerte. Las chicas parecían gigantes al lado de él, hechas para engullirlo, para revelarles los secretos de Eros y pasarse el cachorro unas a otras en una asimétrica orgía.

Para mí es imposible no asociar a ese Polaco angelical de la escuela secundaria con el asunto de Ursic. Lo de Ursic había desorientado a todo el mundo. Todavía puedo representarme el espanto en la cara de la Corbella. Se lo hice contar de nuevo ese día en la oficina. Volvió a escandalizarse.

—Habrás visto, a qué punto se llegaba —dijo el Polaco con gesto de resignación.

Yo cada tanto miraba la foto y escrutaba en la impresión que me causaba. Era como si el Polaco hubiera venido de otro pueblo, de algún lugar lejano. Parecía extranjero, no solo por el pelo casi blanco y finísimo, y por los huesos delicados, sino por cierta dificultad para adaptarse a las costumbres del curso. Por eso se mantenía silencioso.

No entendía —ahora sí— cómo enlazar el silencio del Polaco, su etéreo empaque, con la compañía de Ursic, un gigantesco y balcánico fascista cuyo utensilio predilecto era la maza. A Ursic es mejor recordarlo en tiempos del colegio, no se ha hecho querer con el paso del tiempo.

Cada vez que el sonriente Ursic llegaba del recreo le daba una palmada, tan socarrona como brutal, a la desvalida espalda del Polaco, levantando polvo del paño azul, y enseguida se refocilaba desplomando sus noventa kilos sobre el banquito.

—¿Te acordás de cómo se sentaba Ursic? —me preguntó el Polaco.

Él, mirando hacia adelante, se tomaba del pupitre con las dos manos para controlar el salto que sobrevénía por reacción.

El curso se enfurecía sordamente. A él parecía no molestarle en absoluto. Hacía dos años que compartían el banco, habían cimentado una relación armónica y duradera.

En esa época estaban construyendo el gimnasio. Yo también vi la tabla. Era de cuarenta por cuarenta más o menos, con cuatro hileras de clavos. Eran dieciséis, estoy seguro, que la habían traspasado y sobresalían unos dos centímetros. Se mantenían derechos, no se daban por vencidos. Ruines y enmohecidos, volvían a ser clavos.

Nadie notó nada.

Cuando sonó la campana, el vándalo hizo irrumpir su humanidad en el aula y, con ancho paso, fue hacia el banco. Azotó la tenue espalda y se hundió con desprecio.

Según decía el Polaco, hubo ese instante de estupefacción que precede a la consciencia.

—Para mí duró media hora —me dijo el Polaco, Ursic no era un tipo sensible.

—¿Fuiste vos? —alcanzó a preguntar Ursic con voz contenida, todavía.

—¿Qué cosa? —le respondió el Polaco.

Después vino aquello. El alarido de Polifemo que galvanizó la clase y que todo el mundo recuerda junto al incendio de los silos de la cooperativa.

Ursic se dio la vuelta, le mostró el culo a la Corbella y siguió gritando con la madera clavada. Tengo grabado el espanto en la cara de la Corbella, pobre, no daba para disgustos.

—¡Asesino, esto es de un asesino! —gritó Valeria.

—¡Se va a agarrar el tétano! —aulló Lorenza.

—¡Asesino, asesino! —continuó Valeria.

Varios le hicieron coro, y hubo quienes no prestaron mayor atención.

—Vamos a llamar a la salita —alcanzó a balbucear la Corbella.

—Hay que darle anestesia —se escuchó atinar desde el fondo del salón.

El jueves, en la oficina, el Polaco me hizo acordar de que le corrían hilos de sangre desde las clavaduras y que él tenía para sí que Ursic no se sacaba la madera del culo para realzar el efecto. Al final se la arrancó de un tirón con un graznido y se dejó caer sobre el pupitre boca abajo.

—Felizmente no se clavó los genitales, hubiera sido una desgracia —me dijo.

Ya se habían llevado la camilla con el oso panza abajo, cuando vino el cura. Nadie se hacía cargo del acto de barbarie. Sabíamos que el Polaco no podía ser. Era el compañero de banco. Alguien había actuado como vengador.

—Debe haber sido de otro curso —dijo el Torta, pero el cura no le creyó. Enseguida nos comunicó que había decidido suspender el viaje de estudios a Bariloche hasta que apareciera el culpable.

Si el cura decía que el viaje estaba suspendido era que estaba suspendido, y frente a la posibilidad cierta de no viajar hubo un revuelo que duró unos dos meses. Dos meses donde tuvo lugar una exhaustiva investigación para dar con el autor del atentado (así le decíamos, eran los tiempos de los milicos).

Yo participé de varias reuniones en la casa de Norma Pandol, y en la del Torta Ianni, pero no hubo resultados positivos.

Al Polaco se lo veía indignado y acompañaba a Ursic a donde fuera. En realidad se había constituido una comisión de cuatro o cinco que estaba empeñada en esclarecer el hecho. El Torta había puesto a su disposición el Torino del viejo. El Torino iba de un lado a otro con

la comisión investigadora, avalada por el cura y los profesores. Era un Grand Routier marrón claro medio preparado por Balduzzi. Una máquina. Se lo veía pasar por el pueblo y me acuerdo del Polaco sentado en medio del asiento trasero, un poco hundido entre dos compañeros más corpulentos (él era más bien bajito), con su melena rubia y su actitud adusta. Participaba activamente de la búsqueda, la conducía, más bien, con la aplicación y la seriedad que le conocíamos. Hablaba muy poco. Yo apenas le escuché susurrar en un soplo de convicción: “Esto no va a quedar así, nadie nos va a cagar el viaje, tenemos que encontrarlo”.

Los acompañé varias veces y ese día el Polaco estaba empeñado en que fuéramos a la casa de la Ñata Gabelich porque él sospechaba que podía ser una mujer. En verdad Ursic no se había ganado el favor de las chicas. En los asados cuyo objetivo era juntar dinero para el viaje tenía la costumbre de embriagarse y estirar el cuello hacia delante para eructar con extraordinaria presión cuando pasaban ellas. “Disculpen pero tengo gases”, les decía.

—Para mí que fue la gorda Saucedo —concluyó el Polaco—. Esa gorda hija de puta y la Landaburu te odian, Mirko.

—Vamos a preguntarle a Marité, que es amiga y a lo mejor nos dice.

Marité nos adoraba, nos lo hubiese dicho, pero era claro que no sabía nada.

—¿No lo habrá puesto alguien por equivocación? —se llegó a preguntar Ursic en voz alta y con gesto indefinido.

Durante las clases observaba inquisitivamente a la gorda Saucedo. El Polaco pudo verla sonreír cuando Ursic se dio vuelta.

—La Gorda se caga de la risa, Mirko.

Pero Ursic estaba ausente. A Ursic ya no lo embargaba el furor, su capacidad de evocación era brumosa.

Además la Gorda cantaba en la misa y el cura la quería.

El Polaco y Ursic casi no se separaban. Estábamos seguros de que el Polaco iba a descubrir al culpable.

El jueves pasado me decía que él estaba plenamente comprometido con el curso de la pesquisa y de algún modo se sentía un héroe. Sabía que era el cerebro y quería cumplir al máximo. No podía resistirse al suspenso.

—Hay películas en que pasa lo mismo —me dijo.

Nos dimos cuenta de que era necesario congraciarse con el cura y empezamos a asistir asiduamente a cuanta ceremonia religiosa se llevara a cabo, incluso a los entierros. Fue un acercamiento a la espiritualidad y a la conciencia de lo fútil y azaroso de la vida. Pero el cura no nos creía un carajo. Nos miraba de reojo a la salida del templo cuando encendía su cigarrillo en el jardín de entrada.

Nuestro coqueteo con el cura y con la Perca que juntaba la limosna llegó a tal punto que todos nos confesábamos, hasta Luraschi, que era bonachón pero no podía parar de cometer pecados mortales. Luraschi me quería mucho y conmigo era sincero. Yo le pregunté si de verdad le confesaba sus pecados al cura. Medía un metro noventa y se había acostado con la mitad de las chicas.

—Vos estás en pedo —me contestó—. Le invento un par, así me da unos avemarías de penitencia y puedo comulgar todos los domingos, como corresponde.

—Ese fue el principio del fin —me dijo el Polaco con resignación.

—¿Por qué, Polaco?

—Porque yo sentí algo, ¿viste?

—¿Qué sentiste, Polaco?

—Y... algo de los valores, de la virtud.

—¿Y entonces?

—Yo me sentía bien cuando rezaba. Me encanta rezar. Me encanta cantar en misa, yo cierro los ojos y canto con

todas mis fuerzas. “Oh buen Jesúuuuus, yo creo firmemeeeeeente” —entonó el Polaco detrás de su escritorio. Me gusta ser un tipo correcto, ¿entendés? Yo estaba indignado, ¿me entendés?, estaba indignado por lo que le habían hecho al pobre Mirko. Yo descubrí quién había sido.

—Pero no te entiendo.

—Nunca me gustaron los soplones. Errar es humano, perdonar es divino. Le encontré la solución al intrínqulis —me dijo.

—¿Qué solución?

—La solución para sentirme bien conmigo mismo sin ser un soplón.

—¿Cuál?

—Confesarme.

—Pero así se enteraba el cura.

—Ah, pero no podía hacer nada porque era secreto de confesión. El secreto de confesión es sagrado y no se puede violar. Además me pareció que me iba a comprender por la misericordia del Señor.

—Andá a la concha de tu madre, Polaco.

—No, te juro, yo decidí confesarme y arrancarme la angustia que tenía en el pecho.

—¿Dónde?

—Acá, ¿me entendés?, acá, en medio del pecho. Era como si tuviera un fuego.

—Sería una inflamación, pelotudo.

—No, era la angustia de que Ursic se enterara y se desencadenara una tragedia.

—¿Fue cuando dejaste la búsqueda?

—No.

—¿Cómo que no?

—No, a mí me gustaba la investigación. Es un proceso atrapante.

—Pero te confesaste.

—¿Cómo? ¿No te acordás?

—No, no me acuerdo. ¿Te confesaste o no?

—Sí, me confesé.

—¿Y?

—No.

—¿Cómo que no?

—El problema fue la penitencia. La penitencia, loco. La penitencia es como el secreto de confesión. A la penitencia hay que cumplirla sí o sí porque si no te vas al infierno.

—¿Y qué pasó? No te entiendo.

—Traté de no irme al infierno. ¿Pero de veras que no te acordás?

—No, bueno, más o menos, haceme acordar, dale que me gusta.

—El cura me hizo bosta —me dijo el Polaco asintiendo resignadamente con la cabeza mientras le daba una chupada al mate.

El tiempo hace sus artesanías con los recuerdos. Tengo una imagen de la asamblea general a la que convocó el cura para tratar el asunto del atentado. Fue en el salón de actos que, como suele suceder con la ley del almanaque, ahora no es tan grande ni tan viejo. Estábamos los alumnos y algunos padres a quienes el cura les pidió que se retirasen.

—Señores, he convocado a esta reunión porque desde hace más de dos meses que queremos hallar al autor de una falta muy grave que puso en riesgo la reputación de nuestra escuela así como la existencia de un compañero. Lamentablemente el grupo donde se produjo ese salvaje acto no merece ni tiene la sensatez suficiente para realizar un viaje de estudios a nuestro Sur, bendecido por la belleza que emana del señor, nuestro Dios, y de la Virgen Santísima. Se ha llevado a cabo una investigación que no ha rendido ningún fruto. Sin embargo a veces el camino más breve es el mejor. Quiero recordarles que siempre

hay tiempo para arrepentirnos de nuestras culpas porque Dios, en las indescifrables artes de su piedad, habrá de perdonarnos, siempre que sepamos ser sinceros.

El ánimo era densamente brumoso en aquel salón. Debía haber niebla, era junio. La tensión presagiaba el desenlace. El cura siguió:

—Recordemos al buen ladrón que después de una vida de crímenes y degeneraciones se arrepintió junto a la cruz de Cristo y por eso Dios lo arrancó vivo y se lo llevó al cielo esa misma tarde. En cambio al otro ratero, que había cometido algunas fechorías y hurtos menores, por no disculparse lo dejó clavado hasta la muerte y encima después fue a consumirse entre las incandescencias del inframundo. Evitemos el mal y seamos gratos a los ojos de Dios, que está en todas partes y todo lo sabe.

—El cura me hizo bosta la cabeza. Me había dado por penitencia revelar quién había sido para perdonarme. Fueron momentos de incertidumbre, de sentirme un traidor, no sé, de acidez. No sabía cómo proceder. En realidad más que en Dios pensaba qué iría a hacer Ursic cuando se enterase. Y también en los demás compañeros. Yo era un tipo de convicciones. Me gustaba estar en el lugar y en el momento exactos para ver qué iba a pasar —me decía el Polaco el jueves—. No quería revelar un carajo, ¿me entendés?, y el cura tenía que guardar el secreto de confesión, pero me la puso.

—Voy a pedirle al autor del hecho que en nombre de Jehová, de la reputación de nuestra escuela y de su propia salvación nos revele su identidad.

El cura, al que le entendíamos algunas cosas, exhibía el sosiego del despiadado, emulando a Nuestro Señor, y contemplaba la clase. Después elevó los ojos al cielo, y esperó.

—En nombre de Dios y de mí, su siervo, le pido al autor del atentado que se revele, y el curso tendrá su viaje de estudios.

Como una emanación, se elevó la magra figura del Polaco envuelta en una aureola. Estábamos en la antesala de un milagro.

Levantó los brazos y el descarnado pecho para quedarse en éxtasis.

—No se escuchaba ni el zumbido de una mosca. ¿Te acordás, Polaco?

—En realidad es lógico, porque era invierno —me contestó.

—¡Fui yo! ¡Fui yo! ¡Fui yo! ¡Fui yo! ¿Por qué, Señor Jesús? —el Polaco tenía los brazos en cruz y la cabeza hacia el cielo.

Después nos miró:

—Ahora... ahora todos podrán ir a Bariloche, queridos compañeros.

Los alumnos empezaron a movilizarse hacia el Polaco, que parecía entregado a su sino.

—¡Po-la-co, Po-la-co! —empezó a oírse como una plegaria que venía desde abajo, porque lo que el árbol tiene de florido, vive de lo que tiene sepultado. Fue un filtro embriagador que se apoderó de todos y el coro se hizo cargo de nuestras voces—: ¡Po-la-co!, ¡Po-la-co!

Entre lágrimas, Ursic empezó a balbucir como una letanía:

—¡Vamos, vamos, el Polaco,/ vamos, vamos, a viajar,/ que esta barra quilombero,/ no te deja, no te deja de alentar!

—¿Te acordás cómo me alentaban?

—Sí, me acuerdo, espectacular. Todos te alentaban, eras el ídolo.

—El cura seguía con los brazos abiertos, tratando de traducir al latín las estrofas del estribillo. ¿No te acordás?

—Sí, me acuerdo. Para mí que era para ahuyentar cualquier presunción de paganismo.

—Sí, era medio ladino el cura, pero nos cuidaba.

—¡Qué recuerdos, Polaco! Mirate ahí, en esa época. Parece mentira. Qué sabandija.

—Del Bosque de Arrayanes es la foto que te pasás mirando. Vos hablás de mí, pero ¿te fijaste la cara de loco que tenías, Rulo?

Occhi neri

Rocco Bellati se miraba al espejo.

Pensaba en la cita en Saint Jean de Cap Ferrat, cuando se había sentado al sol del mediodía acompañado de una mujer morena de ojos negrísimos a la que no doblaba en edad. Ella se estaría acercando a los cuarenta y se veía muy juvenil. Pero a Rocco lo consolaba que, en un resplandor provocado por los faroles de la calle durante la noche anterior, le había notado un grupo de arruguitas convergentes en la comisura del ojo que le daban un aire más maduro y, tal vez, más sufrido. Sin embargo, era muy bella esa noche, cuando le relataba que estaba caminando mal y que por eso se había caído al suelo.

—¿Me entendés? —le había preguntado—. No estoy caminando bien, de eso me doy cuenta, y por eso mismo me caí al suelo. Ni siquiera puse las manos para amortiguar el golpe y me lastimé. Necesito andar derecha. Hacer lo que tengo que hacer.

Rocco no notaba ninguna herida en la mujer, que usaba su abundante pelo negro sobre la frente y que lo miraba con sus ojos grandes, muy abiertos.

—¿Qué tenés que hacer?

Ella esbozó una sonrisa enigmática y benigna:

—Tengo miedo de lo que tengo que hacer —dijo.

Él se había detenido unas dos veces en su boca generosa y debió reprimir las ganas de besarla. Fue ella quien esa misma noche lo besó, también con besos generosos pero no muy largos.

Él creía que había mantenido los ojos abiertos, como solía, tratando de controlar la escena y, en todo caso, de iniciar el ritual que podía terminar en su dormitorio. Recelaba de no haberse tomado la pastilla de sildenafil, que le aseguraba un buen rendimiento en la cama y solía dejarlo tranquilo. Pero no lo estaba. Nada lo había despistado más que esos dos besos. Porque habían sido dos, con seguridad.

Esa noche durmió, las tres primeras horas seguidas, el sueño del olvido, para despertarse después con la sensación de levedad y nervios que, sabía, le impediría seguir durmiendo. Ni siquiera su recurso de apelar a la respiración, como había aprendido en sus cursos de meditación trascendental, podría lograr sacarlo de la vigilia que se le presentaba inexorable, como la pastilla que se iba a tomar la noche siguiente para lograr que su organismo se repusiera.

¿Quién era esa mujer que lo había sacado de su doméstica paz melancólica y lo había dejado tan desorientado? No recordaba una sensación parecida. Tal vez cuando, en uno de sus cruceros por los fiordos de Noruega, tuvo que separarse de la muchacha que le alegraba las tardes en popa mientras contemplaban los delfines jugando en la estela del barco, austero al modo soviético. La muchacha húngara había elegido un peruano para suplantarlo. Un raro espécimen peruano, muy alto, elegante, de pelo negrísimo y brillante pero ondulado, con ojos chispeantes, como el escritor Vargas Llosa en sus años mozos. En realidad era Vargas Llosa y por eso aquella chica, cuyo

abandono lo llevó a recurrir a los servicios de una terapeuta por un mes, se fue con él, ya antes de desembarcar, provocándole la misma sensación de estar en vilo que lo molestaba ahora.

Esto era igual. Se centraba en la parte alta del pecho, en el fondo de la garganta, y el aire entraba frío provocándole un desasosiego general que lo hacía temer por su salud. Tenía que dormir y, si bien no le gustaba, iba a tomar las píldoras de clonazepam que hiciesen falta para aplacar la ansiedad que le lamía el espíritu como la lengua de un vampiro.

Pensó en vampiros mientras se miraba al espejo. Debo parecerme bastante a uno, se dijo.

Para verse con esa mujer de ojos negros al mediodía siguiente a su primera cita nocturna se había echado una fragancia muy fresca de Givenchy, ideal para el encuentro diurno, acompañado con un trago liviano, bajo la fresca brisa del pequeño cabo elegante y formal, con sus casas de tejas, sus pinos y sus cipreses.

Ahora ya debo estar oliendo a muerto, a formaldehído, se dijo, aunque no sabía a ciencia cierta de qué sustancia se trataba. Se miraba con ojos fríos, hostiles, sin convicción. Tal vez con algo de ternura solapada, acostumbrado, como estaba, a comprender la debilidad humana, en especial la ajena.

Recordaba con cierto desprecio que se había tomado un Martini con un par de aceitunas. Le parecía que era lo ideal para un mediodía mediterráneo frente a una mujer. No podía ocultarle su estado, pero la solvencia del Martini le daba cierta seguridad aunque no le gustara mucho, menos al mediodía. Un jugo hubiera sido algo horrible.

La noche anterior a ese mediodía, en su primera cita, la había llevado a la *brasserie* de Jacques, que tenía una vista hermosa sobre la playa y el puerto. Había manejado su Renault descapotable color crema como su chaqueta, con un andar en el límite de la efusión, pero calmo al fin. Conducía así desde hacía muchos años, cuando lo habían acometido las primeras depresiones provocadas por el asedio de la vejez y quería impresionar a sus ocasionales con su elegancia contenida y un salvaje, inusitado y ficticio reservorio de fuerza.

Se había detenido a comprarle unas pastillas de miel que ella le había pedido y cuando volvían ella quiso dejarle algunas para el viaje de vuelta.

Rocco se sentía raro, tironeado por dos fuerzas opuestas: la de quedarse con ella sin ningún objeto, sólo por el mero hecho de estar a su lado para siempre, o retirarse a la soledad de su casa solariega para comenzar la mañana abocándose a sus rosas y a disputar con Griselda, la española de un metro ochenta y cinco de estatura y noventa y cinco kilogramos de peso que se ocupaba de la casa y de su guardarropa.

¿Qué tenía esta mujer que no lo besaría —de eso se daba cuenta— como la noche de su primera cita? ¿Qué había en sus ojos negros y brillantes como dos carbones mojados? ¿Por qué esa desesperación de no saber bien a qué atenerse?, se demandaba Rocco.

Hablé como un grabador, pensaba frente al espejo, y esta mujer no hizo más que tenerme paciencia y escuchar el aburrido decálogo del seductor fané. Sin embargo, me tomó de las manos al final. Fue entonces cuando sonó el móvil y la pantalla intermitente y chillona, como la luz de los autos de la policía, exhibió despiadada el nombre de Lililí.

—Debe ser la alarma de mi casa —alcanzó a decir Rocco, pero ese mediodía ella ya se bajaba presurosa del auto, huyendo.

Rocco, bastante inmune a los celos femeninos, normalmente no se hubiera preocupado por la situación. Esta vez sí. Y, en verdad, se sintió muy mal.

La ley del péndulo, se dijo frente al espejo. Todo vuelve, continuó con alguna intención de disciplinarse, como le habían enseñado los monjes benedictinos cuando era monaguillo en su pueblo. *Chirichetto*, repitió en ese italiano hilarante que ya casi no utilizaba. Un buen nombre para un pollito, razonó.

Rocco, ensayando no ser agobiante, le había preguntado si le interesaba estar con él.

—Sí, pero por diferentes razones que vos, ¿me entendés?
Rocco no había querido entender.

—¿Por qué se mira tanto al espejo? —inquirió Griselda desde la cocina amplísima que se conectaba con el salón a través de una puerta doble.

—Estoy tratando de entender —contestó Rocco, que escuchaba cómo Griselda cargaba el *freezer* con lo que había traído del mercado—. Dejalo abierto, agregó.

—¿Para qué?

—Porque voy a dormir un rato adentro —le dijo Rocco.

—¡Ahhh, Virgen Santísima! Usted siempre hace lo mismo, algún día me va a matar de un infarto.

Hacía dos días que Rocco le había dejado el cadáver fresco de una rata en el balde que Griselda solía usar para limpiar los pisos. Sintió el chillido de la mujer y entonces fue hasta donde estaba ella, que no podía hablar en medio de sus jadeos. “¿Qué pasó?”, le preguntó Rocco. Los ojos azules de Griselda parecían pugnar por salirse de las órbitas. Rocco le dio un abrazo.

—Decime, Griselda, ¿para vos yo tengo olor a formaldeído? —preguntó Rocco frente a su espejo.

—No sé lo que es eso, pero si no le aireo el dormitorio todos los días, es complicado entrar.

—¿Qué me querés decir, Griselda?

—Y... vio cómo son los hombres. ¿Y por qué no me avisó la otra mañana cuando entré en su dormitorio y me la encontré a esa Lililí? Yo cuando lo vi con las rosas tan temprano creí que usted había dormido solo. Casi me da un infarto. Pero parece simpática Lililí.

—Sí, pero a mí me va a provocar un infarto ella. Es una leona en la cama —le dijo Rocco mientras la buscaba con la mirada para ver la sonrisa cómplice de Griselda, que probablemente tuviera la capacidad de fagocitarse sexualmente a su marido.

—Sí, al final usted es como yo —dijo Griselda con picardía.

—Decime, Griselda, ¿a vos te molestaría sacar mi cadáver del dormitorio?

—¡Ay, qué dice! —exclamó Griselda.

Rocco continuó mirándose unos minutos más al espejo. Había leído en un libro del francés de moda que en Zurich estaba la Clínica Dignitas, donde por unos mil quinientos euros se podía conseguir una partida inmediata. Se observaba con ironía, con sorna incluso, al evocar sus sostenido derrotero de dandi mediterráneo. Hasta el anillo de oro que llevaba en su meñique le producía cierta gracia, aunque era mejor que esos que usaban en el pulgar los analfabetos actuales, pensó. Pero no había alegría en Rocco. Hasta la paz de los últimos años, en los que había permutado el amor apasionado por una suerte de tránsito amable con las mujeres, parecía haber desaparecido por completo.

Están esos malditos ojos negros, pensó. Eso, los ojos negros. Siempre creyó que eran una fantasía, que no existían y que, como tantas cosas, formaban parte de las ilusiones de la poesía, como el Danubio azul. Pero esos dos eran negros de verdad. Y se habían acercado lo suficiente como para besarlos. Tal vez se habían

cerrado en ese acto. Cómo no lo sabía, cómo puede ser, reflexionó. Era evidente que él también había cerrado los suyos.

Estoy entrando en los meandros de la depresión, en las ciénagas de la invalidez, pensó. En verdad, el espejo le devolvía un rostro donde habían trabajado los años. Rocco, que medía un metro y setenta y ocho centímetros, era más bien delgado; tenía arrugas gruesas en la frente y alrededor de la boca. Se le notaban los esfuerzos del alma, pero también cierto gusto de vivir propio de la Campania. Era de Sorrento y se había hecho en la luz, las uvas y el dinero obtenido de desfondar a los soldados americanos cuando era un niño y los llevaba a los dos prostíbulos para los que ofrecía sus servicios. Rocco sonrió por el heroísmo de aquella pequeña venganza de niño peninsular contra la potencia de los americanos y, aunque se llevaba apenas unas liras, se sentía un patriota.

Así aprendió a hacer negocios. Ya a los veinte años se había acomodado con la venta de autos traídos de Alemania; después continuó con la de los terrenos frente al mar en España, a los que ya no le gustaba ir, invadidos como estaban por el cemento y sus esterilidades. Desde hacía más de treinta años operaba con una casa de Bruselas dedicada a los diamantes. Sabía del negocio y entendía claramente que para que fuera duradero, nadie se debía beneficiar demasiado. No había quien le discutiera sus cotizaciones.

En su Villefranche, por suerte, se mantenían las casas de antaño, los pequeños bares, y aun alguna remera rayada en los marineros del puertito. No era como Saint Jean de Cap Ferrat que, en cambio, tenía un gran espacio para las lanchas, los cruceros y las embarcaciones a vela de todo tipo. Incluso los edificios de pocos pisos abigarrados, y del color del tiempo benigno, le daban a Villefranche sur Mer un airecito amable y verdadero.

Rocco aspiró la atmósfera diáfana del Mediterráneo que entraba por los grandes ventanales y todavía siguió un rato más frente al espejo. Vestía su ambo de lino color crema como su descapotable, mocasines de color habano y una camisa color rosa suave.

Estaba pensando que le era casi imposible una vida que no fuese la que siempre había llevado, cuando entró su amigo Robert.

—Estoy enamorado, Robert, ¿entendés? Es amor a primera vista y es la primera vez que me pasa. No tiene pupila, ese el problema. Si no tiene pupila es porque tampoco tiene iris y ese es el problema, que no tengo la menor idea de lo que le pasa. Pero me quiero ir con ella. ¿Vos qué opinás?

Robert lo observaba en silencio. Eran amigos desde la adolescencia, cuando Rocco llegó a Niza para empezar con cualquier negocio. Fue entonces que observó la diferencia de precio de los autos alemanes. Apenas tuvo la licencia empezó a traerlos desde Frankfurt y a venderlos en la costa obteniendo buen margen. Estuvo con ese negocio y el de los terrenos hasta que comprendió el valor de los diamantes, en especial en esa región de Francia donde el dinero parecía circular a un ritmo totalmente desconocido en Sorrento y aun en Nápoles.

—Hiciste todo mal —le dijo Robert.

—¿Por qué?

—Porque seguro que fuiste demasiado sincero y es probable que esa muchacha te guste tanto como vos decís, aunque lo dudo.

—Es la luz de mis ojos, Robert, o la oscuridad —le contestó Rocco con su gesto de siempre, casi impasible, poniendo una brizna de duda en lo que afirmaba. Sin embargo, la propia ironía que solía servirle para desdramatizar esta vez no hizo el efecto de siempre: expresar una indolencia resignada.

—No, bueno, si ella me aceptara dejaría todo lo otro. Todo.

—¿Qué sería “todo lo otro”? —preguntó Robert.

—Bueno, dejaría todo, dejaría a todas las mujeres.

Robert prestó particular atención a esa respuesta, porque no notó ningún atisbo de sorna en Rocco. Alcanzó, de rabillo, a notarle el gesto mediterráneo de desamparo. Un gesto de niño, no tan frecuente en su amigo, pero que conocía y que desbarataba todas sus defensas hechas con la convicción y el aburrimiento de tantos años aplicados a convertirse en lo que era, un dandi inteligente y crepuscular, como había escuchado en la radio respecto de otro italiano al que había conocido y que había muerto prematuramente en brazos de una mujer morena, también él.

—Decime, Robert, ¿tengo olor a formaldehído?

La frase, adrede, quería restarle gravedad a sus afirmaciones y más al mohín que la había acompañado y que Robert había aprendido a detectar fácilmente. Siempre era fugaz. Rocco apretaba las cejas tensando el ceño en la más elocuente demanda de ternura. Parecía, en verdad, un chico. Salvo por la ocurrencia del olor a formaldehído, idea que ese día, para menospreciarse con humor, se repetía como una obsesión.

Rocco iba a insistir con esa palabra como si fuera una muletilla, lo que, a la postre, podría permitirle exorcizar su angustia. Había pensado desde muchacho que nunca podría soportar las indignidades de la ancianidad. No encontraba más solución que partir por sus propios medios y no estaba seguro de cómo hacerlo. Trataría de no ensuciar con un escopetazo a lo Hemingway.

Alguna vez, buscando una respuesta, se había unido a una procesión. Incluso había entonado los compases repetidos de la letanía con que se cantaba la felicidad que hay en la Gloria del Señor. Qué depresión, pensó Rocco después de caminar unos dos quilómetros. Pudo

transitarlos porque se había detenido en una niña que jugaba a ser santa, con esa disposición de los chicos a una seriedad que solamente es creíble porque forma parte de un juego. Esa era la capacidad de ser feliz que Rocco consideraba verdadera y única, la del juego, sobre todo cuando se refería a cosas graves, como las del Reino de Dios.

Era hora, se acercaba a los setenta.

Ya tenía suficientes píldoras de clonazepam. Unas cien. Pensaba que eso sería suficiente. Para asegurarse debía completar con algún otro producto. Tenía que averiguar cuál era el indicado. Recelaba porque una médica amiga le había dicho que nada era seguro, sobre todo cuando el organismo estaba sano. “No sabés lo que aguanta el cuerpo”, le aseguró aquella vez. “Tal vez no te morís nada, aunque supongo que vas a dormir un buen rato.”

Rocco pensaba en cuál sería el perfume adecuado para él cuando estuviera muerto. Pachuli, se dijo, eso tapa cualquier hedor.

—¿Y si se me abre la boca? —le preguntó a Robert.

—Podés ponerte el casco de la moto y afirmarte la quijada con la correa, le contestó su amigo, que estaba sentado en uno de los sillones del living luminoso mientras observaba a Rocco echado cuan largo era sobre el otro sillón.

—Esta tarde me voy a comprar lo que me falta para tener todo en orden. Vos me quemás y tirás al mar de Sorrento. Queda cerca. Y si no podés, me esparcís aquí nomás.

—Bueno —le contestó Robert, que empezaba a aburrirse con la conversación—. ¿Y las chicas qué van a decir?

—A mí lo único que me importan son dos ojos negros que vienen con una mujer detrás. Y después, no darle el gusto a la consigna de durar como sea. No quiero estar triste, Robert. Miento, lo que no quiero es estar sin

una ilusión, sin un amor en espera, sin una mujer que me desee de algún modo. Porque las mañanas son luminosas cuando hay una mujer, porque los diamantes valen porque hay una mujer.

—Decime, Rocco, ¿a vos te gustan las mujeres?

—A mí me gusta la mujer, y hay un montón de seres humanos de género femenino que se le parecen. Lo que sucede es que esos seres humanos pasan por el estado de mujer fugazmente, como nosotros por la felicidad, después viene el formaldehído.

Robert lo contemplaba como Gachet a Van Gogh, con el cariño de los años y la seguridad de que Rocco no podía con él mismo. Salvo por la capacidad de burlarse.

—Ni las rosas me salvan de esta —dijo Rocco. Ya no tengo más Super Star y, en cambio, el jardín se llenó de Rococó, qué miseria.

La Super Star era la que él quería. No exhalaba fragancia alguna, tal vez apenas la de estar viva, pero tenía ese fulgor naranja que amaba desde joven. En cambio, todo era exceso en las Rococó, llenas de pliegues y tulles, con su aroma trabajado y tramposo, fatal, como dos ojos negros.

A veces llueve en Villefranche, más de lo que uno puede suponer. Esa tarde comenzó una lluvia fina que empezó a afianzarse en gotas que hacían susurrar a los cipreses y a los pinos y reverberar las rosas del jardín.

Robert seguía sentado en su sillón, enfrascado en la laptop que usaba cuando estaba de visita. Escuchaba atentamente el discurso de Rocco, pero no se concentraba demasiado. Sabía que era incorregible.

Rocco se dirigió a la ventana y se dejó llevar por la lluvia hasta la superficie rizada del mar, a lo lejos. Sus cejas se apretaron hacia abajo y hacia el centro, sobrecogido por la belleza que conocía en su intimidad, pero no lo suficiente para retenerla. Por cierto, le dolía saber que la belleza era algo que, como la vida, siempre

se estaba yendo. Decidió que hacer el amor podría permitirle olvidar esa melancolía hecha de lluvia, mar y rumor de hojas bajo las gotas.

Pensó en llamar a Lililí, pero estaba Robert y le daba vergüenza hacerlo frente a él. Ella podría, a su vez, llamarlo en cualquier momento.

En cambio, los ojos negros, equipados con aquella mujer, pertenecían a otro cielo.

—A mí me parece que Griselda te mira con cierto cariño —dijo Robert.

—A mí me da un poco de miedo. Sería como morir asfixiado, como un elefante marino.

—Te ahorrás las pastillas. ¿Mueren asfixiados los elefantes marinos?

—Sí, cuando se asfixian.

Rocco contempló un poco más el mar entre los árboles, se dio vuelta y con los ojos fijos sobre Robert espetó:

—Lo voy a hacer.

A Robert no le gustó nada, porque bien sabía que su amigo era intransigente en sus designios.

—Antes voy a pasar por Sorrento. En busca de ese que me trajo hasta aquí, el que jugaba a la escondida en el acantilado, el que recibió la cachetada de la americana cuando le tocó el culo, el que se enamoró de la pelirroja de veinte cuando tenía catorce.

A Robert seguía sin gustarle el tono de Rocco. No percibía su habitual deseo de escandalizar.

—Me voy a dar una vuelta bajo la lluvia y de paso voy hasta la clínica a ver si la encuentro a Patitas.

Patitas era una médica amiga de Rocco, que corría en triatlón. Era con ella con quien había hablado de las diferentes maneras de retirarse. El apodo se lo había puesto Rocco después de un encuentro donde hubo algo de sexo fugaz. Lo de ellos era la amistad y Patitas se había convertido en una de sus mejores amigas, aunque se veían poco.

—Patitas me va a ayudar. Ella acepta la idea y me conoce, sabe que lo pienso con tranquilidad.

—Pero, escuchame, boludo, ¿estás hablando en serio?

—¿Sabés qué pasa, Robert?, estoy empezando a aburrirme de mí mismo. Y están los ojos negros.

—¿Qué pasa con los ojos negros? —Robert pensó en la muerte, pero guardó silencio.

—Son los ojos negros que quiero. Y sí, significan la muerte de algo. Significan la muerte de mis capacidades de seducir, la muerte de decidir de quién y cómo enamorarme. En definitiva, significan la muerte de Rocco Bellatti.

Cuando dijo su nombre sintió un poco de miedo. ¿Quién era él para decidir la muerte de ese tal Rocco Bellatti que apenas conocía y se lo pasaba mirándose al espejo y pensando cómo sería el olor a formaldehído?

—La semana que viene me voy a Sorrento en auto. Trataré de visitar a la colorada, tengo que ver si está viva.

—Pero ¿qué decís? ¡Cómo no va a estar viva! —exclamó Robert—. No me gusta cómo hablás. Andá a buscar a Lililí.

—Sí, tenés razón, Robert. Mejor busco a Lililí y me someto a una sesión de doma para olvidarme un poco. Tenés razón.

Robert se tranquilizó y aprovechó para irse. Ya había asistido a varias catarsis de su amigo, que seguiría quemándose en su fuego frío de siempre, pero que amaba la vida como pocos.

Esa tarde, cuando hacía unas buenas dos horas que Robert se había ido, Rocco hizo una llamada al esposo de su hermana. Comenzó con los saludos de costumbre y el interés por los asuntos de la familia. Después le preguntó por Giulietta.

—¿Quién?

—Giulietta, digo, la colorada, la hija del camionero, ¿te acordás?, la que fue novia mía.

—Ah, sí, pero, ¿cómo?, ¿no sabés? Pobrecita, ha muerto —le respondió el cuñado, dándose cuenta al instante del dolor que provocaba.

—Ha muerto —repitió Rocco sin ninguna inflexión en la voz.

Hubo un silencio corto hasta que el cuñado comenzó a explicarle que estaba mal desde hacía mucho tiempo, muy delgada, que había tenido una enfermedad en la sangre.

Las lágrimas comenzaron a caer por los surcos de las mejillas de Rocco. No pudo disimular su dolor.

—Perdoname, Fabio —le dijo entre sollozos.

—No es nada, hombre —contestó su cuñado—. Tranquilo. Ya sé que la querías mucho. Tranquilo.

Al rato, el Peugeot color crema salió bajo la lluvia lenta pero abundante. Tomar las curvas por el asfalto húmedo bajo el gris y el verde apagado del paisaje le pareció, en ese momento, un extremo de la belleza que, como tantas veces, se ponía el vestido de la melancolía. Llegó hasta la clínica pequeña y preguntó por Patitas.

Ella estaba con su chaqueta blanca y de sus zuecos, también blancos, surgían sus piernas musculosas y largas, eternamente bronceadas. El sol había trabajado sobre su cara, pero, curiosamente, era muy difícil calcular su edad. Bien podría haber pasado por una mujer de treinta y tantos años, aunque había superado los cincuenta. Cuando lo vio sonrió con todos sus grandes dientes, que por su blancura resaltaban sobre su piel, casi como en los negros. Patitas quería a Rocco, se lo había dicho muchas veces. Rocco no le contestaba, más por evadir el tema que por no entenderlo. Él podría volver a acostarse con Patitas, pero prefería no hacerlo por dos cosas: debería dedicarle una buena cena, lo que requería tiempo y disposición, y no quería fomentar en ella falsas expectativas.

Apenas la vio, le dio un abrazo.

—¿Cuándo nos tomamos un trago juntos? —le dijo enseguida.

Patitas le sonrió con malicia:

—Cuando quieras, ya sabés. ¿A qué viniste?

—Necesito esas pastillas que complementan al clonazepam para asegurarse una buena y decorosa partida.

Patitas lo contempló con su larga ternura.

—Todavía no es tiempo, Roc —le dijo enseguida.

Desde la primera vez que Patitas lo llamara así, él imaginó el ave gigantesca y extraña llevándose en el pico para dárselo a sus pichones, que, a juzgar por los ojos de su madre, serían sanguinarios. Igual trató de encontrarle alguna relación con él. Salvo por su condición de fósil viviente no veía ninguna, le aclaró a Patitas una vez. Ahora volvió a recordarlo.

—Es por si acaso —dijo.

Patitas lo contempló unos instantes tratando de desenrañar las intenciones verdaderas de Rocco. Después le dijo el nombre del principio activo.

—Aquí no hay de eso —se cubrió. Hubiera querido hacerle alguna broma relacionada con el pedido de Rocco, pero continuó mirándolo con esa ternura desapegada con la que consideraba todas las cosas, aun su amor por él—. Pasá a buscarme y hablamos en el club, con un buen champagne. Te espero —agregó.

—Sí, seguro —contestó Rocco.

El día que partió de Villefranche hacia Sorrento llovía también. Robert pasaría diariamente por la casa. No era necesario, pero a Rocco le gustaba que su amigo pudiera disfrutar de un momento de sosiego aprovechando la tranquilidad y las comodidades de que disponía. Además, tenía una relación cómoda con Griselda, que lo aceptaba mejor que a las ocasionales de Rocco.

Rocco se sorprendió del clima. Cerca del mar era muy raro que la lluvia se mantuviera tanto. Pensó que en Italia lo esperaría el sol que lo había acompañado de niño, como el verde, el hollín de los autos y las estrechas encrucijadas de las calles de la costa abrupta.

Había muy poco tránsito y disfrutaba manejando sin apuro por la ruta estrecha que enseña el mar casi siempre. En Niza recordó a Modigliani. Era uno de sus pintores predilectos. Le parecía increíble que hubiera comprendido la melancolía genuina habiendo muerto tan joven. Llegó demasiado pronto, se dijo Rocco.

No se había puesto ningún primer objetivo, pero a medida que avanzaba estaba cada vez más seguro de que pararía en Santa Margherita, en la Liguria. Tengo que hacerlo en etapas, hace mucho que no voy y pasar del ambiente de Villefranche al de Campania de un golpe puede ser demasiado, pensó. Tenía ganas de hablar en italiano, de reconocer al Rocco esencial, el anónimo.

Llegó a Santa Margherita a media tarde y paró en una pensión que conocía de alguna vez, hacía muchos años. Era una casa vieja con habitaciones muy variables en tamaño y forma. A él le tocó una particularmente grande y mustia, de techo alto, con una gran ventana que daba al pequeño patio, del que emergía una palmera, y a la calle empinada donde había estacionado el auto. No estaba el dueño que conocía. En cambio, lo atendió un muchacho al que no se atrevió a preguntarle por él. Le pareció que bien podría ser su hijo, pero no quiso saber de aquel hombre y su destino, que era capaz de imaginar sin dificultad.

No era temporada alta y cuando salió a cenar vio que en todos los restaurantes había mesas vacías. Pidió macarrones con salsa de tomate y rechazó el queso rallado. Disfrutó uno por uno de los fideos *al dente* y bebió apenas una copa de vino contemplando la calle semivacía y el mar delante, oscuro, casi negro. Se dio cuenta de que seguía lloviendo.

A la mañana siguiente cruzó la Toscana y después el Lazio, más plano, impersonal e industrial. Apenas los conjuntos de pinos mediterráneos le quitaban al ambiente su contracción a los quehaceres. No le importó en absoluto no detenerse en Pisa y sus monumentos que

le sabían a viejo aburrido, y siguió en dirección al sur, donde buscaría la casa de Giulietta.

No me va a llevar ninguna enfermedad de la sangre, como a mi Giulietta, pensó. Ella había sido, en verdad, un Alfa Romeo, y de los finos, se dijo, recordando con ternura el nombre del modelo de aquel auto que le hubiera gustado tener en los tiempos en que apenas empezaba a hacer dinero. Porque Rocco tenía debilidad por los autos deportivos, en especial los descapotables. Le repugnaban los autos grandes, principalmente los americanos, tan elementalmente fanfarrones. Ni hablar de las pick-up doble tracción que habían empezado a verse en la costa. Para Rocco eran un invento de la escasa imaginación japonesa basada en la salvaje imaginación de los americanos. Debe ser un efecto secundario del colesterol, bromeó para sí, lo que le provocó una plácida sonrisa.

Empezaba a sentirse bien y, tal vez, ya no temía enfrentarse con las cosas de Giulietta. Ella estaría allí, en sus cosas, y él estaba seguro de que la volvería a ver.

Por enésima vez trató de evocar el último encuentro que había tenido con ella. Ni siquiera fue eso. Fue el penúltimo. Rocco llegaba caminando a su oficina en Saint Jean. Era la primera que tenía, apenas un cuarto cómodo, una cocinita y un baño. Durante mucho tiempo, hasta que se acomodó con los autos que traía de Alemania, tuvo que utilizarla como alojamiento.

Rocco no paraba de sonreír con ese recuerdo mientras se iba metiendo en el sur; ese sur del que llevaba los gestos y el modo de hablar que no había querido perder nunca. Pero apretaba las cejas. Era también un dolor. El de la inocencia perdida, de los sueños perdidos a manos de esos mismos sueños realizados, de los besos dados que habían dejado de ser deseos para ser recuerdos.

Todo es tan hermoso que duele, se dijo Rocco mientras las lágrimas se enfriaban en su rostro. Recordó el pequeño arsenal químico que llevaba como una posible burla italiana al maldito destino griego.

Seguía lloviendo. La misma lluvia que no termina de serlo por tenue, hasta el punto en que se olvida o se acepta como una compañera omnipresente.

En aquel penúltimo encuentro había doblado en la esquina, cuando notó que ella salía de la casa contigua, donde funcionaba un estudio de abogados. Al principio dudó de que pudiera ser ella, pero enseguida tuvo la certeza. Hacía unos cuatro años que no se veían. Ella giró la cabeza hacia donde estaba él. Fue instantáneo, como si hubiese sabido que llegaba por allí, como si hubiese estado advertida. Rocco, todavía hoy, no estaba seguro de si lo había visto, de si se había dado cuenta de que era él. Giulietta, sin tomarse un instante más, salió corriendo en dirección contraria por toda la vereda hasta la esquina, donde dobló para perderse, tal vez por otros cuatro años. Rocco se preguntaba qué hacía esa vez en la Costa Azul, por qué estaba allí, en su lugar, si ella debería seguir viviendo en Sorrento donde, según le habían dicho, se había casado con un ingeniero de caminos.

Rocco quería recrear esos momentos y pudo verla corriendo, huyendo tal vez, dando sus pasos largos y algo vacilantes sobre los tacones, sin volver la cabeza, hasta desaparecer en la esquina y dejarlo a él inmóvil, tan estupefacto que le fue imposible hacer nada.

Seguía amándola, como a otras cosas, no como a otras mujeres; ese había sido su amor de muchachito, aunque sin inocencia alguna.

El esposo de su hermana le había conseguido la dirección. Vida, pasión y muerte violenta de Rocco Bellatti en Sorrento, pensó, y esta vez sonrió de verdad. Además, quién sabe, tal vez podría encontrarse con alguien que le devolviera las ganas de cenar acompañado. Seguro que, en algún momento, volvería a encontrarse con los ojos negros (y su mujer detrás) que se habían pegado a su pecho como una lapa fría y ácida que ya no iba a soltarlo nunca.

Rocco se alojó en el centro, en el Corso Italia, no lejos del gran desfiladero en el que le gustaba jugar de niño. No fue al puerto desde donde salían los barcos a Capri.

A la mañana siguiente fue hasta la casa, que quedaba en la punta de una vereda, justo en una curva de casi ciento ochenta grados. En el vértice de la curva, del lado interno, había un pino alrededor del que giraban los autos, como si fuera un hito al que hubiera que llegar para poder dar la vuelta.

La puerta era azul y desconchada. Era una casa vieja, sin duda. Parecía de otro lugar, tal vez de Grecia. Y la lluvia finísima y persistente le daba un aire extraño, desconocido. Había terminado de estacionar el Peugeot cuando recordó la última vez que se habían visto. Tampoco se saludaron. Fue en un bar. Él había bajado a tomar un vermut mientras esperaba la hora de cenar con algunos amigos de infancia. Estaba en Sorrento para visitar a su madre y sabía que la cena tendría, al principio, la dificultad para el encuentro de las vidas que fueron divergiendo, en especial la de él, que se había afincado en Francia y se había alejado de las costumbres de su ciudad. También sabía que lentamente recuperarían la confianza a través de los recuerdos de niñez y adolescencia, cuando se escondían en el desfiladero como si fuera una tierra exótica, que conocían con la intimidad con que los niños conocen la naturaleza que los rodea.

Apenas entró al bar, vio la escena. Era ella. Tan joven como siempre, estaba sentada con una niña y un niño, casi de la misma edad, que tomaban sus helados. La niña no era pelirroja como su madre, pero tenía el mismo grosor de cabello y la misma abundancia. Le caía a ambos lados, igual que a ella que, tal vez, lucía alguna cana. Giulietta permaneció grave, como ignorando su presencia. Él hubiera querido saludarla, pero fue evidente que ella se oponía. Ni bien terminaron sus helados, se llevó a los niños, ignorándolo, con la misma actitud refractaria de aquella corrida en Saint Jean.

Rocco pensó que era por el dolor que él le habría causado, o porque, tal vez, sobre ella pesara la prohibición de su marido de tener contacto con su ex novio.

No fue algo triste. Fue extraño, y Rocco creyó que esa actitud significaba que ella aún no podía olvidarlo. Pero no se sintió bien. Quiso saber, como tantas veces después a lo largo de su vida, por qué el amor más íntimo deviene en la separación más flagrante.

Estaba allí, frente a la puerta de Giulietta. Sabía que ese era su lugar y que allí la encontraría. Golpeó y escuchó los pasos lentos que se acercaban.

Lo primero que vio fueron los ojos. Celestes como hacía tantos años. Y, peor aún, con el mismo modo de mirar, directo y lento, a medio camino de estudiar al interlocutor y de entregarse en aquel silencio distante que lo había enamorado y desorientado al mismo tiempo. Tenía el pelo casi completamente blanco. No se había teñido y, sin embargo, a pesar de la lentitud con la que se movía, conservaba en la piel blanquísima una suavidad extraña, que él recordó en la madre de ella, cuando no se atrevía a presentarse como el novio por sus poquísimos años.

—Rocco —dijo ella.

Lo dijo como si todos los recuerdos y la melancolía de un tiempo lleno de las cosas que lo alejaban de él pudieran caber en las dos sílabas.

—Giulia —dijo Rocco sin quitarle los ojos de encima y tomándole las dos manos—. Querida —agregó con todo el cariño de que era capaz.

Ella observaba cómo el ceño y las cejas de Rocco se contraían achicando los ojos en ese gesto, donde rezumaban la ternura y la nostalgia, que ella le conociera cuando eran niños.

Afuera seguía lloviendo. Y no había duda de que dos ojos negros contemplaban la escena.

—Pasá a tomar un café. O tal vez un *lemoncello*. Sentate allí.

Giulietta caminó lentamente hacia lo que sería la cocina y de allí trajo dos pequeños vasitos llenos de *lemoncello*.

A la pequeña mesa redonda de una sala espaciosa y fresca que serviría para almorzar, conversaron. Fue fácil enterarse de la vida del otro, ambos se conocían íntimamente y cada palabra resultaba clara y precisa. Giulietta había enviudado. El ingeniero le había dado un hijo y una hija. Él estaba casado y era padre de dos varones. Carla se había separado y había vivido con ella, hasta ahora. No había tenido hijos.

Rocco le preguntó por qué no lo había saludado aquella vez en el bar cuando él la había visto en compañía de los dos pequeños que serían sus hijos.

—Porque estaba enojada o... no lo sé. En todo caso mi marido no quería que tuviera contacto con vos.

—Decime, querida, ¿te acordás de cuando saliste de la oficina de Cap Ferrat, la de los abogados, y corriste como si huyeras de mí?

—No recuerdo.

—Sí, alguna vez fuiste a Francia a hacer algo que no sé. Te vi saliendo de aquel estudio, junto a mi oficina, y apenas me viste te escapaste despavorida hasta la esquina para después desaparecer. Nunca más hablamos, nunca más, hasta hoy, ¿te das cuenta? ¿Te acordás de cuando saliste corriendo?

Giulietta sonrió manteniendo el silencio como cuando era una muchachita, mirando de frente con sus grandes ojos celestes que se habían metido en el corazón de Rocco para siempre sin que él, hasta ahora, lo supiera.

Tal vez todo hubiese continuado con esa suavidad y esa aproximación creciente que van dando el recuerdo y el reconocimiento de la esencia de cada uno, hasta producir una tarde mansa y un abrazo largo, en la que no faltaría el dolor y el “Nos vemos pronto”, utilizándolo como fórmula para evadir la realidad implacable, la de la separación definitiva. O tal vez no, pensó Rocco, torvo.

Se escuchó ruido en la puerta de entrada.

—Es Carla —dijo Giulietta.

Esas fueron las últimas palabras de aquella conversación. Rocco levantó la vista hacia la puerta y la vio entrar. Era ella, Giulietta de nuevo, joven y madura al mismo tiempo, llena de vida.

Era ella.

La mujer dio un respingo y gritó al ver al hombre solo, sentado frente a dos copas de *lemoncello*.

—¿Qué hace aquí?

—¿Cómo? Soy Rocco Bellatti, antiguo amigo tuyo... Perdón, de tu madre, y he querido venir a conversar con ella... Perdón, con vos.

Carla tenía los mismos ojos celestes y el cabello castaño. Era algo más alta y más corpulenta, pero en los huesos de las manos, en el cuello y en los pechos separados se podía reconocer a su madre. Comprendió enseguida.

—Ah, sí, no sé. Creo haber escuchado alguna vez de usted. Pero, ¿cómo ha hecho para entrar?

Rocco estuvo tentado de decirle que le había abierto su madre, pero se detuvo a tiempo.

—Perdoná, encontré la puerta abierta y me atreví a entrar. Ella era mi amiga, ¿sabés?

Carla permaneció en silencio. No recordaba casi ninguna conversación acerca de ese hombre, pero, de alguna manera, sabía de él. No temió; por su edad, su elegancia y su mansedumbre se dio cuenta de que no significaba una amenaza.

Rocco se daba cuenta de eso, y todo lo que estaba dejando de ser, todas las cosas que iba perdiendo, continuaron desplomándose sobre él como la llovizna que llenaba de ceniza el paisaje.

Hubo un largo silencio.

La mujer comenzaba a sentir compasión por el hombre atribulado que la miraba con una adoración extraña. Creyó entender lo que pasaba al ver las dos copas

de *lemoncello*, una a medio vaciar y la otra llena, que estaban sobre la mesa.

—Sos muy parecida a tu madre, tenés los mismos ojos —dijo por fin Rocco. Perdoná que te tutee.

—No hay problema. Sí, así han dicho siempre. Yo creo que ella se veía diferente, con más carácter.

Era verdad, pero también era verdad que la esencia de Giulietta estaba en su hija. Rocco la hubiera abrazado, hubiera querido sentir algo de aquella chica larga y callada que había deseado tanto cuando era un muchacho, pero había algo en Carla que lo mantenía a distancia. Algo que también sabía tener su madre. De golpe volvió a recordar aquella huida.

—Quería conocerte. Porque últimamente recordé mucho a tu madre.

—Pobre mamá, trató hasta el final, y al final se fue como siempre, silenciosa, como si supiera todo de antemano y no pudiera hacer nada.

—Sí, así era tu madre, Carla, lo sé. Lástima haber sido tan bruto antes, lástima.

Ahora estaba seguro. ¿Para qué seguir con esto? Las cincuenta pastillas que se iba a tomar cruzaron por su mente a modo de alivio por tanto tiempo de errores.

—Bueno, yo quería conocerte y, de alguna manera, también decirle a tu mamá que siempre la quise mucho.

Carla sintió el peso de cada palabra y el velo de las lágrimas mojó sus ojos celestes. Rocco no la miraba. Carla no dijo nada. Rocco dejó pasar unos instantes para rehacerse.

—Bueno, gracias por la hospitalidad, ya me voy, ahí quedó una copa llena, tomátela vos, era para tu madre; afuera no para de llover, ¿verdad? —dijo a modo de despedida.

—Hasta luego, venga cuando quiera, venga mañana si anda por aquí.

Cuando estaba por salir se detuvo frente a ella, que lo abrazó con sabia suavidad femenina. Rocco apenas flexionó los brazos y apoyó las palmas sobre su cintura.

—Hasta la vista —le dijo.

—*Ciao* —dijo ella.

Rocco recuperó su auto, que se veía mustio bajo la lluvia y la capa de polvo que ensuciaba las gotas, y salió hacia su hotel. No tenía ganas de hablar con sus amigos de juventud. Ni siquiera con Robert. Lamentaba lo que iba a hacer, en especial por él, pero también sabía que no había otro camino digno y que Robert lo comprendería.

“Disculpame, Robert, no queda otra, disculpame, siempre hice lo que quise, ahora también”, le escribió en una notita junto a su cama. En otra, al lado, puso: “Favor de cremarme y echarme al mar de aquí, mil gracias. Dirigirse a Robert Dusnois”. Y agregó el número de teléfono de su amigo.

Se había afeitado y peinado con esmero. Se había calzado un saco color salmón, pantalones y camisa blancos de lino, pañuelo de seda azul Francia, y, como casi siempre, cinturón y zapatos color habano, medias al tono.

Eran alrededor de las once de la mañana. Había dicho en la recepción que al día siguiente lo despertaran golpeándole la puerta (él solía no escuchar el teléfono) a las diez. Que insistieran hasta que él respondiese. Agregó que pedía disculpas, que tomaba pastillas para dormir.

Bebió apenas dos vasos del whisky que se había hecho subir y que le sirvieron para pasar las cincuenta píldoras. Casi no experimentó angustia, apenas en el momento de meterse las pastillas. Lo que había era, más bien, un gran vacío. Tal vez se debiera a la infinidad de veces que se representó ese momento, que tenía que ser simple. Se echó cuan largo era en la cama, sobre el cobertor, puso ambas manos a los lados con el dorso hacia arriba, alineó las piernas y cerró los ojos. Aún probó dos o tres inspiraciones profundas. Se imaginó un gran trueno, una lluvia desmandada, y un sol inmediato que iba a iluminar toda la costa. No ocurrió nada de eso. Continuó la lluvia fina mientras Rocco empezaba a espaciar su respiración.

No se acordó en absoluto de los ojos negros, ni de la mujer detrás. Ella sí se acordó de él, y sonrió.

Fue una pesada oscuridad que se cernió lentamente sobre él, un llenársele los músculos de aire como si se esponjaran, un ecuánime viaje a la nada.

Cuando lo encontraron a la mañana siguiente, el personal del hotel se sorprendió de la escena donde un hombre espigado reposaba su elegancia y difundía un agradable aroma a especies y almizcle. Sólo el médico, que llegó a los veinte minutos, se dio cuenta de que su corazón aún latía.

Rocco Bellatti, con una expresión grave pero no extática, fue trasladado a la Azienda Sanitaria Locale, donde recibió los primeros auxilios.

Robert viajó de inmediato a Sorrento y después siguió la ambulancia hacia Niza donde, con un pulso apenas detectable, Rocco quedó internado en el Hospital San Roque.

Allí estaba Patitas, que cruzó una elocuente mirada con Robert. Patitas había ido porque sabía que Rocco sólo se hubiera dejado atender por ella, pero pesaba sobre su conciencia la contradicción entre el deseo de Rocco y el mandato de defender la vida, en especial esa. No sabía qué camino tomar.

—¿Qué hago, Robert?

Robert no dijo nada. Pareció que esperaba a que ella reflexionase, pero, en realidad, como solía hacer, se dejaba llevar por el silencio que quizás le trajera las decisiones que debía tomar. Normalmente nunca decidía nada.

—¿Robert?

—Hacé lo que puedas para que viva —dijo él con una certidumbre incontestable—. Hacé todo lo que puedas —agregó, casi con furia en la mirada.

Patitas comprendió enseguida. Él era, más que ella, quien debía hacerse cargo. Robert adoraba a Rocco y no

quería perder a su amigo, que había hecho tanto de lo que él había tenido que dejar de lado, por laxitud, por bondad, o tal vez por cobardía.

—Salvate —le dijo Robert a Rocco, como una callada súplica, mientras apoyaba una mano sobre su pecho—. Salvalo —le susurró a Patitas, con el siseo de una serpiente antes de atacar.

Patitas no contestó, pero iba a luchar.

La superficie del océano estaba tan plana como una bandeja de metal tornasolado. Había, sin embargo, el nervio suave de una actividad oculta. Una tensión nimia pero vasta, lista para expresarse, como la calma antes del huracán o de los sargazos implacables.

—Salvalo.

Hubo algo que saltó y que volvió a sumergirse sobre la planicie inmóvil del agua. Ocurrió de nuevo y, sin que aumentara su frecuencia, pudo verse un pececito plateado que, a la manera de los delfines, pero más espaciadamente, saltaba sobre el agua, que lucía un azul contaminado del rojo de la herrumbre. Era la enervante dejadez que espera, tanto la quietud eterna como un despertar infinitesimal y de progresión geométrica. Era la encrucijada entre acercarse al cero grado Kelvin o a la rabiosa actividad de la barisfera. Era, quizás, como los momentos previos del Vesubio frente a la incauta Pompeya. Pero ese pececito plateado que salta es mi corazón, alcanzó a pensar Rocco, que le estaba tomando la delgadísima cintura, muy cerca de la nalga, a Ojos Negros y que, de golpe, soltó para aferrarse al consuelo desapegado de la Física, materia que había aprobado raspando.

Sin embargo, las pastillas habían sido mucho. Si bien el cuerpo de Rocco estaba menos cansado de lo que él creía, la lucha era desigual.

Siguieron largos días en los que no había evolución alguna, al contrario. La anatomía de Rocco se iba apocando sobre su cama. Él, cuando se separaba de Ojos Negros,

podía verse allí, acostado sobre sus espaldas, con el torso apenas elevado, y expuesto. Oscureciéndose y encogiéndose como una momia.

Eso era lo peor de todo, estar expuesto y, encima así, en camión, afeminado y desecándose, mostrándose de frente, sin la dignidad de acurrucarse como le diera la gana, sin su ropa de dandi que quiso burlarse de los ojos negros que traían detrás la mejor cintura que había experimentado, tal vez, en toda su vida.

El pececito saltaba, pero cada vez más espaciadamente.

Rocco contemplaba a Patitas echada sobre la cama, afanándose, acomodándole el suero, chequeando los fluidos. Y a Robert, que lo observaba en silencio, como si lo esperara.

Todo iba decayendo: la habitación, las sábanas, las paredes, los adminículos y el propio cuerpo de Rocco, siempre de frente y sin su saco color salmón. El cuarto parecía ensombrecerse y achicarse con cuanta cosa había adentro.

Así siguió hasta aquella mañana, tres o cuatro días después, en que el pececito comenzó a saltar con más ahínco, como si quisiera llamar la atención. Podría haber sido de buen augurio, imaginó Rocco, que, con la frente sudorosa, se mantenía expectante, esperando cada salto plateado que semejava una cosquilla, una leve descarga eléctrica, esa que sucede en el umbral del dolor. Él observaba que, a cada salto, el pececito se alejaba, se iba hacia abajo. Primero pasó por los montes descarnados del pecho y después por el socavón del abdomen desierto hasta quedarse saltando alrededor de algo, como si lo hubiese tomado un remolino.

Lo que sucedió a continuación asombró al mismo Rocco, que nunca hubiera imaginado esa reacción. ¡Se me paró la pija!, exclamó, para sí, Rocco.

Y era verdad: hacia abajo comenzó a verse la elevación de la sábana que acontecía en forma escalonada como si un duende estuviera subiendo muy lentamente una escalera y empujase la sábana con la cabeza.

Al principio al mismo Rocco le pareció una buena señal. Algo en él quería seguir de este lado; además, podría utilizarlo con Ojos Negros y exorcizarse de su cintura y sus palabras de sirena. Esta es una manifestación de mi gusto por el grotesco peninsular, se dijo.

El problema fue cuando entró la enfermera después de, tal vez, dos horas, y él seguía en el mismo estado.

La impotencia para esconder ese ser indócil de su mirada lo hizo, primero, enrojecer de rabia y, luego, relajarse en la entrega a lo inexorable.

Rocco se consoló pensando que la mujer, profesional avezada, tendría experiencia en estos menesteres y le pondría algún ansiolítico en el suero. Se acordó de que ya se había tomado unos cuantos.

Observó cómo la enfermera, después de haberlo atendido, no pudo sustraerse a la tentación de ver ese paisaje en un hombre casi muerto: el pene de Rocco Bellatti seguía invicto. Se veía seguro como una columna, de una moral envidiable. La enfermera sonrió y le dirigió una mirada a Rocco, que echó mano de su mejor cara de circunstancias, sin hacer gesto alguno. No pudo levantar los hombros en señal de que no era su responsabilidad. Que la culpa la tenía la sardina de mierda.

Cinco horas después, y para su indignación, el panorama era exactamente el mismo.

Esta erección llegó para quedarse, es un priapismo pertinaz, se dijo Rocco, echando mano de un pretendido conocimiento médico. Empezó a temer el efecto que haría en sus allegados, especialmente si estaban juntos. ¿Qué actitud tomaría Robert, si lo viera en presencia de Patitas?

Posiblemente tratarían de darle al asunto un cariz científico. No había lugar para la chabacanería frente a un moribundo. O, tal vez, sí.

—Para mí es una buena señal —dijo Patitas frente a la novedad del promontorio bajo la sábana—. ¿Vos qué decís?

—¿Me estás hablando en serio? Qué sé yo. De estas cosas sólo es capaz Rocco. Estará soñando con la mina esa.

—Es hermosa —dijo Lililí, que había entrado con ellos.

—¿Quién? —preguntó Robert—. ¿La mina esa?

—No, el pito de Rocco —respondió Lililí, que enseguida se encontró con los ojos torvos de Patitas, y tuvo que callarse, algo compungida.

Lo peor es que Rocco escuchaba el diálogo de sus amigos y no podía explicarles que la culpa era del pececito hijo de puta. Era lo que me faltaba, justo ahora. Otro vejamen por culpa de la ley del péndulo, maldecía Rocco mientras las gotas de sudor perlaban su frente y su cuello. Era la consagración del bochorno, la abyecta pérdida de la dignidad, la funesta burla del destino por no poder acoger a la alimaña.

Felizmente el pene de Rocco, tieso como aquel picaflor electrocutado que encontró una vez en su casa, tendía a descansar arqueado sobre su vientre haciéndose notar algo menos. El problema era que esa posición operaba como plataforma de lanzamiento cuando recibía algún tipo de estímulo, tanto interno como externo. Por ejemplo, si una enfermera le acomodaba las sábanas, el pene daba un notorio respingo. Era evidente que quería galopar, pero no debía hacerlo, bajo ningún punto de vista.

Algún tiempo después, vio de nuevo al pececito que volvía hacia él, como si se hubiera escapado de la succión del remolino, y soñó.

Era una interconsulta entre Robert, Patitas, Lililí y la enfermera. Concluyeron que lo mejor era colocarle una bandera para utilizarlo a modo de mástil. Para él era una locura. Le daba odio que sus amigos no se tomaran el problema en serio. Accedió porque tal vez tuviesen razón. La bandera variaba, ora era la de la paz, blanca e inmaculada, ora la de los piratas, con la calavera y los huesos cruzados. Se preguntó si eran fémures o tibias. Tibias no, se dijo, porque vendrían con el peroné. Cuando en el sueño se le

representaba la bandera pirata, la calavera solía mutar en su propio rostro, que se reía con descaro o lloraba como su hermana cuando era chica, según.

Debo haberme equivocado, se decía Rocco. Seguro que me tomé cincuenta píldoras de sildenafil en lugar de clonazepam y eso es lo que me intoxicó. La pija se me va a quedar parada para siempre, se me va a gangrenar.

Nadie sabe a ciencia cierta cuánto tiempo pasó. Fue alrededor de una semana después, cuando, extrañamente, reinaba el sol del mar con su luz que enciende el agua, los muros, las flores y las rocas. Cuando comenzó la llovizna, que llegó oscureciendo el día, la tumefacción del miembro de Rocco comenzó a remitir. La fiebre también bajó. Patitas empezó a mostrarse ansiosa, pero no dijo nada.

Por fin, esa mañana, Rocco abrió los ojos para encontrarse con el cielorraso del cuarto del hospital. Estuvo largo rato reconociéndose, planteándose si lo que ocurría ahora era real, si de verdad se había despertado.

Tenía una manera de confirmarlo. En algún momento —estaba casi seguro— le había pedido a Robert que, cuando se acercara el alta, trajera su Peugeot y lo dejase en el estacionamiento abierto, junto al hospital. Tal vez fuera hoy mismo. ¿Por qué no? Rocco vio que apenas estaba conectado al recipiente con suero que pendía de una columna. Levantó su cabeza y se miró abajo. Su sexo, felizmente, estaba en reposo, durmiendo un merecido sueño, después de las extenuantes jornadas en que no había querido ceder ni un metro de terreno.

Lentamente se fue acomodando en la cama hasta estar en condiciones de pararse. Lo hizo con una cautela inusitada en él. Tenía miedo de que lo que estaba pasando no fuese verdad. Cuando estuvo en pie, esperó todavía unos instantes para asegurarse de que podía con su peso y que no perdería el equilibrio.

Empezó a desplazarse dando pasos ínfimos y se dirigió hasta la ventana. Temía no llegar, pero, con cautela y pa-

ciencia, logró acercarse. Cuando se asomó, lo que vio le heló la sangre. Abajo estaba su Peugeot, pero al volante estaba Ojos Negros, que lo miraba con una sonrisa. El auto estaba pintado de colores difusos, evanescentes, que iban del rosa pálido hasta el celeste, pasando por blanco puro.

Rocco no saludó ni sonrió. Mantuvo el gesto hostil que sabía tener cuando algo le desagradaba. Volvió hacia su cama, con una extraña firmeza, y se acostó de nuevo.

No mucho después entró Lililí. Cuando vio la sábana sobre la cara de Rocco, se desesperó. Nunca llegó a hacerse cargo de ninguna fatalidad porque en el momento en que estaba tomando consciencia de que podía ser un cadáver, vio que la sábana subía y bajaba en el lugar de la boca y la nariz de Rocco. Además, él la sostenía con sus propias manos por encima de su cabeza.

—Pero, ¿qué hacés? —gritó Lililí, y corrió para retirársela de la cara. Rocco la miró con ojos suplicantes—. ¿Cómo estás? Te despertaste, mi amor. ¿Por qué te tapás la cara con la sábana? Soy yo.

Rocco no respondió.

—Sentate que moverte te hace bien —me dijo Patitas. Levantate.

Rocco obedeció como pudo. Lililí esperó aún unos instantes más.

—Vení, probá levantarte, que tengo una sorpresa en la ventana.

Rocco quiso negarse, pero las palabras no acudieron a su boca.

—Vení, te ayudo.

Él se dejó hacer. Más que nada confió en los ojos buenos de Lililí, azules como el mar y en sus nalgas pequeñas y musculosas. No tenía nada que ver, pero era así.

Fueron hasta la ventana y Rocco, entregado, se sometió a la fatalidad y miró de nuevo.

Ahí estaba el Peugeot. Color crema como siempre. Al volante estaba Robert. A su lado, Griselda, que fumaba un cigarrillo. Ambos le sonrieron.

—Decime, Lililí... —fueron sus primeras palabras—, ¿a mí se me paró la pija?

Lililí se rio y lo abrazó, extendiendo el abrazo a su pierna derecha, que arrolló las dos piernas enflaquecidas de Rocco, como era su costumbre.

Agradecimientos

A Humberto Lobbosco, por acompañarme con sus consejos, sus observaciones y su alegría.

A Julia Saltzmann, por su amplitud y su profesionalidad.

A Patricia Bottale, por sus análisis y su apoyo.

Índice

Sobre este libro	7
<i>Del amor truncado</i>	9
Florence	11
Los jinetes de Mariscal Estigarribia	37
La dignidad	53
Nicanor	61
Cumpleaños feliz	71
Tres sesiones y media	83
Granada	107
Solange	119
<i>Del amor airoso</i>	131
El Tonga	133
La mujer más linda del mundo y el heraldo azul	165
Travesura	173
Patagonia nocturna	177
Polaco	181
Occhi neri	195

